

MARÍA TERESA  
ÁLVAREZ

# JUANANA DE CASTILLA

Intentaron quitarle todo cuanto era suyo.  
Crearon la leyenda de su locura.  
Y la encerraron durante cuarenta y seis años.  
Esta es su verdadera historia.

NOVELA HISTÓRICA

## Índice

### Dedicatoria

Atisbos de esperanza  
Hermosos recuerdos  
Heredera de Castilla  
La infanta doña Catalina  
Esplendorosa primavera  
Cierta intimidad  
Sospechas  
Después de la tormenta  
Lenta recuperación  
Sonrisas en palacio  
El anuncio de una visita inesperada  
La reina recibe la visita de sus hijos  
¿Dónde está la infanta Catalina?  
Negros nubarrones  
Algo se rompe para siempre  
Triste primavera  
La peste se extiende por Castilla  
Llegan los comuneros  
La Santa Junta se reúne con la reina  
Adiós a los comuneros  
Tres meses de sosegada incertidumbre  
La infanta Catalina se defiende ante su hermano  
Visita imperial  
En la más absoluta soledad  
Navidades en familia  
En la oscuridad  
Otros nietos la visitan  
¿Endemoniada?  
Nueva boda real  
El final

### Epílogo

Qué fue de sus hijos  
Qué fue de los nietos que aparecen en el relato  
Nota de la autora

Agradecimientos  
Créditos

*A Sabino, a mi madre, siempre...*

Atisbos de esperanza  
*Tordesillas, marzo de 1517*

¿Por qué no reacciona como los demás? No protesta, no se queja. Tiene que dolerle..., le ha clavado las púas de la peineta en la mejilla...Y ni un gesto de protesta. ¿Quién puede ser? Solo le ha pedido permiso para retirarse.

—¡Que se vaya! ¡Que se vayan todos y me dejen en paz! ¡¡¡Y tú no sigas peinándome!!! No soporto más esta tortura. Me haces daño. Eso es lo que deseáis todos, acabar conmigo.

—Pero, señora, no sabéis el aspecto que tenéis. Debéis dejar que os arregle —dice la sirvienta con voz firme.

—Yo soy quien decide lo que tengo que hacer. Abandona inmediatamente la habitación. ¡Ya! Te lo ordeno. ¡¡¡Vete!!!

—Está bien. Os dejo, pero sabed que os volverán a encerrar a oscuras —comenta sonriendo la sirvienta mientras abandona la habitación.

Doña Juana, fuera de sí, toma el primer objeto que tiene al alcance de la mano y lo estrella contra la puerta que acaba de cerrarse.



Hernán Duque se encuentra en la sala contigua y al ver salir a la criada se dirige a ella:

—¿Qué es lo que pasa, a qué se debe su terrible enfado?

—Siempre está así. Mosén Ferrer ya habría dado orden de encerrarla. ¿Puedo preguntaros quién sois vos? ¿Por qué no habéis ido a que os curen la herida?

—Es un rasguño sin importancia. Soy el nuevo jefe de la casa de la reina doña Juana.

—¿Vos? —pregunta sorprendida la criada—. ¿Sois vos el que va a sustituir a mosén Ferrer y no la pone en su sitio?

—Dejémosla descansar. Mañana me reuniré con todo el personal.

—¿Manda alguna cosa?

—No, no. Puede retirarse.

Hernán Duque duda unos segundos si llamar a la puerta de doña Juana para presentarse; no ha podido hacerlo en el encuentro tan poco afortunado que han mantenido hace unos minutos. No pensaba ir a cumplimentarla, pero al pasar al lado de su habitación y escuchar aquellos gritos decidió entrar.

La escena le había impresionado: doña Juana, una mujer todavía joven, mal vestida y poco aseada, se debatía furiosa con la sirvienta que intentaba desenredarle el cabello para poder

peinarla.

Ninguna de las dos se había percatado de su presencia. Hernán Duque se acercó a ellas, saludando. La reina fuera de sí, al darse la vuelta para ver quién había entrado, sin proponérselo, en un arrebato de ira, le hiere en la mejilla con las púas de la peineta. Él pensó que lo mejor era salir sin decirle quién era.

Ahora tampoco lo hará. Mañana, con el nuevo día y después de asimilar y analizar el encuentro con doña Juana, será el momento de presentarse.



Hernán Duque no quería aceptar aquel puesto, pero el cardenal Cisneros se había empeñado en que así fuera. No deseaba enjuiciar la labor de nadie, y menos la de quien lo había precedido en el cargo, pero era del dominio público el rechazo que todos sentían, en especial los vecinos de Tordesillas, hacia mosén Luis Ferrer, al que acusaban de ser un cruel carcelero y de someter a doña Juana incluso a malos tratos. Algo le había comentado Cisneros al respecto. Él tratará de hacer todo el bien que pueda a la soberana.

Aunque Hernán Duque hubiese cedido a la tentación de enjuiciar el comportamiento del anterior jefe de la casa de la reina, por muy mal que pensase no habría exagerado, porque la realidad era aún peor.

Designado por el rey Fernando para que vigilase el encierro de su hija en Tordesillas, mosén Luis Ferrer había cumplido a rajatabla la misión encomendada. En los casi ocho años que estuvo al frente del cuidado de la reina, el aislamiento al que la sometió fue total. Ni un solo día consintió que doña Juana saliera al exterior del palacio, y por supuesto no se le permitían visitas. Algunos nobles castellanos, que en más de una ocasión intentaron saludar a su reina, se encontraron con la negativa de mosén Luis Ferrer, que inventaba disculpas que ya nadie creía, pero que no les quedaba más remedio que aceptar.

Cuando la reina se negaba a comer, la obligaba a alimentarse, aunque tuviese que llegar a los castigos físicos. Él mismo reconoció haber utilizado la violencia con ella. Otras veces, para conseguir que doña Juana se mostrara obediente o para castigarla por alguna protesta que había protagonizado, la mandaba encerrar en una habitación totalmente a oscuras.

El palacio en el que Juana estaba encerrada había sido creado por iniciativa del rey Enrique III. Estaba situado en las inmediaciones del palacio monasterio de Santa Clara mandado construir por el rey Alfonso XI para celebrar la victoria en la batalla del Salado, convirtiéndolo en la residencia de su amante, Leonor de Guzmán.

Años más tarde, el rey Pedro I finalizaría las obras de este palacio mudéjar en el que viviría con María de Padilla. En él nacieron sus dos últimos hijos.

Será este monarca quien decida ceder el palacio a la mayor de sus hijas para que lo convierta en convento. Y así fue, después de que el papa Urbano VI, en 1365, aprobara su fundación. A lo largo de los años se fueron realizando obras para adaptarlo a las necesidades conventuales.

Por ello, el nuevo rey de Castilla, Enrique III, al no disponer de residencia en Tordesillas, decidirá la edificación de otro palacio nuevo, que es en el que vive doña Juana.

Es de planta rectangular, con dos pisos de altura. Cuenta con tres puertas. Una al sur, frente al Duero, otra el norte y la tercera mirando al oeste. Tiene un corredor exterior y en la fachada sur se levanta una torre cuadrada, con tres alturas; la última dispone de un pequeño mirador.

En el interior tiene dos patios y una pequeña huerta. Los materiales utilizados en su construcción no habían sido buenos, por lo que es preciso realizar continuas reparaciones.

Doña Juana, la reina cautiva, será su última moradora. A su muerte, el castillo en el que había vivido encerrada más de cuarenta años quiso desaparecer con ella y poco a poco se fue desmoronando en el más absoluto de los olvidos.

Tordesillas era entonces una localidad importante en la que residían más de mil familias. Un lugar castellano muy querido por la historia. Su nombre ha quedado impreso para siempre en el Tratado que en ella se firmó entre los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, y el monarca portugués Juan II.

En Tordesillas estaban muy al tanto de la situación de la reina. Se contaban tantas cosas de su enloquecido comportamiento que ya muchos creían en la locura de doña Juana, aunque todos rechazaban el trato vejatorio al que la sometían. Algunos personajes destacados de la villa pensaron en ayudarla en alguna medida, pero poco podían hacer, pues todo estaba autorizado por su padre, el rey Fernando, que, apoyado por el cardenal Cisneros, regentaba el reino en ausencia de su hija, a la que había inhabilitado encerrándola.

El pueblo seguía con cierto dolor los comentarios que atravesaban los muros de palacio. Por eso a la muerte del rey Fernando, en 1516, los vecinos de Tordesillas se sublevarán exigiendo que mosén Luis Ferrer fuera relevado del cargo.

El cardenal Cisneros estaba de acuerdo con las medidas que el rey Fernando había tomado respecto a su hija. De ahí que al fallecimiento de este decida que la reina deba seguir encerrada, mientras él asume la regencia —según el testamento del Rey Católico— en espera de la llegada del hijo de doña Juana, Carlos. Cisneros, por tanto, mantiene el aislamiento de la reina. Pero sí tiene en cuenta las protestas de los vecinos de Tordesillas y la carta que doña María de Ulloa, camarera de la reina, le escribe dándole cuenta de las penalidades a las que estaba sometida doña Juana:

*... Sus ojos no pueden soportar la luz, lo cual no es de extrañar, ya que cuando no quería comer la encerraban en un cuarto oscuro hasta que cambiara de parecer. En los últimos tiempos no se le ha consentido entrar al monasterio de Santa Clara, donde se guarda el túmulo de don Felipe que Dios tenga en su gloria. La he encontrado mucho peor de lo que me podía imaginar. Si el estado de nuestra señora mueve a compasión, otro tanto ocurre con la princesa Catalina, que, a punto de cumplir nueve años, no conoce el mundo fuera de este castillo. Cuanto haga vuestra eminencia por mejorar la suerte de nuestra señora no dude de que será obra de gran justicia y gratísima a los ojos de nuestro Señor Jesucristo.*

En un gesto de cordura, tal vez de compasión, Cisneros cesa a mosén Ferrer en sus funciones y nombra a Hernán Duque, al que conoce muy bien, pues ha luchado a su lado contra los moros.

El hombre en el que se ha fijado es una persona en la que confía sin ningún tipo de reservas. El gesto que el capitán de las tropas castellanas, Hernán Duque, había tenido al ofrecerse a cambio de uno de sus hombres, padre de siete hijos, que había sido hecho prisionero y que iba a ser asesinado por no poder pagar su familia el rescate exigido, le ennoblecía. Al igual que su reacción posterior.

El cambio de prisionero fue aceptado y el rescate solicitado, para liberar ahora a Hernán, se incrementó. No pertenecía este a una familia muy pudiente y su anciano padre para salvarlo decidió el matrimonio de Hernán con una joven con problemas de salud cuyo destino era quedarse soltera, pero de familia campesina con grandes posesiones. Con la dote conseguida por su padre, Hernán Duque fue liberado tras un año de cautiverio. Al poco de regresar a su pueblo contrajo matrimonio, cumpliendo el compromiso paterno. La joven esposa, que se llamaba María Micaela, mejoró a su lado de las convulsiones que padecía, pero al dar a luz en su primer embarazo fallecieron ella y el bebé.

Hernán Duque tomó entonces la decisión de hacerse monje franciscano. Ingresó para cursar el noviciado en el convento de Valladolid y es allí adonde acude Cisneros para proponerle que acepte el cargo de ocuparse de doña Juana.

Hernán Duque muestra sus deseos al cardenal de seguir en el monasterio y rechaza su oferta, pero Cisneros lo convence diciéndole que es la voluntad de Dios. Que nadie mejor que él para intentar ayudar a la desdichada soberana que se ha visto sometida hasta entonces a un humillante trato por parte del responsable de su casa.



Doña Juana no consigue quedarse dormida. Su mente no la deja encontrar la tranquilidad necesaria para entregarse al sueño.

¿Pero es de noche o aún brilla el sol? ¿Cuánto hace que no siento el tibio calor de los rayos solares, que no miro al cielo? ¿Cuánto tiempo que no respiro el aire puro de los campos de Castilla? A veces mi imaginación me lleva por sendas tortuosas, pero son mejores que mi realidad. Hay momentos en que no sé discernir si lo que estoy viviendo es real o una pesadilla. Sí, puede que lo sucedido con ese extraño sea un ensueño. Sí, un sueño, porque todos me odian, y esa persona a la que herí no dijo nada, y me pidió permiso para retirarse, cuando nadie lo hace. Dios mío, no sé desde cuándo vivo en esta casa. He perdido la noción del tiempo. Solo al mirar a mi hija tengo la prueba de que este ha transcurrido. Al llegar a esta cárcel, la infanta Catalina aún gateaba y ahora es una niña que pronto se convertirá en una preciosa jovencita. Ella es mi único consuelo en esta prisión. ¡Pero qué me importa el tiempo! En mi vida todos los días son iguales. ¿Para qué voy a levantarme de la cama? A veces duermo en el suelo. Todos me castigan y yo también lo hago. Quieren que me arregle, ¿por qué voy a hacerlo? Si me han expulsado de la vida. Vine a Tordesillas de acuerdo con mi padre, el rey. Yo no ansío el poder y él me propuso ayudarme en el gobierno de Castilla, algo que acepté confiada. Pero jamás pensé que me encerraría. ¡Mi padre!... Nada está claro en mi cabeza, creo que nunca me ha querido. A veces necesito recordar quién soy, porque ahora es como si no tuviera identidad. Todos me ignoran o me insultan.

Yo soy Juana de Trastámara, tercera hija de los Reyes Católicos, doña Isabel y don Fernando. Nací en Toledo, en el palacio de Cifuentes, cuando corría el otoño de 1479. Pude haber llegado al mundo en cualquier otro lugar, ya que la corte era itinerante, se establecía en el lugar en el que viviesen mis padres, que se desplazaban con frecuencia de un lugar a otro en un intento de

unir y pacificar el reino. Cuando yo nací, acababan de ganar la guerra a los partidarios de defender los intereses al trono de la sobrina de mi madre, doña Juana, a quien llamaban la Beltraneja, aunque mi madre, la reina Isabel, jamás utilizaba ese término para referirse a ella. El mismo año en el que nací mi padre se había convertido en rey de Aragón por el fallecimiento de mi abuelo, el rey Juan II.

Mi corazón se entenece cuando pienso en mi hermana Isabel. Siempre fue un modelo para mí, quería ser como ella. Tenía nueve años más que yo. Me ayudaba en todo. Nuestros padres estaban poco con nosotros. Teníamos a muchas personas que se ocupaban de que estuviéramos bien; nos educaban, nos alimentaban. A veces alguna de esas personas nos quería, pero echaba en falta a mis padres. Yo era como un juguete para Isabel, que siempre me quiso mucho. Algunas veces acompañábamos a nuestros padres cuando iban a quedarse un tiempo en algún lugar. Así sucedió cuando se establecieron en Córdoba, donde mi madre trajo al mundo a la que sería nuestra querida hermana, María. Con el nacimiento de María y tres años más tarde de Catalina, yo ya tenía compañeras de juegos, pero mi relación con Isabel era muy especial. Prefería estar con ella a pesar de la diferencia de edad o tal vez por ello.

Durante un tiempo alternábamos nuestras estancias entre la ciudad andaluza y Alcalá de Henares. Recuerdo que yo esperaba ilusionada nuestro regreso a Córdoba. Los jardines del Alcázar, en el que vivíamos, eran maravillosos. Siempre me ha gustado estar en contacto con la naturaleza. Muchas tardes paseando con mi hermana Isabel, me hacía confidencias. Me contaba que pronto la casarían, aunque a ella no le apeteciese, y me aseguraba que a mí me sucedería lo mismo, pero en aquellos momentos me parecía algo muy lejano y no le daba importancia.

Paseando por aquellos jardines vi una vez a un caballero que luego sería famoso porque descubrió para mis padres una nueva tierra. Si no recuerdo mal se llamaba Cristóbal Colón. Creo que fui una niña un poco retraída. Para nuestra madre, la cultura era muy importante. Nos enseñaban latín, literatura, historia, música, canto... Ella nos daba ejemplo, el poco tiempo que le dejaba el gobierno de sus reinos se dedicaba al estudio. Recuerdo que alguna vez pedí permiso para quedarme en la sala donde mi madre y una de nuestras preceptoras, Beatriz Galindo, hablaban de Aristóteles. Yo no sabía entonces quién era ese señor, pero me gustaba escuchar las cosas que decían de él y de sus escritos. A mi padre, el rey, casi no le veíamos. Siempre me sentí muy unida a él, tal vez porque me distinguía de mis otros hermanos diciendo que yo era igual que su madre, Juana Enríquez, muerta mucho antes de mi nacimiento. Yo siempre quise y respeté a mi padre...

Doña Juana pasea nerviosa por la habitación. Parece buscar algo. Mira en una caja de las muchas que allí están apiladas. La tira y mira en otra. Destapa una tercera y tampoco encuentra lo que busca. Abatida, se sienta al borde de la cama.

Soy incapaz de encontrar el retrato de mi hermana Isabel. Cuando llegué a este lugar, traía conmigo los retratos de mi madre y de mi hermana mayor. Seguro que se los han llevado. No me dejan ningún consuelo. Si mi hermana Isabel viviera, se ocuparía por mí. Aún puedo sentir el dolor cuando tuvimos que separarnos. Estaban mis otras dos hermanas, María y Catalina, y aunque las quería, Isabel era mi apoyo y ella lo sabía.

—Mi querida Juanita, ha llegado el momento. Me voy. Ya estoy casada por poderes con el príncipe heredero de Portugal, Alfonso. Solo lo vi una vez cuando éramos niños. Espero que por

lo menos sea agradable. Tienes que ser fuerte cuando te llegue el momento de irte. Yo preferiría quedarme con vosotras, pero debo cumplir con mi obligación —me decía mi hermana con su dulce sonrisa.

Nos encontrábamos en Sevilla, donde durante más de quince días se celebraron diversas actividades festivas para conmemorar el enlace de mi hermana. Todos disfrutamos de los festejos, pero a la hora de despedirnos afloraba la pena. Isabel estaba tranquila, pero yo no dejaba de llorar, no quería que se fuera y me aterraba pensar que los próximos seríamos mi hermano, el príncipe Juan, y yo. Recuerdo que le comenté:

—Isabel, ¿y si comunico a nuestros padres que quiero ingresar en un convento?

—No te harán caso y no te dejarán. Querida Juana, pertenecemos a la monarquía y nuestros matrimonios sirven para sellar pactos, respondiendo a los intereses de nuestros padres.

Mi hermana Isabel se fue a Portugal, donde se celebró la boda, a la que no asistimos. Me dio miedo pensar que eso podría pasarme a mí. ¿Cómo comportarme en un mundo totalmente desconocido y rodeada de personas a las que nunca había visto? Pronto nos llegaron noticias. Isabel y Alfonso se habían enamorado. Me alegré tanto por ella. Isabel se lo merecía. Poco duró la felicidad. Antes del año, el príncipe Alfonso moría al despeñarse su caballo por un barranco en Santarém. Yo no dejaba de pensar en mi hermana, por ello me alegré cuando volvió a casa. Nuestra madre decidió que eso era lo conveniente. Isabel no parecía la misma. Nunca olvidaré una tarde que me pidió que la ayudara.

—Ven, Juanita, acércate. La parte de atrás tendrás que cortármela tú.

La miré asustada. Isabel tenía en sus manos unas tijeras y ya había cortado algunos mechones de su preciosa melena rubia.

—Por favor, no lo hagas —casi le supliqué. Pero Isabel, con una ternura que solo ella podía mostrar, me dijo:

—A partir de ahora quiero retirarme del mundo. Nunca más volveré a utilizar vestidos. Mi único atuendo será esta túnica —me aseguró mostrándome un sencillo sayal.

—Pero ¿qué te dirán nuestros padres? —le pregunté angustiada.

—Espero que me escuchen. Les voy a pedir autorización para ingresar en un convento.

—¿Y si no aceptan?

—Les rogaré que no vuelvan a casarme.

¿Qué haría yo cuando decidieran mi futuro? Miraba a mis hermanas pequeñas, María y Catalina, que, ajenas a nuestras preocupaciones, jugaban felices. Mis padres escucharon a Isabel y no se pronunciaron sobre lo que les pedía. Mi madre le mostró mucho cariño y trató de tranquilizarla. Siempre tuve la sensación de que Isabel era su hija preferida. En la vida, la alegría y la tristeza a veces se dan la mano. Todos estábamos tristes por lo sucedido al marido de Isabel, pero la alegría por la conquista del reino nazarí nos llenó de gozo. Nuestros padres quisieron que estuviéramos con ellos los meses previos a la rendición del rey Boabdil. Vivíamos en el campamento de Santa Fe. Allí pasamos las Navidades del año 1491. Ya se habían firmado las capitulaciones, pero todos esperábamos ver cómo el rey nazarí, Boabdil, entregaba a nuestros padres las llaves de Granada. Sucedió el 2 de enero de 1492. La alegría era desbordante. Una imagen para no olvidar. Me emocionó ver a nuestro hermano, el príncipe don Juan, cerca de los reyes, y a mi querida hermana Isabel toda vestida de negro al lado de nuestra madre. Qué orgullosa me sentí. Eran los mejores y más valientes reyes del mundo.

Fueron momentos felices y tranquilos que se prolongaron unos años, pero a nuestros padres les seguía interesando reforzar los lazos con Portugal. Yo podía haber sido la elegida, pero el rey

Manuel I conocía a mi hermana Isabel y la prefirió a ella. Nuestros padres accedieron: Isabel se casaría con el rey portugués. El matrimonio no se celebraría hasta 1497. Antes, yo me iría a Flandes para casar con el archiduque, Felipe el Hermoso, y de allí vendría doña Margarita, la hermana de Felipe, para casarse con mi hermano el príncipe Juan. De repente tres bodas. Y yo sería la primera.

Comenzaron los preparativos para el largo viaje que debería emprender. A mí solo me apetecía estar sola encerrada en mi habitación. No quería ver a nadie. Mi madre decidió que en el poco tiempo que tenía antes del viaje recibiera algunas lecciones de francés. Aquellos días no hablaba ni con mis hermanas, solo con Isabel, que venía todos los días a mi cuarto. Isabel me quería de forma especial. Fui la primera en llegar a su lado después de nuestro hermano.

—Juanita, vas a ser muy feliz, ya verás. Dicen que en Flandes la gente es muy alegre y que en la corte se celebran fiestas sin cesar. Y con lo que a ti te gusta el baile te divertirás y todos admirarán tu arte. ¿No recuerdas lo orgullosa que se sintió nuestra madre después de tu baile en Sevilla para celebrar mi boda?

—No insistas, Isabel, sabes muy bien lo que me cuesta relacionarme. No soy simpática como tú. ¿Qué voy a hacer yo sola en aquel mundo desconocido?

—No estarás sola. Nuestros padres se han ocupado de designar y organizar una corte que viajará contigo para que te arropen y protejan.

—No tengo trato con ninguno. Isabel, creo que soy invisible para los demás. Nadie cuenta conmigo.

—Esas son manías tuyas, que pronto se te pasarán.

Y llegó el momento. Viajamos a Laredo, en el norte. De su puerto partiría la flota. Tenía que viajar a un lugar lejano. Nunca había visto el mar. Pensé horrorizada que en medio de aquella inmensidad pasaría días, semanas... Mi madre me acompañó hasta el último momento. Mi padre no apareció, ni unas letras de despedida. ¡Mi padre! El mismo que me tiene aquí encerrada.

Doña Juana pasea muy nerviosa por la habitación. De pronto se arrodilla en el suelo y agarrándose la cabeza con las dos manos dice suplicante:

—Dios mío, concédeme unas horas de sueño. Necesito descansar. Estoy cansada, muy cansada... Pero Tú tampoco me escuchas. Nadie me escucha.

## Hermosos recuerdos

### *A la mañana siguiente*

Hernán Duque de Estrada, después de despachar con el personal de servicio y de mantener reuniones con el médico, Juan de Soto, y con el confesor de la reina, Juan de Ávila, considera que ha llegado el momento de pasar a cumplimentar a la soberana.

Desde la antecámara, manda a una de las doncellas que pase a comunicarle a la reina que el nuevo jefe de su casa desea presentarle sus respetos.

—Decidle que si ahora no le viene bien, puedo volver cuando me diga.

La doncella no puede evitar un gesto de sorpresa y se dirige a la habitación. A los pocos minutos regresa y, mirando a Hernán Duque, comenta:

—Ella dice que os recibirá ahora.

Hernán Duque, muy serio, la corrige:

—Os estáis refiriendo a doña Juana, reina de Castilla. No volváis a decir «ella». Utilizad «su majestad», «reina» o «señora». ¿Me habéis entendido?

—Sí, señor —asegura la doncella, que de repente se ha puesto muy seria.

Hernán Duque golpea suavemente la puerta antes de entrar. La habitación está en semipenumbra. Solo un rayo de luz penetra por un ventanuco al que no se tiene acceso por su elevada altura. La estancia huele a cera, como si las velas hubieran estado encendidas todas. Ahora, solo una temblorosa llama ilumina una mesa, cerca de donde doña Juana está sentada.

Antes de saludar a la reina, que se encuentra de espaldas a la puerta, Hernán Duque observa todo con atención. El lecho aparece intacto. Es posible —piensa— que doña Juana no se haya acostado o que ya lo hayan arreglado, pero le parece poco probable por el estado de abandono en el que se encuentra la habitación. Tiene que hacer bastante tiempo que nadie se ocupa de arreglarla. En las paredes cuelgan tapices que apenas se pueden ver por las cajas, baúles y telas apiladas por todas partes. En alguna de las mesas quedan restos de comida... La situación le parece penosa. Se acerca a la reina.

—Buenos días, señora, soy vuestro humilde servidor, Hernán Duque de Estrada. He sido elegido para ser el jefe de vuestra casa —se presenta mientras toma una de las manos de la reina acercándola a sus labios en señal de respeto.

Doña Juana, que con los ojos perdidos mira a algún lugar solo existente para ella, al escuchar la voz reacciona lentamente y al fijarse en el rostro de quien tan cortés y amablemente se dirige a ella, lo identifica inmediatamente, y con toda naturalidad extiende su mano para acariciar la herida en la mejilla de Hernán Duque. No dice nada.

Si la tarde anterior la sorprendida por la reacción de aquel desconocido que no se había alterado ante la herida causada fue ella, ahora es él quien se impresiona con el gesto de afecto protagonizado por doña Juana.

—¿Permitís que me siente? —pregunta Hernán Duque.

—Por favor, perdonad que no os lo haya dicho. Ya he perdido la educación y buenas costumbres. Buscad una silla en esta embarullada habitación.

—Esta mañana, señora, he hablado con vuestro médico, el doctor Soto, que me ha dicho que la salud de vuestra majestad es buena. Le he preguntado si os beneficiaría salir algunas tardes a dar cortos paseos y me ha dicho que sí.

Doña Juana lo mira incrédula.

—¿Me decís que voy a poder salir a pasear?

—Sí. He oído comentar que sois una excelente amazona. Algún día podríamos hacer alguna pequeña escapada. Yo os acompañaré.

—Me cuesta creerlo. Seguro que es todo mentira. ¿Por qué ha decidido mi padre cambiar a mi carcelero? ¿Está él de acuerdo con lo que me estáis proponiendo?

Hernán Duque no puede decirle que su padre, el rey Fernando, ha muerto. Cisneros le ha alertado para que no lo haga, porque la última voluntad del Rey Católico fue que todos los que tenían relación con la soberana mantuvieran secreto sobre su muerte. No quería que doña Juana se enterase.

—Señora, comenzamos una nueva etapa. Yo me ocuparé de todo lo relacionado con vuestra persona. A partir de ahora las cosas van a cambiar. Muchos de los sirvientes directos de mosén Ferrer han sido despedidos y él tampoco va a volver.

—Por fin mi padre ha escuchado mis ruegos. Doy gracias por ello a Dios. ¿Habéis visto a mi hija, la infanta doña Catalina? —pregunta la reina.

—Sí, he estado con ella. Ya he dado orden para que abran una ventana en la pared de su habitación.

—¿Sabéis que también con ella se portan mal? —le pregunta doña Juana.

—Eso ya ha pasado. Estando yo aquí no volverá a suceder —asegura Hernán Duque, que añade—: Y si estáis de acuerdo, ordenaré que cambien las habitaciones de vuestra majestad a otras dependencias más soleadas que estas.

—¿Sois real o todo obedece a uno de mis delirios? —pregunta incrédula la reina—. A veces creo que mi vida es una pesadilla de la que voy a despertar en cualquier momento.

—¿Dónde os gustaría despertar?

Doña Juana se levanta de la silla y pasea lentamente, muy pensativa. Hernán Duque la mira y piensa en lo hermosa que tuvo que haber sido, aún lo es. A pesar de su deplorable aspecto, conserva un atractivo muy especial. Calcula que tendrá unos treinta y ocho años. No puede por menos de sentir lástima por esta desgraciada mujer que vive encerrada desde los treinta años.

—¿Cómo me habéis dicho que os llamáis? —le pregunta la reina.

—Hernán. Hernán Duque de Estrada, señora.

—Hernán, no os conozco lo suficiente para contestaros a ese tipo de pregunta.

—Perdonadme por mi indiscreción, señora. No quería ofenderos. Si no mandáis nada, me retiro. Pasaré a veros esta tarde y tratamos de organizarnos un poco —dice Hernán Duque.

—Está bien. ¿Organizarnos decís? Todo esto es nuevo para mí —asegura la reina.

Al quedarse sola, la expresión del rostro de doña Juana se dulcifica, en sus ojos brilla una luz especial. Busca en uno de los joyeros y sonríe con emoción al tener entre sus manos un precioso collar de esmeraldas. Claro que sabe dónde le gustaría despertar.

Qué feliz fui en Lier. Claro que me gustaría despertar allí, aunque tuviera que volver a sufrir aquel horrible viaje en el que el miedo, la zozobra y la incertidumbre no me abandonaron ni un solo momento. Llegué a temer por mi vida ante el mal estado del mar. Algunas embarcaciones se perdieron para siempre llevándose con ellas parte de mi ajuar. Nos vimos obligados a fondear en Inglaterra, en el puerto de Portland. Después de tres días, de nuevo a la mar y por fin la costa de Holanda. La primera desilusión la recibí nada más llegar al comprobar que nadie nos esperaba. Podía entender que los correos no hubiesen avisado a tiempo, pero todos creíamos que en la siguiente parada mi prometido, el archiduque, saldría a recibirnos. Mas la decepción se fue incrementando en cada ciudad en la que nos deteníamos.

Llevábamos dos semanas caminando hacia Bruselas y no aparecía. Yo cada día que pasaba estaba más confundida. Llegué a creer que se había arrepentido y me rechazaba. En el fondo, pensaba, tampoco estaría nada mal, porque de esa forma regresaría a Castilla aunque es verdad que poco tardarían en buscarme otro destino. El clima de Flandes era muy distinto al nuestro. Hacía frío y yo di buena cuenta de ello. En Amberes, donde conocí a Margarita de York, que era la tercera esposa de Carlos el Temerario, abuelo de mi prometido que seguía sin aparecer, tuve que guardar cama varios días. Allí me contaron que el archiduque se encontraba en Landek, en una importante reunión en representación de su padre. Que no había sido informado de mi llegada y que al entrarse había salido al galope. Aquello me animó un poco. Y cuando a los pocos días me encontré con él en Lier, todos mis miedos y angustias desaparecieron. Solo con mirar su rostro me había olvidado de todo y de todos. Aquel hombre se iba a convertir en mi esposo. Di gracias a Dios por ello.



En Lier, pequeña localidad medieval situada a medio camino entre Amberes y Bruselas, en octubre de 1496 se conocieron doña Juana de Castilla y don Felipe duque de Borgoña, conde de Flandes. Cuentan las crónicas de la época que los dos jóvenes se gustaron nada más verse y que fue tal la pasión mutua que sintieron que aquella misma tarde decidieron contraer matrimonio. Se casaron en la intimidad en una pequeña iglesia. A los pocos días se celebraría la ceremonia oficial de esponsales en la iglesia de San Gumaro, en la misma localidad de Lier.

Nadie, ni el más optimista, se había aventurado a presagiar tan venturoso encuentro. Los matrimonios entre las familias reales eran de pura conveniencia para cerrar acuerdos o entablar nuevos proyectos. Los Reyes Católicos no eran ajenos a esta política y así, después de acordar el matrimonio de la infanta Isabel con el rey de Portugal, decidieron un doble matrimonio: Juana se casará con Felipe, heredero del emperador Maximiliano I de Austria, y el príncipe don Juan, heredero de la corona de Castilla y Aragón, contraerá matrimonio con la princesa Margarita, hermana de Felipe.

Isabel y Fernando, en un intento de mostrar su poderío al mundo, se volcaron con la flota que acompañaría a doña Juana a Flandes. Flota que después se encargaría de trasladar a Castilla a la princesa Margarita, prometida del príncipe don Juan.

Hasta Laredo viajó la reina con sus hijos para acompañar a la infanta Juana. Se sabe que la última noche antes de la salida de la expedición la pasó doña Isabel con su hija en la

embarcación.

A mediados de agosto, cuando el viento fue favorable, zarpó del puerto de Castilla una flota formada por diecinueve buques y más de tres mil personas entre tripulación y séquito.

Había que realizar el viaje por mar porque España y Francia estaban en guerra. Doña Juana tenía entonces dieciséis años, y aunque en el séquito la acompañaban personas especialmente elegidas por sus padres, el cambio que iba a experimentar su vida era muy importante.

Todos los testigos que presenciaron el encuentro en Lier auguraron una vida plena de amor y felicidad para aquel matrimonio, porque desde el momento en el que se vieron el mundo dejó de existir para ellos.



Este hermoso collar, regalo de mi amado, ha sido testigo de mi felicidad. Por ello, ahora, al tenerlo entre mis manos y acariciar sus cuentas, me hace revivir aquellos momentos. ¡Dios mío, desconocía que se pudiera amar con tal intensidad! A su lado me convertí en la mujer más feliz del mundo. Felipe, mi señor, me hacía sentir en la gloria. Nadie me había hablado de la plenitud que una mujer puede experimentar al sentirse poseída por el hombre amado. A la primera noche, que deseaba fuera interminable, siguieron todas las demás y en cada una percibía cómo mi placer iba en aumento. Su hermoso cuerpo se acoplaba al mío con tal maestría que parecíamos uno solo. Pero es que mi alma, mi entendimiento, todo mi ser ya era uno con Felipe. No dejaba de dar gracias a Dios por un marido tan maravilloso. A su lado, por primera vez en mi vida, me sentía fuerte. Él parecía experimentar lo mismo. Se mostraba orgulloso al presentarme a sus amigos en los actos oficiales.

Flandes era otro mundo y yo disfrutaba de la música y del alegre colorido de las fiestas interminables que en nuestro honor se organizaban. Muchas de las personas de mi séquito se escandalizaban con los trajes de las mujeres y por cómo estas comían y bebían en compañía de los hombres, pero yo me sentía contagiada de la alegría y de las ganas de vivir y divertirse de aquella gente. Aunque lo que más deseaba era quedarme a solas con Felipe, algo que él compartía. Y juntos volábamos al cielo. Al principio me dejaba llevar, pero pronto me volví más activa. Mi apasionamiento y entrega eran totales, algo que a Felipe le agradaba sobremanera. La vida me sonreía como nunca lo había hecho. La archiduquesa Margarita, que se iba a convertir en mi cuñada, era una muchacha encantadora y muy guapa. Pensé en lo mucho que le gustaría a mi hermano, el príncipe Juan. Estaba segura de que su matrimonio iba a ser tan feliz como el mío. Y la verdad es que no me equivoqué. En las dos uniones reinó el amor, aunque no por mucho tiempo. Mi hermano murió a los siete meses de haber casado. Y en mi matrimonio..., el amor duró un poco más, aunque negros nubarrones se cernían sobre nosotros.

Antes de guardar el collar, doña Juana lo acerca a su corazón. Mira un traje que está sobre una silla y piensa: «Sí, volveré a arreglarme y a comportarme como quien en verdad soy».

## Heredita de Castilla

### *Tordesillas, en un lugar cerca del Duero*

Al salir del palacio, Hernán Duque ayuda a doña Juana, que al enfrentarse a la luz del día se queda deslumbrada.

—Perdonadme, tenía que haber pensado en ello. Tal vez sea mejor que volvamos dentro — dice Hernán Duque.

—No, pronto me acostumbraré. Me cubriré con el velo. No renuncio a este paseo por nada del mundo. Todos estos días, desde que vos habéis llegado al castillo, el mal tiempo nos ha impedido salir. Y hoy, por fin, puedo respirar aire puro. No termino de creérmelo. ¿Qué le ha pasado a mi padre para que haya cesado a mosén Ferrer? Seguro que nadie me lo dirá, pero doy gracias a Dios por su marcha. Y por su presencia, Hernán.

—Gracias, señora.

—¿Tenéis hijos? —le pregunta doña Juana.

—No. Mi mujer falleció al dar a luz a nuestro primer hijo y el niño no sobrevivió.

—Lo siento mucho. También mi hermana Isabel, reina de Portugal, murió al dar a luz. Yo estaba embarazada de mi primera hija cuando conocí la triste noticia.

—Pero el recién nacido no murió, ¿verdad? —pregunta Hernán Duque.

—No, el príncipe Miguel logró vivir. Pero solo año y medio. Su fallecimiento cambió mi vida para siempre —afirma doña Juana con un fondo de tristeza en su mirada que sobrecoge a Hernán Duque.



Nadie en Castilla habría podido imaginar que un día la tercera hija de los Reyes Católicos, doña Juana, se convertiría en su heredera.

La muerte del príncipe don Juan cuando no había cumplido los veinte años sumió a sus padres en la más profunda de las depresiones. Todas sus esperanzas de continuidad estaban puestas en él. Había sido educado para desempeñar la alta misión que le sería encomendada. Al dolor por la pérdida del hijo se sumaba la incertidumbre del futuro. Existía una pequeña posibilidad: la archiduquesa Margarita, esposa del príncipe, estaba embarazada, pero un parto prematuro terminó con todas las esperanzas.

La heredera, entonces, pasó a ser la infanta Isabel, primogénita de los reyes y ahora reina de Portugal. Doña Isabel y don Fernando se pusieron en contacto con ella para que acudiera a Castilla y a Aragón junto con su esposo y ambos fueran jurados como herederos. Así lo hicieron.

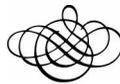
Isabel, que se encontraba embarazada, dio a luz en Zaragoza a un niño, a quien le pusieron el nombre de Miguel. Ella falleció a las pocas horas.

De nuevo los Reyes Católicos sufren un duro golpe. Pero el pequeño Miguel encarna el futuro. Desean que se quede con ellos. Lo cuidarán y formarán para que un día les suceda en el trono. El niño heredará los tronos de Castilla, León, Granada, Aragón y Portugal. Su padre, el rey Manuel, regresa a Portugal.

Doña Isabel vive pendiente del bebé.

Miguel de la Paz ya ha cumplido año y medio, parece que lo más difícil ha pasado. Pero en junio de 1500 el pequeño fallece.

Muchos piensan que alguna maldición pesa sobre el trono. Los Reyes Católicos, sobreponiéndose al dolor, comunican a Flandes su deseo de que doña Juana y don Felipe acudan a Castilla para ser reconocidos como herederos.



—Perdonadme, señora, sé que no debo haceros esta pregunta. Pero deduzco por vuestra expresión que no os agradó convertirnos en la heredera al trono, ¿me equivoco?

—Pregunta impertinente e inapropiada —dice doña Juana—, pero os voy a contestar. Una hija de la gran reina doña Isabel siempre, siempre, deberá manifestar su orgullo y agradecimiento por haber heredado su reino. Yo soy la reina de Castilla, León y Granada y me siento muy honrada. Aunque también es verdad que si no fuera esta mi condición, no estaría encerrada en Tordesillas.

Hernán Duque, impresionado, no sabe qué responder. Doña Juana le evita el compromiso, pues se aleja en silencio con la mirada perdida en el río Duero.

¿Dónde estaría yo ahora si no fuera reina? —piensa doña Juana—. ¿Con mis hijos en Flandes? Tal vez mi señor don Felipe no habría muerto. Recuerdo que cuando me comunicaron el fallecimiento de mi querida hermana Isabel, yo iba a dar a luz en unos meses. Era mi primer embarazo. Hacía muy poco que las sospechas de que mi marido me era infiel se habían convertido en certezas. Mi hija Leonor nació en Lovaina rodeada de una cierta decepción, ya que todos deseaban que hubiera sido un varón. Después del parto me sentí desilusionada, sola y muy triste, sin saber qué hacer para ahogar aquellos celos que no me dejaban vivir. Y lloraba, lloraba mucho. También mi madre, la reina, lo hacía por el comportamiento de mi padre, que le era infiel muy a menudo. Yo la había visto tantas veces llorar. Pero ella era fuerte y disponía de muchos recursos a los que agarrarse para no dejarse arrastrar por el sinsabor de los celos. Castilla era toda su vida. Yo no tenía nada, mi vida era mi esposo y estaba comprobando cómo me lo arrebataban.

No gozaba de la amistad de nadie con quien compartir mis preocupaciones. Con ninguna de las damas de mi corte tenía confianza. Vivía en una corte que no parecía mía porque sé que me espiaban y mandaban informes sobre mi comportamiento a Castilla. Una corte a la que no podía pagar su fidelidad porque el dinero lo administraba Felipe, que de vez en cuando me daba alguna cantidad.

Un día se presentó en Bruselas un padre dominico, fray Tomás de Atienza, persona de confianza de mis padres, que se entrevistó con Felipe y conmigo. Nunca supe exactamente a qué había venido. Puede que solo a informarse de cómo era mi vida, pero para mí que tengo que su objetivo era ocuparse de mi alma, aunque nada consiguió. Intentó convencerme para que me confesara, como si la confesión fuera a solucionar mis problemas. A este sacerdote le hablé de mis penurias económicas y al ver cómo miraba con todo detenimiento una cruz preciosa que yo llevaba al cuello, le dije: mi señor, el archiduque no es pródigo en el dinero que me pasa, pero me hace regalos valiosísimos que pertenecieron a su madre. Fray Tomás de Atienza sonrió y no dijo nada.

Yo sabía que los hombres suelen ser infieles, pero que mi señor lo fuera era diferente. Él seguía comportándose conmigo como un enamorado. A su lado se me olvidaba todo. Pero en cuanto se alejaba, la duda me corroía. Cuando mi segundo embarazo ya estaba muy avanzado y no era recomendable asistir a actos públicos, me impuse a todos para acompañar a mi esposo a la gran fiesta que se celebraba en el palacio Prinsenhof en Gante. No quería dejarlo solo a merced de las licenciosas cortesanas. A mi señor todavía no le molestaba mi insistencia. Recuerdo que la fiesta fue brillante y que yo conseguí convertirme en el centro de atención por mi avanzado estado de gestación y también por mi físico tan distinto al de las damas de aquella sociedad. Muchos alababan mi belleza. Además, aquella noche me encontraba especialmente alegre, locuaz y comunicativa. Lo que pasó después ha servido para que afearan mi conducta, aunque tampoco fue tan grave. En un momento de la noche empecé a sentirme mal. Acompañada de mis damas me ausenté de la sala y a los pocos minutos di a luz en el mismo palacio donde se celebraba la fiesta. La alegría de mi señor y de toda la corte fue indescriptible; había nacido un varón. A partir de entonces don Felipe parecía volver a vivir solo para mí. El bautizo de nuestro hijo fue todo un acontecimiento.



El bautizo de Carlos, primer hijo varón de doña Juana de Castilla y de don Felipe el Hermoso, fue una ceremonia similar a la de una coronación. Un acontecimiento que asombró a las cortes europeas. La celebración tuvo lugar el 7 de marzo de 1500 en la iglesia basílica de San Juan, en lo que hoy es la catedral de San Bavón de Gante.

La ciudad se había engalanado para tal acontecimiento: estandartes, antorchas y cuarenta arcos de triunfo cobijaban una pasarela que unía el palacio de Prinsenhof con el templo, profusamente adornado en su interior con sedas y telas ricamente bordadas.

Catorce prelados encabezan la comitiva. Al pequeño Carlos lo llevaba una de las madrinas, Margarita de York, que era la tercera esposa de Carlos el Temerario, abuelo de Felipe el Hermoso. Iba sentada en una importante silla, portada por un grupo de lacayos. La otra madrina era Margarita de Habsburgo, tía del recién nacido. Dos veces tía, por ser hermana de Felipe el Hermoso y viuda del príncipe Juan, hermano de Juana. Al poco tiempo, Margarita se casaría con el duque Filiberto II de Saboya. Los padrinos eran el caballero de honor de doña Juana, Charles de Croy, príncipe de Chimay, con rico estoque de piedras preciosas, y el príncipe de Berghés, con yelmo de oro.

Al final, los augustos padres, doña Juana y don Felipe. Hermosa pareja que mostraba a todos su desbordante felicidad ante el nacimiento del deseado hijo varón.

Más de trescientas personas participaron en el cortejo. Aquella mañana las campanas de todas las iglesias de Gante y de otras muchas localidades no dejaron de tocar.

Se decretaron tres días de fiestas. Los habitantes de Gante disfrutaron de aquel acontecimiento que permanecería en su historia para siempre.



Juana sigue ensimismada en sus recuerdos. Siente una emoción especial al recordar la imagen de su cuñada doña Margarita sosteniendo al recién nacido, Carlos, sobre la pila bautismal. «Seguro —piensa— que Margarita se sigue ocupando de mis hijos».

Después del bautizo de mi primer hijo varón, se sucedieron unos meses maravillosos. Felipe se mostraba ilusionado y muy agradecido por haberle dado un heredero. Me hizo infinidad de regalos y juntos viajamos por algunas de las ciudades más importantes, donde éramos recibidos y arropados por el cariño de las gentes. Fue en medio de esta alegría cuando nos comunicaron que mis padres, los reyes, solicitaban nuestra presencia en Castilla para ser reconocidos y jurados por las Cortes como herederos al trono ante la desaparición del heredero, el pequeño Miguel. Felipe no cabía en sí de gozo y para festejarlo, un nuevo embarazo. El viaje a Castilla lo haríamos por tierra atravesando Francia; a Felipe le interesaba de forma especial mantener buenas relaciones con los franceses y aquella era una excelente oportunidad. Igual que mis padres quisieron impresionar con la flota con la que llegué a Flandes, a mi marido le sucedía lo mismo. Fue necesario recaudar dinero para formar aquella expedición de ensueño. Más de un año organizándola. Lo justo para que yo diera a luz en Malinas a una niña a la que llamamos Isabel, como homenaje a mi madre.



Con un equipaje impresionante (más de cien carros eran necesarios para transportarlo), cinco carrozas, ciento cincuenta arqueros, trompeteros, tambores, pajes, heraldos y distintos miembros de la corte, en octubre de 1501, los archiduques de Austria, doña Juana y don Felipe, iniciaron su viaje a Castilla para ser reconocidos como príncipes herederos.

A doña Juana le emocionaba el ansiado encuentro con sus padres; a don Felipe, la posibilidad de convertirse un día en rey de Castilla le hacía sentirse el más feliz de los mortales. También le entusiasmaba la posibilidad de encontrarse con su admirado Luis XII y presenciar el lujo y boato de la corte francesa. Había decidido hacer el viaje por tierra solo para tener la oportunidad de entrevistarse con el soberano francés.

Para descansar un poco, y también para conocer la hermosa ciudad, primero se detuvieron varios días en París. Después se dirigieron al castillo de Blois, donde los espera el monarca francés y toda su corte. Los archiduques nunca se hubieran podido imaginar el importantísimo y fastuoso recibimiento que se les iba a tributar.

En las crónicas de la época se cuenta que todas las autoridades del reino acudieron a darles la bienvenida. Más de cuatrocientos arqueros y cien piqueros suizos presentaron armas. Se organizaron cacerías, torneos, juegos de pelota, bailes... Todo un despliegue festivo y de entretenimiento para que la estancia de los ilustres visitantes resultase agradable. La única nota discordante la protagonizó doña Juana.

Durante una celebración religiosa, siguiendo una vieja costumbre feudal, el rey francés ordenó que se entregaran unas monedas al archiduque Felipe el Hermoso para que las diera como limosna. El significado de este gesto no era otro que el de mostrar su protección hacia el vasallo. Don Felipe aceptó.

Pero cuando la reina intentó hacer lo mismo con doña Juana, esta las rechazó. Ella no solo era archiduquesa de Flandes, que sí debían vasallaje al rey de Francia, sino heredera del reino de Castilla, León, Aragón y Granada.

Ana de Bretaña, soberana francesa, no ocultó su malestar ante la postura de la archiduquesa. Pero, sin duda, doña Juana supo mantener su independencia y su orgullo como legítima heredera de los Reyes Católicos.



Al recordar su paso por Francia, doña Juana piensa en la nueva esposa de su padre. Se levanta desde donde está apoyada y busca a Hernán Duque con la mirada. El jefe de su casa se encuentra sentado un poco más allá. La reina se acerca a él.

—Decídmelo, Hernán, nunca se lo he preguntado a nadie, ¿cómo ha sentado en Castilla la boda de mi señor padre con doña Germana de Foix? Yo la conozco, ha venido a verme en más de una ocasión. Sé que el niño que tuvieron no logró sobrevivir y falleció a los pocos días. ¿Han vuelto a tener descendencia?

—No sé si soy la persona adecuada para contestar a vuestras preguntas.

—Claro, nadie mejor —asegura doña Juana con una media sonrisa.

A Hernán Duque no le gusta mentir, pero cada vez que se habla del rey don Fernando se ve obligado a hacerlo. Cisneros le repitió varias veces que doña Juana no debía enterarse de que su padre había fallecido. Haciendo un gran esfuerzo dice:

—La verdad es que creo que en Castilla ya se han olvidado de esa boda. Al principio muchos comentaron lo poco acertado de la elección de don Fernando al fijarse en una sobrina del rey de Francia, Luis XII, con el que siempre mantuvo desavenencias, pero ahora ya nadie se acuerda. Y no, no han vuelto a tener descendencia.

Juana permanece en silencio, pero en su interior se congratula de que su padre no haya tenido más hijos. Se alegra por su madre, la gran reina doña Isabel.

—Señora, permitidme que os haga yo una pregunta. Os ruego que si no lo consideráis pertinente, me perdonéis. Pero me han contado, muchas veces, que en el castillo de Blois vos

defendisteis los intereses de Castilla, mostrándoos orgullosa de pertenecer a esta tierra y dejando patente vuestra categoría ante los reyes de Francia.

—A otra persona no le contestaría, pero a vos, Hernán, os estoy muy agradecida, así que os responderé: en Blois creo que me comporté como se esperaba de una hija de los Reyes Católicos; miré a los soberanos franceses de igual a igual.

—Nadie soy para enjuiciar vuestras acciones, pero permitidme, doña Juana, que os felicite. Mi enhorabuena como castellano y súbdito de vuestra majestad.

—Gracias, mi querido Hernán. vuestras palabras me hacen bien porque además me recuerdan quién soy.

—Señora, si os parece, podemos regresar a palacio. La temperatura ha bajado y se puede resfriar.

—De acuerdo. Esta noche le he pedido a mi dama, doña Ana Cifuentes, que pase a verme. Me tranquiliza mucho su conversación. La infanta Catalina está muy contenta con ella. Ha sido un acierto que doña María de Ulloa nos la enviara y que vos la aceptarais. Es muy posible que mosén Ferrer no la hubiera admitido. Él solo deseaba mantenerme aislada. Si observaba que alguien se apiadaba de mí, inmediatamente lo despedía o alejaba de mi entorno. Por cierto, ¿sabéis si doña María vendrá pronto a Tordesillas? —pregunta doña Juana.

—No lo sé. Puede que lo haga a finales de mes —responde Hernán Duque—. En cuanto a doña Ana Cifuentes, yo también estoy muy contento de su servicio. Ella fue la primera persona en incorporarse después de mi llegada a Tordesillas.

## La infanta doña Catalina

### *Tordesillas*

—Perdonadme, señora, por lo tarde que acudo a verla, pero he estado con la infanta. Tiene fiebre y empieza a salirle una especie de sarpullido por la cara —anuncia la dama de la reina, Ana Cifuentes.

—Me acercaré a verla —sugiere doña Juana levantándose.

—Mejor no, doña Juana, puede ser algo contagioso. ¿Habéis tenido el sarampión? Me temo que doña Catalina esté infectada.

—No, no lo he tenido. Y he cuidado a una persona que padecía esa enfermedad. ¿La ha visto el médico? —se interesa doña Juana.

—El doctor Soto no se encuentra en palacio. En cuanto regrese, la verá. Igual es una falsa alarma. De todas formas es mejor prevenir —dice Ana Cifuentes.

—No temo al contagio. Como os decía, he estado en contacto con esa enfermedad y no me ha pasado nada —insiste la reina.

—Como queráis, señora. Aunque mejor la visitáis mañana. La he dejado medio dormida.

—Está bien, pero no os quedéis conmigo. Estad pendiente de ella, y que el doctor la vea nada más llegar.

—Así se hará, doña Juana. ¿Mandáis algo más? —pregunta Ana Cifuentes.

—No, gracias. Podéis retiraros.

Doña Juana se queda sola. Se acerca a la ventana (la han cambiado de habitación, ahora vive en una zona mucho más habitable). Es de noche y nada se ve. Presiente el río cercano, el río nunca duerme —se dice—. A ella muchas veces no le ha quedado otro remedio que seguir su ejemplo, pero esta noche tiene la sensación de que dormirá plácidamente. Qué bien le ha sentado salir al exterior y pasear, pasear al aire libre; viendo los árboles, las casas, el río... Espera que la enfermedad de su hija no sea nada grave. El sarampión es cuestión de una semana aproximadamente. Ella lo sabe muy bien. Aún le parece estar viendo el rostro de su amado Felipe cuando llegaron a Olías.

Ya llevaba unos cuantos días con dolor de garganta y molestias en la boca. El viaje a Castilla nos estaba resultado durísimo. Muchos de los carros con los que viajábamos tuvieron que quedarse en el camino, donde la nieve había hecho su aparición. Aunque también vivimos momentos muy felices. Yo estaba muy contenta de volver a mi tierra, de la que me sentía muy orgullosa. Observaba en todo momento a mi marido y a muchos personajes de la corte flamenca, que nunca habían estado en estas tierras; quería ver qué impresión les causaban.

Muchas ciudades por las que pasábamos se engalanaban para recibirnos. Recuerdo que en Vitoria nos quedamos varios días. En la ciudad se organizaron diversos festejos, hasta una corrida de toros nos ofrecieron. Otras ciudades que nos agasajaron fueron Valladolid, Burgos, Olmedo,

Segovia y Madrid, donde residimos más de un mes. En esta ciudad pasamos las fiestas de Pascua. Ya llevábamos casi cinco meses de viaje. Al abandonar Madrid, mi señor empezó a notar pequeñas molestias en la garganta que fueron en aumento. A esas molestias se sumaron unas extrañas manchas que cubrieron su rostro. Por ello, al llegar a Olías, que se encuentra relativamente cerca de Toledo, donde nos esperaban mis padres, los médicos aconsejaron que nos detuviéramos. Felipe debía guardar cama. Imposible llegar en aquellas circunstancias.

Al día siguiente de nuestra estancia en Olías salió un mensajero para informar a los reyes de nuestra situación. Mi padre decidió, en el acto, acudir a nuestro lado. Mi madre lo intentó, pero al final desistió ante la opinión de los médicos que la atendían. Su salud empezaba a darle problemas. Además, mi señor don Felipe, cuando conoció las intenciones de la reina, dijo que si ella se arriesgaba a venir a verlo estando enferma, él haría lo mismo: abandonaría el lecho para salir a su encuentro.

Ni uno ni otro se movieron. Quien llegó fue mi señor padre. Me abracé a él con toda la fuerza y el cariño de una hija que de verdad lo amaba y respetaba. Estuvo cariñosísimo con mi marido. Disfruté al verlos juntos. Yo hice de traductora. Fueron momentos hermosos.

Superada la enfermedad, Felipe y yo, acompañados de mi padre, llegamos a Toledo. Entramos bajo palio y mi padre honró a mi esposo, Felipe, colocándolo a su lado, permitiendo, mejor propiciando, que yo, su hija, entrase en la ciudad detrás de ellos. No dije nada. Estaba acostumbrada a no ser protagonista, a ocupar siempre lugares secundarios.

La verdad es que, en aquel momento, no me importó; Felipe lo era todo para mí. No era de la misma opinión mi madre, a quien no gustó el desprecio que me habían hecho. Al día siguiente, la reina Isabel, propietaria de estos reinos, me situó a su lado bajo palio, demostrando de esa forma que yo era su heredera legal.

La alegría al encontrarme con mi madre fue indescriptible, cuánto la había añorado. Recuerdo que cuando llegamos al palacio de los marqueses de Moya, donde nos alojaríamos, la reina nos esperaba sentada en un sitial. Estaba acompañada por doña Juana de Aragón, hija bastarda de su esposo el rey don Fernando, por doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, y por otras damas vestidas todas ellas de gala. La emoción de sentirme entre los brazos de mi madre fue incomparable. Sin hablar de ello sabía que mi madre sufría conmigo ante el comportamiento del archiduque. Ella sabía muy bien el dolor que provocan los celos. Ni mi madre ni yo nos hubiésemos aventurado nunca a imaginar que un día yo me convertiría en su heredera. Pero el destino así lo había querido y allí estábamos mi señor don Felipe y yo, dispuestos a ser jurados.



En mayo de 1502, en Toledo, doña Juana es reconocida como princesa de Asturias por las Cortes castellanas, que aceptaron a don Felipe como príncipe consorte. Después de la jura de los archiduques en la catedral, se celebró el banquete en el palacio arzobispal.

Por la noche, doña Juana y don Felipe fueron agasajados con una cena, ofrecida por el rey don Fernando en el Alcázar, a la que asistieron los cargos más importantes del reino.

Unos meses después, las Cortes de Aragón confirmaron a doña Juana como soberana propietaria y a don Felipe como rey consorte.



Doña Ana Cifuentes mira con ternura la cara de la infanta doña Catalina, que duerme tranquila. Según el doctor Soto, no existen motivos para preocuparse. Algún alimento que le habrá sentado mal. El doctor no descarta que la piel de la niña, muy blanca y fina, acostumbrada a vivir siempre en interiores, haya sufrido al ser expuesta a la luz del día; al aire y al sol. Doña Ana siente mucha pena al pensar que esta niña, que acaba de cumplir diez años, no ha salido del palacio desde hace ocho y nunca ha visto a ningún otro niño. Desconoce los juegos infantiles.

Cuando doña María de Ulloa le propuso pasar al servicio de la reina doña Juana en Tordesillas, Ana había aceptado sin dudarle con la finalidad primordial de intentar ayudar a la pequeña infanta que allí vivía. Tal vez porque ella nunca había podido disfrutar ni educar a su hija.

Doña Ana Cifuentes poseía experiencia atendiendo niños. Había cuidado a los de doña María de Ulloa, que era su ángel protector.

Ella se había quedado viuda muy joven. Un terrible incendio en la casa en la que vivía en el campo había terminado con la vida de su marido y con la de su única hija de solo un año de edad. A duras penas había logrado sobreponerse a la tragedia. Doña María de Ulloa, que conocía a su marido, se preocupó de ella buscándole ocupación, sobre todo para que no se sintiera sola. Y así comenzó a trabajar en su casa y a ocuparse de las niñas. Nunca se desligó de doña María, pero había prestado sus servicios también en otras familias. Se le daban bien los jóvenes. Era persona instruida, y aunque no dependía de ella la educación de los pequeños, que tenían sus preceptores, sí resultaba perfecta para acompañarlos y muy especialmente para conseguir que se interesasen por la cultura. Sabía cómo atraerlos con juegos e historias divertidas.

El primer encuentro con la infanta doña Catalina casi lo calificaría de asombroso. En un principio, doña Ana sintió mucha pena al ver a aquella niña mal vestida, casi sin peinar y con una gran dulzura en su rostro. Pero, luego, durante el diálogo surgió la sorpresa.

—Doña Catalina, me llamo Ana, Ana Cifuentes y a partir de ahora trabajaré en palacio. Soy dama de vuestra madre, la reina, y también me ocuparé de vos.

—Mucho gusto. ¿Podremos salir a pasear? Me ha dicho el señor Hernán que alguna tarde me permitirá acercarme al pueblo —le comentó doña Catalina.

—Si él os lo ha dicho, seguro que así será —respondió doña Ana.

—¿Sabéis que precisamente hoy han abierto un hueco en la pared de mi habitación? Estoy muy contenta porque puedo, desde esa pequeña ventana, ver la calle y a la gente que de vez en cuando pasa. Y también a algunos niños —dijo la infanta sonriendo.

—¿No los habíais visto nunca? —se asombró doña Ana.

—No, es la primera vez. Aquí solo viven personas mayores.

—Mi querida doña Catalina, os habréis aburrido mucho.

—No, bueno, algunas veces un poquito, pero la música me gusta mucho y también bailar y leo algunos libros.

—Pero ¿bailáis aquí?, ¿quién os ha enseñado a bailar? —preguntó doña Ana sorprendida.

—La reina. Cuando se encuentra bien, mi madre me enseña a tocar el clavicordio y bailamos juntas. Incluso hablo algo de francés. Como no nos dejaban salir de palacio, pasábamos mucho tiempo juntas. Ella me enseña todo —dijo la infanta.

Doña Ana recuerda que después de aquella charla con la infanta había ido en busca de Hernán Duque para contarle lo que le había dicho la infanta y que a ella le resultaba muy difícil de creer, pensando incluso que fantaseaba. No podía entender que doña Juana, encontrándose en el estado en el que decían que estaba, pudiese ocuparse de la formación de su hija.

Pero era cierto. Ella misma ya ha podido participar de las reuniones musicales de madre e hija. Verdaderamente doña Juana se transforma cuando escucha o interpreta música. En el palacio siempre había un grupo de músicos, de los que la reina se encargaba personalmente pagando sus servicios de inmediato.

Ahora que lleva un tiempo en palacio, doña Ana ha empezado a entender muchas cosas.

Está muy contenta de haber aceptado la propuesta de doña María para venir a Tordesillas. Le entusiasma colaborar con el jefe de la casa, don Hernán Duque, que es buena persona, muy sensible y que solo desea hacer más fácil la existencia de aquellas dos mujeres, madre e hija, que tristemente viven encerradas.

A doña Ana le habían prevenido de lo difícil que podría resultar que doña Juana la aceptase.

Los primeros días fueron en verdad muy complicados, pero sin duda jugó a su favor la relación con la infanta, que desde un principio funcionó muy bien. Doña Juana al ver contenta a su hija, que era lo que más quería, amplió el margen de prueba y no la rechazó desde el primer momento, como hubiera sido lo habitual.

Ahora, vencida la prueba, doña Ana ha conquistado un poco a la reina, que de vez en cuando la invita a sus dependencias para que le lea poemas o le cuente historias.

Doña Ana ya lo sabía, pero ha seguido los consejos de Hernán Duque, que siempre repite que el afecto abre todas las puertas. Hay días en los que la reina, debido sabe Dios a qué, no se encuentra bien. Entonces lo que hay que hacer es respetarla y esperar que vuelva la tranquilidad.

Doña Ana mira de nuevo a la infanta, que sigue durmiendo muy tranquila. La observa con detenimiento. Ninguna de sus facciones es similar a las de su madre. Tampoco su piel. La de la infanta es como el nácar; la de doña Juana, mucho más morena. Dicen, los que lo conocieron, que la infanta doña Catalina es, en lo físico, igual a su padre, el archiduque Felipe el Hermoso, que falleció antes de que ella llegara al mundo.

De buena gana besaría sus mejillas, pero no lo hará. Sería una falta de respeto. Doña Ana se emociona pensando en cómo sería su niña ahora. Todo lo que hace se lo dedica a ella. Cuida de todos los niños a los que tiene cerca como si fueran su pequeña. Es la forma de manifestarle su amor. «Algún día —piensa doña Ana—, podré abrazarla a ella».

Apaga la vela y muy despacio abandona la habitación de la infanta.

Esplendorosa primavera  
*Tordesillas, mayo de 1517*

—Mi querido señor Hernán Duque, me habían llegado rumores, pero nunca creí que la reina fuera capaz de experimentar un cambio semejante. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Vos sabéis tan bien como yo lo importantes que son el afecto y la comprensión, doña María.

—Claro que lo sé. Doña Juana me ha dicho que sois un verdadero ángel para ella, que gracias a vuestra ayuda ha vuelto a sentirse viva.

Casi dos meses llevaba Hernán Duque al frente de la casa de la reina y la existencia de los moradores de aquel palacio había cambiado por completo. Ya no era un lugar siniestro, oscuro y doliente. Ahora, la vida discurría con normalidad. No se aplicaban castigos carcelarios, no se escuchaban gritos y doña Juana había vuelto a arreglarse y a ocuparse de su aseo personal. Comía sin ningún tipo de problema e incluso, algunas tardes, los vecinos de Tordesillas podían verla pasear a caballo cerca del Duero. También la habían autorizado a recibir algunas visitas.

Aquella mañana había llegado a Tordesillas doña María de Ulloa, condesa de Salinas y Ribadeo, que había desempeñado durante un tiempo la misión de camarera mayor de la reina.

Doña María de Ulloa era la misma persona que, después de una visita a doña Juana, había escrito al cardenal Cisneros una carta en la que, asustada, daba cuenta del estado en el que se encontraba la soberana cuando dirigía su casa mosén Ferrer.

Doña María, después de haber estado reunida con la reina y verla tan contenta, había querido darle las gracias personalmente a Hernán Duque, verdadero artífice de aquel cambio.

—Seguro que la reina exagera. Solo trato de ayudarla, aunque a veces no es fácil —confiesa Hernán Duque en un gesto de sinceridad.

—La conozco bastante bien y sé de su carácter inestable. Es persona rebelde. Ha sufrido mucho —asegura doña María.

—Os confieso, doña María, que a veces dudo de su enfermedad. Veréis, no entiendo cómo puede mantener una conversación en francés o en latín, no siendo sus lenguas maternas —comenta sorprendido Hernán Duque.

—Las hijas de nuestra señora, la reina doña Isabel, recibieron una esmerada educación. ¿Habláis con ella en francés?

—Muchas veces. A doña Juana le divierte porque así, dice ella, no se enteran los demás de lo que hablamos.

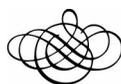
—Pero volviendo a lo que me planteabais, yo no estoy de acuerdo con la locura que dicen padece nuestra reina —confiesa doña María.

—Puede que tengáis razón. Es verdad que muchos días su comportamiento no puede ser más normal. Aunque en otros momentos pierde un poco el control —cuenta Hernán Duque—, y así se lo he comunicado al cardenal Cisneros.



Hernán Duque informaba periódicamente al cardenal Cisneros del estado y comportamiento de doña Juana. En la última de sus cartas le decía:

*Hay ocasiones en que nuestra señora se muestra tan en razón que parece que podría ser la mejor de las reinas... pero de ahí a que pudiera gobernar siempre en razón, media gran trecho. Lo que no cabe dudar es cuánto conviene razonarla con amor, porque si se quiere torcer su voluntad, por fuerza, todo se desbarata.*



—Todos perdemos el control en determinadas ocasiones. Y desconocemos las razones por las que ella reacciona así. Pensad que ha estado muy manipulada. Además, su comportamiento como esposa no ha seguido los cánones establecidos. Doña Juana protestaba por las infidelidades de su esposo, cuando lo normal es aceptarlas con normalidad y resignación —matiza doña María.

—Sí, es posible que tengáis razón. ¿Sabéis que doña Juana os profesa un gran cariño?

—Y yo a ella. No olvidéis que he sido su camarera mayor durante unos años, su persona de confianza. Esta mañana hemos hablado y recordado muchas cosas. Ya le he dicho que la he encontrado muy bien y con ganas de vivir, que es lo que necesita. Le he prometido venir en cuanto pueda a pasar unos días con ella, aquí en Tordesillas.

—Me dais una gran alegría. Esperemos que doña Juana siga así. Mi único deseo es poder ayudarla —dice Hernán Duque.

—Dios os bendiga, Hernán. No es fácil encontrarse con una persona como vos.



A pocos metros de donde se encuentran conversando doña María de Ulloa y don Hernán Duque de Estrada, doña Juana, en su habitación, sostiene en sus manos un espejo. Hace tanto tiempo que no se mira en uno. Desconoce las huellas que el tiempo habrá grabado en su rostro.

Tengo que estar mucho más vieja. Ahora sé, porque me lo han dicho, que llevo algo más de ocho años encerrada. ¿Para qué ver mi piel surcada por mil arrugas, mi cabello blanco, y mis ojos...? Mis ojos muertos, sin luz. Sí, será mejor que le dé la vuelta y no me mire. Sin embargo, a pesar del paso del tiempo, he visto a doña María de Ulloa igual que siempre..., claro que ella ha llevado una vida normal y no la han tenido secuestrada como a mí. La he encontrado extraña al

preguntarle por mi señor padre, el rey Fernando, quien hace tanto que no viene a verme. No es que sus visitas fueran frecuentes, pero alguna vez acudía.

¿Por qué nadie me ha querido nunca? ¿Por qué me mantienen alejada de todo y de todos? ¿Por qué me castigan a permanecer encerrada? ¿Qué he hecho para merecer este castigo? ¿En qué me he equivocado? Cuando mi padre viene, no contesta a ninguna de mis preguntas. Solo dice que quiere protegerme. Pero ¡¡¡¿de quién?!!! Siempre le he respetado, como mi madre, la reina, me enseñó. A veces, según mi estado de ánimo, hablamos o nos ignoramos. Hay días que me siento totalmente perdida. En una de sus visitas me hizo daño, mucho daño. Es posible que crea que no me entero de nada. ¿Influirá en su comportamiento su nueva esposa? Dios mío, ¿qué le hubiera dicho mi madre si hubiera visto la vergüenza a la que me sometió?



Se sabe que una de las veces en que el rey Fernando el Católico visitó a su hija, al ver que se encontraba en un estado deplorable, sucia, sin arreglar, gritando a los criados..., volvió unas horas más tarde acompañado de varios nobles para que pudieran ser testigos del estado de enajenación en el que se encontraba la soberana y se convencieran de su incapacidad para gobernar. Juana se dio perfecta cuenta de ello...



Una de las preguntas que insistentemente le hago a mi padre es: ¿por qué mi hijo don Fernando no viene nunca a vernos a su hermana y a mí? Y siempre obtengo la misma respuesta. Los estudios y la preparación esmerada que está recibiendo lo tienen ocupado todo el día. En cualquier momento os dará la sorpresa y aparecerá por aquí. Eso es lo que una y otra vez me responde mi padre, no sé si en serio o riéndose de mí. Hace un momento también le pregunté a doña María por mi hijo Fernando y me dijo que su abuelo lo adoraba y que lo llevaba con él a muchas de sus expediciones.

Yo entiendo los sentimientos de mi padre. El infante Fernando ha crecido a su lado en la corte. Dios mío, mi hijo Fernando fue engendrado en tierras castellanas, en la misma ciudad en la que yo llegué al mundo: Toledo. Después de ser jurados por las Cortes como herederos al trono, la alegría de mi señor Felipe resultaba desbordante, y él sabía que ese futuro maravilloso que tanto ansiaba llegaba por mí. Y una forma de agradecerme era colmándome de atenciones. Siempre estaba pendiente de mí. En aquellos momentos me valoraba y amaba con pasión. Yo respondía a sus urgencias con el mismo ardor. Fueron días inolvidables.

Mis padres querían que yo influyera políticamente en mi marido. Francia les preocupaba y deseaban que Felipe no se mostrara tan amigo de Luis XII. Pero yo no sabía cómo conseguirlo. Mi madre, la reina, que estaba preocupada por el destino de mi hermana pequeña, Catalina, que se había quedado viuda del príncipe de Gales a los pocos meses de haberse casado, intentó por

todos los medios que mi esposo sintiera como suyas las preocupaciones de Castilla. Anhelaba que se identificase con las aspiraciones de las gentes de nuestros reinos. Sin embargo, cada día, mi esposo se mostraba más ajeno a los deseos de mi madre. Incluso ordenó el regreso a Flandes de un grupo de cortesanos que se mostraban demasiado identificados con las costumbres y la política castellanas.

Me encontraba en el cuarto mes de embarazo cuando mi señor don Felipe me habló de la posibilidad de abandonar Castilla. Yo no me opuse. Mi lugar estaba a su lado. Se acercaban las Navidades, mis padres intentaron convencerlo de que esperara para no exponerme a viajar en pleno invierno dado mi estado, pero todo resultó inútil. La muerte de Francisco de Busleyden, arzobispo Besançon, consejero de mi marido, cuando viajaba a Coria para tomar posesión del obispado que mi padre el rey le había otorgado, aceleró su decisión. Felipe sospechaba que Busleyden había sido envenenado. Mi madre me rogó que no me fuera a Flandes con mi marido, que podría hacerlo después de dar a luz. No quería que expusiera mi vida en un viaje tan largo y lleno de dificultades. En el fondo ella creía, y yo también, que Felipe no se iría sin mí, pero nos equivocamos.

En diciembre de 1502, el archiduque abandonó Castilla. Y yo quedé sumida en la más profunda de las depresiones. Tres meses después, en marzo de 1503, en Alcalá de Henares, di a luz a mi cuarto hijo, al que llamamos Fernando, como mi padre. El nacimiento del bebé y las cartas que me llegaban desde Flandes, en las que Felipe me pedía que regresara cuanto antes, alegraron un poco mi vida.

Según me comentaba hace un momento doña María de Ulloa, el infante Fernando ha cumplido catorce años. No tenía ni idea de su edad. He perdido completamente la noción del tiempo. ¿Me equivoqué entonces al quedarme en Castilla al lado de mi madre? No lo sé. De lo que sí estoy segura es de que de haberme ido hubiese sufrido menos. La separación de Felipe se me hacía insostenible y la dureza con la que traté a mi madre, aún hoy, me causa dolor. Pero lo que ella pretendía era imposible y además me engañaba.



Después del nacimiento del infante don Fernando, doña Juana esperaba deseosa su regreso a Flandes al lado de su marido. Pero las semanas, los meses, iban pasando y seguía en Castilla. Habló con su madre, quien se disculpó y le aseguró que pronto se embarcaría, aunque lo que doña Isabel pretendía era que su hija se quedara en Castilla.

La Reina Católica confiaba en que llegaría un momento en el que la lejanía y el tiempo contribuirían a que doña Juana se olvidara de su marido y se convirtiera en Castilla, a su lado, en digna sucesora suya... Se equivocaba.

Corría el mes de noviembre cuando doña Juana se enteró, por medio de la indiscreción de una de sus damas, de las auténticas intenciones de su madre. Se encontraba en el castillo de la Mota, en Medina del Campo. Inmediatamente mandó disponer todo para emprender el viaje.

Enterada la reina, ordenó que cerraran las puertas del castillo para impedirle que se fuera.

Doña Juana quiso hacerse obedecer. Gritó desesperada pidiendo que abrieran las puertas y como no lo consiguió se quedó quieta en una de ellas y no se movió en toda la noche, ni al día

siguiente.

Esta es una de las actuaciones de doña Juana que han servido para demostrar su desequilibrio mental. No parece una reacción muy lógica, pero le habían prometido que podría regresar a Flandes. Y ya había pasado un año. ¿Cómo conseguir lo que tanto anhelaba? ¿Cómo hacer que su madre cumpliera la promesa?

Doña Juana siempre ha estado sola. Tiene una corte que no ha sabido o no ha podido controlar. Las personas a su servicio obedecen a su marido o a su madre. ¿Por qué no acatan sus órdenes y abren las puertas del castillo? Da lo mismo que ella lo ordene, su madre ha dicho que no, y todos la obedecen.

¿Qué puede hacer doña Juana para conseguir lo que quiere? No posee nada con lo que poder presionar, y no sabe cómo convencer a su madre. Solo se tiene a sí misma, por eso adopta esa postura.

Se queda toda la noche a la intemperie, en pleno invierno. Está dispuesta a morir para conseguir lo que quiere. Ese es el mensaje que le está mandando a su madre: «No me interesa la vida si no puedo regresar al lado de mi marido».

Con gran dolor, la reina doña Isabel, que ya se encontraba enferma, se trasladó a Medina del Campo para reunirse con su hija. Allí estuvieron juntas varios días.



Sí, aún hoy me causan dolor muchas de las cosas que le dije a mi madre. Estaba tan enfadada que no podía dominarme. La acusé de deshacer mi matrimonio. Ella, que sabía muy bien, como le dije, lo que era un marido infiel, tenía que haberme ayudado y no favorecer la separación. Claro que yo era consciente de que mi madre lo hacía por el reino, pero no tenía en cuenta que a mí quienes me interesaban eran mi esposo y mis hijos. Es posible que mi madre nunca haya comprendido mi empeño en volver al lado de un marido que me era infiel, pero al final autorizó mi marcha a Flandes. Sé que no debo culparla, pero al retenerme tanto tiempo en Castilla, alejada de mi esposo, contribuyó a que Felipe, sintiéndose solo, se entregara sin ningún freno a todo tipo de aventuras.

Doña Juana, con un brusco movimiento que denota su estado interior, abre uno de los baúles y lanza el espejo dentro de él.

—Es preferible que no me mire. Necesito tranquilizarme.

Cierta intimidad  
*Tordesillas, junio de 1517*

—Señora, me habían dicho que erais buena amazona y no han exagerado en absoluto.

Doña Juana no responde, admira complacida la inmensidad de las llanuras castellanas doradas por el sol. Desde hace un tiempo, la reina le ha pedido a Hernán Duque que cabalgue a su lado y no unos cuantos metros detrás como solían hacer al principio.

—¿Sabéis, Hernán? Aun en mis días más felices en Flandes, echaba de menos esta luz y este paisaje. Allí las penas se hacen mucho más profundas por el clima.

—Así es, señora. La luminosidad del sol tiene un influjo benéfico en nuestro ánimo.

—¿No sentís mucho calor? —le pregunta un tanto sofocada, doña Juana.

—Sí, bastante. Otro día salimos un poco más tarde, cuando el sol empieza a declinar —le responde Hernán Duque.

—Qué os parece si nos acercamos al río y nos sentamos a la sombra de alguno de los árboles —sugiere doña Juana.

—Como deseáis, señora. Sé de un recodo del río, cerca de aquí, que os puede gustar.

—Vayamos —replica la reina espoleando al caballo.



A la reina le agrada el paraje al que la ha llevado el jefe de su casa. Es un lugar muy tranquilo en el que se respira paz. Su rango le impide hacer confidencias a Hernán Duque, no deja de ser un subalterno, pero bendito sea. A veces siente deseos de romper todo protocolo y hacerle partícipe de sus pensamientos, como ahora mismo lo haría. Pero guardará silencio. Seguirá el ejemplo de las aguas del Duero, cuyo murmullo solo a ellas pertenece.

Pude haber sido tan feliz —piensa para sus adentros—. De hecho, existieron periodos en mi vida en los que fui la más venturosa de las mujeres. Había tenido la suerte de enamorarme del marido elegido por mis padres. Felipe era, como su apodo indicaba, un hombre guapo. El mejor bailarín, el más ágil jinete, el más hábil jugador, un gran conversador... Las mujeres, sin ningún recato, lo seguían a todas partes. Yo sufría con sus esporádicas infidelidades.

Después de esperar dos meses en Laredo a que el estado del mar cambiara, llegué a Flandes en el mes de abril de 1504. Año y medio después de habernos separado. Era demasiado tiempo. Mi señor me recibió muy cariñoso, dando muestras de la alegría que le proporcionaba mi

presencia. Pasados los primeros días pronto empecé a sospechar que algo había cambiado. No podría decir en qué consistía el cambio, pero Felipe no era el mismo.

Hasta mí llegaron rumores de que tenía una amante, ya no solo eran relaciones aisladas. Maldije a mi madre por haberme obligado a permanecer tanto tiempo alejada de mi esposo. Muy pronto sospeché de la identidad de esa amante. Estaba entre el círculo de damas que me acompañaban. No sé si por maldad o descuido, una tarde, en la que reunidas bordábamos, pude ver una nota que le había enviado mi esposo. Aquello era algo que no podía consentir. Sentí que la ira me cegaba y con unas tijeras le corté su rubia melena a la vez que le gritaba e insultaba. Se armó tal revuelo que el mismo Felipe se presentó y delante de todas las damas tuvo el atrevimiento de llamarme la atención y de abofetearme, ¡¡¡a mí!!!, su esposa. Él, que mancillaba mi honor, me humillaba aún más maltratándome delante de los sirvientes. Me sentí morir.

Me recluyó en mis habitaciones y ordenó a Martín de Moxica, que estaba a mi servicio, pero que era uno de sus incondicionales, que elaborara un informe sobre mi comportamiento. Después, Moxica viajaría a Castilla para entregárselo a mis padres. Me estaban desacreditando ante todos, pero yo no podía permanecer pasiva. El doctor Lendey, experto en preparados de hierbas que conseguía calmarme en aquel infierno en el que vivía, me animó a utilizar los servicios de unas esclavas moras que estaban en mi corte. Así lo hice; ellas me arreglaban y todos los días me sometían a baños aromáticos. Felipe quiso sustituirlas por personas cercanas a él, y como me negué, mi esposo envió a un propio para informarme de que si no prescindía de las moras, él no volvería a visitarme en mis habitaciones. Mi reacción fue la de despedir, eliminar de mi corte, a la persona que había hecho de emisario, y quedarme con las esclavas moriscas. La reacción de Felipe fue inmediata: me encerró bajo llave en mis habitaciones. Aquella noche grité y golpeé la puerta sin cesar.

Felipe, cada día, intentaba cambiarme alguna de las personas que más o menos me podrían ser afines por partidarios de él. Incluso despidió a mi confesor, fray Tomás de Salazar, diciéndole que era decisión mía. Yo también tomé mis medidas: despedí de mi corte a todas las mujeres jóvenes y guapas. Solo me atendían damas mayores y poco agraciadas. También mi madre lo había hecho. No quería la tentación cerca. Fueron unos meses difíciles, terribles... Un buen día, mi esposo de pronto se hizo visible. Parecía querer hacer las paces. Yo, que a pesar de todo el daño que nos habíamos hecho, seguía queriéndole, respondí como él esperaba.

A comienzos de 1505 estaba de nuevo embarazada.



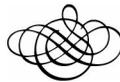
La preocupación de los reyes, doña Isabel y don Fernando, en especial la de la reina, ante las noticias procedentes de Flandes sobre la situación entre los príncipes era cada día mayor. No solo resultaban alarmantes las cartas e informes que hacía llegar el archiduque, que indudablemente propiciaban la imagen que él deseaba transmitir de lo que pasaba entre ellos; también lo eran lo que contaban sus propios informadores. Pero ¿era exacta toda la información que les llegaba? ¿Quién intenta ayudar a doña Juana? Muchos de los cronistas que han dejado su versión de lo sucedido para la historia estaban al servicio de Felipe el Hermoso. ¿En quién se podía apoyar

Juana si los mismos embajadores de sus padres no le entregaban las cartas que para ella enviaban desde la corte castellana?

La salud de la reina se iba agravando y, tal vez debido a las noticias recibidas de Flandes, la reina se decidió a introducir un codicilo en su testamento.

Doña Isabel falleció en Medina del Campo en noviembre de 1504. A doña Juana nadie le dijo nada. Ni siquiera le habían entregado la carta de su padre, en la que este le informaba de que la salud de la reina había empeorado.

Curiosamente será a partir de ese momento cuando el archiduque Felipe vuelva a ser cariñoso con su mujer. Doña Juana, sin ella saberlo, se había convertido en reina de Castilla, León y Granada.



Hernán Duque pasea por la vereda del río. Se ha alejado un poco de donde la soberana se encuentra sentada. No quiere fijarse demasiado, pero cree que doña Juana está llorando. Qué pena no poder acercarse y brindarle un poco de afecto. Quién sabe dónde estará su mente y en qué recuerdos se habrá detenido.

Hace días que le da vueltas a una idea ¿Doña Juana querrá enterarse de lo que sucede fuera de los muros de palacio o preferirá aislarse y vivir en su mundo, con sus recuerdos? Sabe que no puede ni debe preguntárselo, aunque él se inclina a pensar que la han obligado a salir del mundo. Han decidido mantenerla al margen de todo lo que suceda. Le cuesta tanto entender las razones por las que el rey don Fernando dio órdenes para que nadie le dijera que había muerto. A él se lo pidió con insistencia Cisneros: «Debéis mantenerlo en secreto». Al jefe de la casa de doña Juana ahora le preocupan las últimas noticias que le han llegado sobre la salud del cardenal.

Hernán en su paseo se fija en un precioso mato de margaritas. De buena gana tomaría unas cuantas y se las regalaría a doña Juana como muestra de afecto, pero no lo hará. Ella es su reina y señora y no debe tomarse esas libertades.



—Hernán, acercaos. Sentaos aquí, a mi lado —le pide la reina—. ¿Venís con frecuencia a este lugar?

—No, solo alguna vez.

—Pues a partir de ahora, cuando salgamos a pasear, haremos siempre un pequeño descanso aquí. Es una zona con un encanto especial. Nunca me había parecido tan hermoso el río Duero. Por cierto, Hernán, ¿qué sabéis de mi señor padre? Hace mucho que no viene a verme. Le he preguntado a doña María de Ulloa por él, y no me ha dicho nada.

—Me temo, señora, que esa será también mi respuesta. Es posible que se encuentre fuera de Castilla y por ello no haya podido venir a veros —responde Hernán un tanto nervioso e incómodo

al tener que mentir.

—Y del cardenal Cisneros, ¿qué sabéis? —sigue preguntando la reina.

Algo en el tono de voz de doña Juana lleva a Hernán Duque a sospechar si no sabrá algo. En realidad, ahora recibe algunas visitas y alguien ha podido contarle lo sucedido a su padre.

—Del cardenal no sé nada, lo que significará que está bien —vuelve a mentir Hernán.

—Cuánto me alegro, pues su edad es avanzada —dice la reina, que añade—: ¿Habéis tenido noticia de altercados? El reino parece tranquilo, ¿verdad?

—Sí, señora. Vuestro padre se ocupa de todo —miente por tercera vez Hernán.

Doña Juana sospecha que algo le ha sucedido a su padre, pero en el fondo no quiere saberlo. Ha escuchado comentarios en los que se hablaba de su muerte, pero eso no puede ser posible: ¿por qué se lo iban a ocultar a ella? Podría preguntárselo directamente al jefe de su casa, pero no quiere violentarlo. Le está tan agradecida.

—He pasado una buena tarde. Muchas gracias, Hernán, por acompañarme.

—Señora, sabéis que solo deseo serviros. Cualquier cosa que queráis hacer, no tenéis más que decírmelo y, si está en mi mano, seréis complacida.

—Gracias, mi querido Hernán. Solo ansío paz, tranquilidad.

—Y, por supuesto, si deseáis ver a alguna persona determinada, no dejéis de solicitármelo.

—Gracias, comprendo bien a doña Ana Cifuentes, que solo dice cosas buenas de vos. Yo creo que está un poco enamorada.

—Señora, por favor —dice Hernán Duque ruborizado.

—Mi querido Hernán, no os sorprendáis. Seguro que muchas mujeres suspiran por vos.

Hernán Duque lo está pasando mal. No sabe cómo reaccionar. La soberana nunca le había hablado así. Ha de conseguir cambiar el tema de conversación.

—Doña Juana, ¿habéis hablado con la abadesa? Me ha dicho esta mañana que van a cambiar el retablo como a vos os gusta.

—No, no la he visto. Pensar que ahora tengo una buena relación con ellas y antes ni las veía. ¿Cómo no sentirme agradecida? No sabéis, Hernán Duque, todo el bien que me hacéis.

—Es un honor serviros, señora. Siempre podréis contar conmigo. ¿Queréis que regresemos ya a palacio?

—No. Quedémonos un poco más.

## Sospechas

### *Tordesillas, una semana después*

—Perdonad, no quiero interrumpiros en la lectura. Solo deseaba que supierais que estoy aquí. Y que me quedaré unos días —dice doña María de Ulloa, que se ha acercado a Hernán Duque, quien lee sentado al lado de la fuente del claustro.

—Bienvenida, doña María. Vos nunca molestáis. Qué contenta se pondrá doña Juana. ¿Ya la habéis visto?

—No. Más tarde pasará. Pero antes quería veros a vos, porque es preciso que hablemos, Hernán. Ya me diréis a qué hora os viene bien.

—Ahora mismo. Me estáis inquietando, doña María.

—No, por favor, no os preocupéis —contesta doña María mirando de forma significativa en derredor.

—Sí, mejor pasemos dentro, aunque a esta hora no suele venir nadie —sugiere Hernán Duque.

—Siempre es preferible asegurarse —dice doña María.

¿Por qué tantas precauciones?, se pregunta Hernán Duque, que inmediatamente se responde a sí mismo: seguro que está relacionado con la próxima visita de don Carlos.

Doña María, que camina muy seria, va pensando que cuanto antes hable con él, mejor. Es un tema desagradable y le resulta violento plantearlo, pero no le queda otro remedio.

En más de una ocasión había escrito al cardenal Cisneros para contarle entusiasmada el cambio experimentado por la reina doña Juana, desde la llegada a Tordesillas de Hernán Duque:

*Nuestra señora, la reina, se muestra muy pacífica desde que ocupa la jefatura de su casa el señor Hernán Duque, a quien natura le ha dotado de una especial gracia para pacificar a las almas. Las salidas al campo también han sido muy provechosas, y de ellas vuelve nuestra señora con las mejillas arreboladas y el apetito mejorado.*

Sin embargo, ahora tenía que hacerse eco de las habladurías, y eso le duele. Doña María sabe que la mayoría de los vecinos de Tordesillas piensan como ella y se alegran del buen estado de doña Juana, pero no todos son de la misma opinión.

—Mí querido Hernán Duque, estoy aquí porque el cardenal Cisneros me ha mandado venir para que observe vuestro comportamiento y el de la reina para luego informarle. He querido decíroslo, porque si yo estuviera en vuestro lugar me gustaría que me informaran, y porque creo en vos y no en los rumores. El tema es que al cardenal le han llegado informaciones en las que se afirma que aquí está sucediendo algo inapropiado.

—¿A qué os referís? —pregunta angustiado Hernán Duque.

—Los comentarios dicen que habéis subyugado a la reina hablándole de amor y que por eso ella se arregla y comporta de forma distinta.

—¡Dios mío, la maldad de la gente no puede llegar a esos extremos!

—Vuestras salidas al campo y los paseos han dado pie a todo tipo de especulaciones.

—Pero doña María, ¡todo es falso! Respeto a doña Juana. Os juro que jamás he alentado ni tenido, respecto a ella, ningún pensamiento carnal. Todo lo que hago es con la finalidad de que se encuentre bien. Pero si para evitar esos comentarios es mejor que abandone el castillo lo haré. Porque si sigo aquí, mi comportamiento será el mismo. Si vuestras salidas a caballo son mal interpretadas, no las suprimiré porque son importantes para la salud física y mental de la soberana.

—Yo os creo —asegura doña María—, ese será mi informe al cardenal. Y no penséis en abandonar esta misión, que es mucho el bien que estáis haciendo.

—Muchas gracias, doña María. Vuestras palabras me animan. ¿Cómo se encuentra el cardenal? Me han dicho que su salud le está dando problemas.

—Está muy delicado y tiene ochenta años. Yo creo que intenta resistir hasta que llegue don Carlos a Castilla.

—Sin duda, conocer al nuevo rey tiene que ser muy importante para él. Doña María, ¿os quedaréis muchos días con nosotros?

—Unos diez. La salud de mi esposo también flaquea y no debo alejarme de él mucho tiempo. ¿Qué tal se porta doña Ana Cifuentes?

—Muy bien. Además, ha sabido conquistar tanto a doña Juana como a la infanta doña Catalina. La niña está feliz con ella. Juegan, leen y pasan mucho tiempo juntas. Yo no tenía dudas sobre la aceptación de la infanta, pero de doña Juana no estaba seguro; ya sabéis que nuestra soberana, por su vida pasada, tiene muchas reservas con las mujeres.

—Sí, pero doña Ana es muy especial. Se encargó de la educación de dos de mis hijas, por ello pensé en ella para que acompañara a la infanta. Me alegra mucho que la hayan aceptado. No me sorprende porque por eso la elegí. Entró a mi servicio hace años, al quedarse viuda. Ha sufrido mucho en la vida y ese dolor la ha fortalecido. Es persona alegre, positiva. Sigue mirando a la vida con esperanza. Pero, sobre todo, Hernán, Ana es generosa y buena.

—Doña Juana dice que le divierte su forma de recitarle romances y poesías —explica Hernán.

—Es una experta. Podría ser cómica. Es única contando historias —apunta doña María sonriendo.

—Tendré que escucharla un día. Doña Juana me ha dicho que le gusta mucho el «romance del prisionero» y que incluso se ha animado a tocar el clavicordio mientras doña Ana lo recitaba.

—¡Cuánto me alegro! —exclama doña María—. Nuestra reina es muy buena en la música. Y es normal que le guste este romance con el que sin duda se identifica.

Hernán Duque, duda un momento, pero al final recita:

*Que por mayo era, por mayo,  
cuando hace la calor,  
cuando los trigos encañan  
y están los campos en flor.  
Cuando canta la calandria  
y responde el ruiseñor,  
cuando los enamorados*

*van a servir al amor:  
Sino yo, triste, cuitado,  
que vivo en esta prisión;  
que ni sé cuándo es de día,  
ni cuándo las noches son.  
Sino por un avecilla,  
que me cantaba al albor.  
Matómela un ballestero,  
déle Dios mal galardón.*

—¡Bravo! También vos recitáis muy bien. Como se entere doña Juana, preparaos —ríe doña María.

—Perdonadme este pequeño desahogo, pero me siento un poco triste después de lo que hemos hablado. ¿Por qué los seres humanos no somos capaces de ver el lado bueno y siempre buscamos lo complicado y tortuoso?

—Olvidaos de todos esos rumores. ¿Sabéis? Vos sois para doña Juana como esa avecilla que le cantaba al prisionero. Ni vos ni yo vamos a permitir que esos infundios os eliminen como hizo el cazador en el romance.

—Gracias, doña María.

—Hernán, si os parece bien, una de estas tardes, organizamos una reunión para escuchar poemas. Seguro que doña Juana se anima con el clavicordio. Querido Hernán, de verdad, olvidad el motivo de mi visita. Que no os preocupe lo que os he contado. Yo informaré al cardenal de lo que de verdad pasa aquí. Vuestro trabajo es magnífico. Habéis de sentiros satisfecho —concluye doña María.

—Muchas gracias. Esa es mi intención. Pero decid al cardenal que puede disponer de mi persona en cualquier momento, y que no olvide que mi verdadera vocación sigue siendo entregarme a Dios como fraile franciscano.



Doña Juana se encuentra en la iglesia del monasterio. La acompañan su hija y doña Ana Cifuentes.

—Madre, creo que ha quedado muy bien. La iglesia parece ahora más importante —comenta la infanta.

—Sí, creo que hemos acertado. Este retablo merecía ocupar un lugar preferente y no en la pequeña capilla donde estaba olvidado —responde la reina—. Doña Ana, ¿sabéis si don Juan de Flandes aún vive?

—No estoy segura, pero creo que sí. Era el pintor preferido de vuestra madre, la reina doña Isabel, ¿verdad? —se interesa doña Ana.

—Sí, era nuestro pintor de corte. Cuando yo nací, él ya vivía en Castilla. Es muy hermoso el retrato que hizo de mi madre. A ella le gustaba mucho la pintura. Recuerdo que encargaba trabajos a los mejores pintores flamencos del momento. Rogier van der Weyden y Hans Memling pintaron varias tablas para ella.

—A mí también me gusta mucho la pintura —interviene la infanta doña Catalina, que añade —: Me habría gustado conocer a la abuela.

—Qué feliz sería ella si pudiera abrazarte. Pero Dios quiso llevársela tres años antes de que tú nacieras.

Juana recuerda con dolor la última vez que su madre y ella estuvieron juntas. Jamás habría podido imaginar que no volverían a verse. Más de tres meses tardaron en decirle que la reina había muerto. Se lo comunicaron dos días antes de los funerales celebrados en Bruselas. Unos funerales en los que a doña Juana se le abrieron los ojos y pudo conocer los verdaderos intereses de su marido el archiduque.



Dos días duraron los funerales en memoria de la reina doña Isabel celebrados en Santa Gúdula, en Bruselas. El templo, en su interior, aparecía cubierto de telas negras, con los escudos de armas de la soberana fallecida. La capilla ardiente medía quince pies de largo por doce de ancho y cincuenta y dos de alto. Estaba dispuesta en seis alturas, todas ellas decoradas con hermosas colgaduras bordadas en oro, grandes cirios, escudos y coronas.

El cortejo estaba formado por tres cancilleres de la Orden del Toisón, un rey de armas, acompañado de los condes de Nassau y Saint Pol. Un perseverante, que portaba una cota con las armas de doña Isabel, tomaba de la brida a un palafrén con gualdrapas negras, y en la silla del caballo, sobre un terciopelo negro, la corona real custodiada por el duque de Cleves y el príncipe de Chimay. También formaban parte del cortejo cuatro reyes de armas representando a Granada, Galicia, Castilla y León y varios arqueros vestidos de luto. Cerraban el desfile don Felipe, con capirote y un inmenso manto cuya cola era llevada por el caballero mayor, Claude de Bouard y doña Juana, vestida de riguroso luto, quien iba acompañada de dos obispos, embajadores del rey de Aragón, por una dama de honor y por la vizcondesa de Turnes.



Yo estaba situada al lado de Felipe en el altar, pero solo él fue proclamado rey. Cuando miré a mi esposo con la espada en alto y escuché: ¡¡¡Viva don Felipe, rey de Castilla, de León, de Granada!!!, pensé en mi madre. Eso no era lo que ella quería, la heredera propietaria de esos reinos era yo, y no mi marido. En ese momento tomé la decisión de ponerme en manos de mi padre, el rey Fernando.

Felipe intensificó el acoso al que me tenía sometida, aislándome de todos. La llegada a Bruselas de mi suegro, el emperador Maximiliano, suavizó un poco el ambiente y reanudamos una convivencia bastante normal. Acudí a cenas en honor de mi suegro y también recibí a embajadores. Pero yo ya había tomado mi decisión: ni mi suegro, Maximiliano, ni Felipe, mi señor, iban a conseguir hacerme firmar ningún tipo de documento. No me fiaba de ellos. El

encierro en mis habitaciones se endureció cuando mi esposo descubrió una carta en la que daba poderes a mi padre para que se ocupara del reino de Castilla mientras yo estuviera ausente. A partir de ese momento, Felipe me aisló de todas las personas de mi confianza. Incluso el doctor Lendey, que se ocupaba de mis nervios, dejó de atenderme.



En los casi dos años que transcurrieron entre el fallecimiento de la reina doña Isabel y el regreso de los príncipes a Castilla, no cesaron las intrigas y las argucias políticas.

El archiduque Felipe, en cuanto conoció el testamento de su suegra, decidió que sería él quien se convertiría en el nuevo rey de Castilla y comenzó su estrategia.

Entre sus planes figuraba aislar a Juana de todo y de todos evitando cualquier tipo de comunicación con su padre. Y así empezó a cambiar paulatinamente a todas las personas de confianza de su esposa por otras que le eran fieles a él. La imagen que de doña Juana llegaría a Castilla sería la que él determinase. Incluso los embajadores españoles en la corte de Borgoña se mostraron poco decididos a defender a la heredera de sus reinos. Se sabe que el embajador Gómez de Fuensalida no entregó a doña Juana una carta de su padre, el rey Fernando, en la que le informaba de la precaria salud de su madre.

Por su parte, el rey Fernando envió a la corte de Borgoña personas de su confianza para que le remitieran informes sobre el comportamiento de su hija. De todos era conocido el ambiente hostil en el que doña Juana vivía atormentada por los celos y las costumbres de aquella sociedad, cuyos comportamientos eran mucho más permisivos que los de la corte castellana. Las infidelidades del archiduque sumían a doña Juana en periodos de postergación o de incontenida ira.

El rey Fernando quiso utilizar el estado emocional de su hija para poder mostrar a las Cortes y a toda Castilla que la heredera no reunía condiciones para ponerse al frente de los destinos del reino, y en ese sentido dio a conocer el informe que había elaborado Martín de Moxica, en el que se hablaba de forma exhaustiva del estado emocional de doña Juana cuando era presa de los celos. Las Cortes declararon entonces al rey Fernando administrador y gobernador del reino.

En Bruselas, se recibió con profunda preocupación la noticia de que las Cortes en Toro habían nombrado al rey Fernando gobernador del reino hasta que la pareja real llegara. El archiduque Felipe quería conseguir por todos los medios eliminar cualquier posibilidad de que el rey Fernando se convirtiera en regente. Así, se idearon fórmulas y argucias para desmontar la influencia de Fernando en Castilla.

Una de ellas consistió en demostrar, cuando hacía un tiempo que pretendían todo lo contrario, que doña Juana no presentaba ningún tipo de problema que le impidiera hacer frente a las labores de gobierno. Esta es la finalidad que se le puede dar a la carta que desde Flandes llegó a Castilla dirigida al señor de Veyre, firmada por doña Juana y que sin duda es falsa. Una carta en la que doña Juana se expresaba así:

*Mesiur de Veyre:*

*Hasta aquí no os he escrito porque ya sabéis de cuan mala voluntad lo hago; mas pues allá me judgan que tengo falta de seso, razón es tomar en algo mí; como quiera que yo no me debo maravillar que se me levanten falsos testimonios, pues que a Nuestro Señor ge los levantaron; pero por ser la cosa de tal calidad y maliciosamente dicha en tal tiempo, hablad con el Rey y mi señor mi padre, por parte mía, porque los que esto publican no solo lo hacen contra mí, también contra su Alteza, porque no falta quien diga que le place dello a causa de gobernar nuestros Reinos, lo cual yo no creo, siendo Su Alteza, rey tan grande y tan católico y yo su hija tan obediente.*

*Bien sé que el Rey, mi señor (Felipe el Hermoso), escribió allá por justificarse quejándose de mí en alguna manera, pero esto no debiera salir dentre padres e hijos, quanto más que si en algo yo usé de pasión y dexé de tener el estado que convenía a mi dignidad, notorio es que no fue otra causa sino celos, y no solo se halla en mí esta pasión, mas la Reina mi señora, a quien dé Dios gloria, que fue tan ecelente y escogida persona en el mundo, fue asimismo celosa, mas el tiempo saneó a Su Alteza, como plazerá a Dios que hará a mí.*

*Yo vos ruego y mando que hables allá a todas las personas que vierdes que conviene, porque los que tovieren buena intención se alegren de la verdad y los que mal deseo tienen sepan que sin duda, quando yo me sintiese tal cual ellos querrian, no había de quitar yo al Rey, mi señor mi marido, la gobernación desos Reinos y de todos los poderes que yo pudiese, así por el amor que le tengo como por lo que conozco a Su Alteza, y porque conformándome con la razón, no podía dar la gobernación a otro de sus hijos y míos y de todas sus sucesiones sin hacer lo que no debo. Y espero en Dios que muy presto seremos allá, donde me verán con mucho placer mis buenos súbditos y servidores.*

*Dada en Bruselas, a tres días del mes de mayo, año de mil y quinientos y cinco.*

*Yo, la Reyna*

En esta carta sorprenden muchas cosas. Que doña Juana se disculpe ante un embajador por no escribir con mayor frecuencia resulta poco creíble. Que se haga eco de los comentarios en contra de su padre, en los que se acusa al rey Fernando de querer quedarse con el gobierno de Castilla, es casi imposible tratándose de una hija de Isabel la Católica, teniendo en cuenta la educación recibida. Y que aluda a los celos que hubo de soportar su madre por las infidelidades de su padre es una prueba más de que la autora de la carta no es doña Juana. Y si tenemos en cuenta la finalidad de la misma, parece bastante evidente que es el archiduque Felipe el Hermoso quien está tras la misiva.

Juana fue utilizada por los dos hombres a los que más quería, que no titubearon ante nada con tal de conseguir el trono.



—Doña Juana, me avisan de que ha llegado doña María de Ulloa —dice doña Ana.

—Qué alegría, espero que ahora se quede unos días. Doña Ana, intente informarse sobre Juan de Flandes. Me gustaría que pintara a la infanta doña Catalina.

—Así lo haré, señora.



Doña Juana se ha alegrado mucho de la presencia de doña María. Han comido juntas. Le ha traído unas partituras de música y ella le ha prometido que las interpretará al clavicordio. No le ha gustado que Hernán Duque rechazase su invitación para compartir mesa con ellas. La excusa que ha dado no le parece muy creíble. Pero sabe que no debe seguir dándole vueltas al tema.

Desde que doña María se retiró a su habitación para descansar del viaje dejándola sola, no hace más que pensar en las razones que pueden haber llevado al jefe de su casa a no querer acompañarlas. Tendría que sentirse muy honrado y agradecido —piensa doña Juana—, aunque tal vez se excusó por timidez. Es posible que su sencillez no le permita compartir mesa con la reina. Pero si es la reina quien se lo pide, debería haber aceptado.

Cuanto más piensa en ello, su enfado aumenta. Igual Hernán Duque está enfermo y no se encuentra bien. También puede que estuviera comprometido con otra persona para comer. ¿Por qué siempre todos acababan decepcionándola? Aunque nadie tanto como su padre.

Doña Juana recuerda la necesidad que tenía de encontrarse con él; solo pensar en que pronto se verían le daba fuerzas para emprender junto a su marido el viaje a Castilla para ser reconocidos como reyes.

La tregua de paz con Felipe había sido eso, un respiro, pero la reconciliación resultaba imposible.

Cuando antes de zarpar supe que mi esposo había decidido embarcar a un numeroso grupo de cortesanas, monté en cólera y exigí que fueran desembarcadas. Felipe se resistió, pero al final cedió y todas bajaron del barco. Lo que no supe, hasta tiempo después, es que mi esposo las hizo subir a otra de las embarcaciones.

El invierno no es la mejor época para navegar y pronto nos dimos cuenta de ello. A un día de calma seguía otro infernal, desatándose una terrible tormenta. Algunos de los barcos naufragaron y nosotros llegamos a la costa inglesa, donde permanecimos tres meses mientras se trataba de reparar los desperfectos de la flota. Dentro del inconveniente que esto suponía, yo estaba contenta porque podría ver a mi hermana pequeña, doña Catalina, que se había quedado viuda del príncipe de Gales.

Recuerdo que la encontré muy triste. A Catalina le hubiese gustado haber regresado a Castilla, aunque tuviese que retornar a Inglaterra para casarse con su cuñado, el futuro Enrique VIII. Pero mi padre decidió no ocuparse de ella y Catalina vivió siete años de espera en la corte inglesa, pasando, incluso, necesidades.

Los meses en los que permanecimos en territorio inglés yo viví un poco al margen de las actividades que el rey Enrique VII nos organizaba y de las que mi marido disfrutaba. Yo no le acompañaba porque, aunque le seguía queriendo, cuando descubrí que Felipe deseaba adueñarse del trono de Castilla, relegándome a mí a un segundo plano, decidí tomar partido por mi padre, dejarlo todo en sus manos. Él me ayudaría a gobernar según la decisión de mi madre la reina, reflejada en un codicilo añadido al testamento.

Un día, por fin, pudimos reanudar la navegación. Pero pronto surgió el primer contratiempo para mí, que estaba deseando encontrarme con mi padre. Llegamos al puerto de La Coruña y no al de Laredo, donde nos esperaba el rey Fernando. No pude evitar pensar que había sido así porque Felipe deseaba retrasar el encuentro con mi padre. Mi entristecido corazón se alegraba el ver cómo nos recibían en las ciudades y nos daban la bienvenida. La gente, el pueblo, nos mostraba su cariño y me pedían mercedes que yo no quería ni escuchar al no conocer la opinión de mi padre,

el rey, sobre todo lo que demandaban. Y así, hasta llegar a Benavente, en cuyo castillo nos alojamos. Pero no... No quiero recordar lo allí acaecido.

Doña Juana se acerca a la ventana. La tarde aparece espléndida, aunque algunos nubarrones se están extendiendo por el cielo. Llama a una de sus damas y le pide que avise para que ensillen uno de los caballos. Desea salir a dar un paseo.



Hernán Duque, que había renunciado al honor de sentarse a la mesa de la reina, influenciado por los comentarios de los que le había hablado doña María de Ulloa, no se siente cómodo. Teme que doña Juana no haya entendido su negativa; por ello pasea por el claustro un tanto nervioso. Tal vez lo mejor sería haber aceptado, no puede vivir pendiente de los comentarios. «Sí —piensa—, lo más conveniente será que le pida disculpas». De pronto, uno de los criados llega corriendo.

—Señor, doña Juana se ha presentado en las caballerizas. Nos ha dicho que quiere salir.

Hernán Duque sale de inmediato con el criado. Le sorprende que la reina no le haya comunicado su intención de pasear. Jamás lo ha hecho sola.

—Señora, me han avisado de que queréis salir a cabalgar.

—Así es. ¿Ya habéis terminado con ese asunto que teníais que despachar?

—Sí. De verdad que siento no haber podido acompañarlas en la comida. Pero era urgente. Doña Juana, esta tarde será mejor que no salgamos.

—¿Y cuál es la razón?

—Se cree que puede llover intensamente y las zonas cercanas al río corren peligro de inundarse.

—¡Pero si luce el sol! —exclama la reina.

—De todas formas me han informado de que en cualquier momento puede cambiar —afirma Hernán Duque.

—Podemos salir y si comienza a llover, regresamos —insiste la reina.

—Señora, es peligroso. Imaginad que empieza a llover, dependiendo del lugar donde nos encontremos, en el regreso pueden aparecer los problemas. Lo mejor es que nos quedemos. No conviene arriesgarse sin ninguna necesidad.

—Pero, Hernán...

—Lo siento, señora. No debemos salir.

—Está visto que hoy es mi día negativo. Pasaré la tarde sola.

Doña Juana se va con gran dignidad, muy seria y sin dirigir la vista a nadie.

Hernán Duque la mira pensativo. Siente no haberla complacido, pero las personas que le hablaron de la posibilidad de lluvias intensas son labradores y conocen a la perfección la climatología del lugar.



Doña María de Ulloa se ha despertado por el incesante ruido de la lluvia que cae con una fuerza inusitada. Se pone una ligera capa sobre los hombros y se dirige a las habitaciones de la reina. Igual le apetece jugar al ajedrez. Se sorprende al no ver a ninguna de las damas que siempre permanecen en la antesala cuando doña Juana se encuentra en sus aposentos. Claro que pueden estar dentro con la soberana. Llama a la puerta, pero no obtiene ninguna respuesta. La abre y la estancia está vacía. Regresa entonces a sus habitaciones. En el camino se encuentra con Hernán Duque, al que le pregunta si sabe dónde puede estar doña Juana.

—En sus aposentos. Me dijo que pasaría la tarde sola.

—Pues allí no está —dice doña María, asustada al ver la reacción de Hernán Duque, que sale corriendo en dirección a las caballerizas.

A duras penas consigue seguirlo. Hernán Duque no necesita preguntar. Inmediatamente se da cuenta de que el caballo de la soberana no está. Mientras ensilla el suyo, pregunta a gritos:

—¿A qué hora se ha ido?

—Hace casi una hora, señor.

—¿Por qué no me han avisado?

Sin esperar respuesta sale al galope. Doña María se queda unos segundos parada. De pronto:

—Prepárenme un caballo. Y acompañenme —les dice a los caballerizos y a otros tres criados que en aquel momento se encuentran allí—. Vamos a seguirlo. Nos puede necesitar.



Hernán Duque teme lo peor. No sabe muy bien a qué lugar dirigirse. Son varios los que le gustan a doña Juana. Al final se decide por el recodo al que la había llevado la semana anterior. Confía en que doña Juana haya reaccionado a tiempo, pero es bastante improbable porque llueve de tal forma que apenas se divisa el camino.

«Tenía que haber estado más vigilante. Hoy —piensa— no es un buen día para doña Juana, se siente contrariada por todo y quiere hacer valer su autoridad». Hernán Duque rehúye pensar en la posibilidad de que le haya sucedido algo, nunca se lo perdonaría. Reza a Dios para que le ayude a encontrarla.

Cabalga todo lo rápido que puede, a pesar del freno del viento y la lluvia. Cree que ya está cerca el recodo del río... La visibilidad es muy mala. Las ramas de los árboles se mueven enloquecidas. De repente la ve; doña Juana intenta cruzar un arroyo hinchado por la lluvia y cuyas encrespadas aguas hacen que el caballo dude.

Doña María y los hombres que siguen a Hernán Duque llegan en aquellos momentos, con el consiguiente ruido.

Doña Juana se da cuenta e intenta forzar al caballo que, asustado, la lanza al arroyo.

Hernán Duque descabalga y corre en busca de la reina. Cuando consigue llegar hasta ella, las ya impetuosas aguas del arroyo los lanzan al río, donde afortunadamente un tronco que navega a la

deriva se convierte en su tabla de salvación. A él permanecen asidos mientras algunos de los hombres que han salido en su ayuda intentan acercarse a ellos.

Doña María de Ulloa, muy nerviosa, sigue muy de cerca todo lo que está sucediendo. Hay momentos en los que teme que la corriente pueda arrastrarlos. Da gracias a Dios por que la lluvia la haya despertado. ¿Por qué doña Juana habrá querido salir sola? Ella la conoce bien y sabe que a veces quiere imponer su voluntad. Siente pena de Hernán Duque por lo mal que lo tiene que estar pasando. Si le sucede algo a la soberana, él es el responsable.

Doña María ve cómo dos de los hombres, sujetos con unas cuerdas por la cintura, se acercan a ellos en el río. Después de varios intentos consiguen rescatarlos.

Ha sido una horrible pesadilla, pero afortunadamente solo se ha quedado en un tremendo susto.

## Después de la tormenta

### *Tordesillas*

—Señora, ¿habéis descansado bien?

—Muy bien. He dormido mejor que otras noches. Gracias, Ana. ¿Habéis visto a don Hernán Duque? —pregunta doña Juana.

—Creo que no se encuentra bien. El doctor ha ido a su habitación.

—Pero ¿qué es lo que tiene?

—Parece que un fuerte resfriado. Dicen que casi no puede respirar —contesta Ana Cifuentes, preocupada.

—Ayudadme a vestirme. Quiero pasar inmediatamente a verlo —exclama doña Juana.

—No os preocupéis, señora. Doña María está con él.

—Es lo mismo. Ha arriesgado su vida por mí. Debo acudir a su lado. ¡Vestidme pronto! —ordena la reina.

—Ahora mismo, majestad.

Doña Juana se siente muy agradecida. Es la primera vez que alguien se preocupa por ella de verdad. Ha recibido tantos desplantes en la vida... Nunca podrá entender el comportamiento de su padre en Benavente.

Deseaba tanto encontrarme con él. A pesar de sus gestos poco afectuosos hacia mí, seguía confiando en mi padre. Pero mi esperanza era vana. En Benavente también me rechazó y entonces sí que necesitaba su ayuda. ¡Dios mío! Mi madre había muerto y mi padre me privó del consuelo de hablar con él. No pude darle un abrazo después de mi regreso de Flandes. No quiero recordar, pero cuando alguien me dijo que mi padre y mi esposo estaban reunidos..., ¡reunidos a mis espaldas!, me sentí tan furiosa que tomé el primer caballo con el que me encontré y salí al galope hasta que el animal no pudo más... ¡¡¡Villafáfila!!! ¡¡¡No, ese nombre, no!!! No quiero pensar, no quiero más fantasmas en mi mente...



En Villafáfila (Zamora), el 27 de junio de 1506, se firmó el acuerdo entre el rey Fernando el Católico y su yerno el archiduque Felipe el Hermoso para incapacitar a la reina doña Juana. Fernando se retiraba a Aragón, pero recibía ventajas económicas sobre el erario de Castilla y seguía siendo maestre de las tres órdenes militares castellanas: Santiago, Alcántara y Calatrava. Felipe se convertía en rey de Castilla.

No importaba que la última voluntad de la Reina Católica se incumpliera. Ella, bien conocedora de lo difícil que era para una mujer gobernar, y no queriendo que el reino cayera en manos del marido de su hija, que era extranjero y que tenía su corazón en otro lugar, dispuso en una cláusula de su testamento que si su heredera, la princesa doña Juana, estuviera ausente de sus reinos o no pudiese gobernarlos, lo hiciera por ella su padre el rey Fernando, hasta que el hijo de la princesa, el príncipe Carlos, cumpliera los veinte años y asumiera entonces el gobierno de estos reinos.

En Villafáfila el rey Fernando renunció a la posible regencia que le confería el codicilo del testamento de la reina Isabel.

¿Qué había sucedido para que suegro y yerno, los dos aspirantes a gobernar Castilla, llegaran a un acuerdo? ¿Qué había sucedido para que el rey Fernando se mostrara de acuerdo en no cumplir la última voluntad de su esposa?

La Reina Católica había confiado en él para que preservara Castilla de intereses extranjeros... ¿Qué les había movido a llegar a aquel abrazo en el que los dos hombres estaban de acuerdo en sacrificar a doña Juana considerándola perturbada cuando hasta ese momento su marido pregonaba su cordura?

Suegro y yerno habían comenzado su batalla diplomática nada más conocerse el testamento de la reina. Ambos aspiraban a hacerse con el poder por el medio que fuera y pusieron en juego todas sus habilidades políticas.

Al final el vencedor sería el flamenco gracias a la ayuda de un sector importante de la nobleza castellana, encabezado por su privado, don Juan Manuel, señor de Belmonte, principal muñidor de toda la trama que Felipe el Hermoso llevó a cabo.

Una trama orquestada por la compra de voluntades, método tan antiguo como la vida misma. El señor de Veyre, embajador del archiduque, fue el encargado de entrevistarse con los altos cargo de la jerarquía eclesiástica y con los más destacados miembros de la nobleza castellana, a los que hizo entrega de cartas. Unas cartas de Felipe en las que este se comprometía a concederles un amplio abanico de mercedes: importantes donaciones, privilegios, cargos apetecibles y todo tipo de prebendas.

En la balanza en contra del rey Fernando también pesaba mucho el sentimiento de descontento que en Castilla había provocado su matrimonio con Germana de Foix. A los castellanos les dolía este matrimonio por la inmediatez con que se había celebrado, solo un año después del fallecimiento de la reina Isabel, y asimismo les preocupaba por la nueva relación que se establecía con Francia, ya que Germana era sobrina de Luis XII.

Y así, cuando se encuentran en Benavente, Felipe el Hermoso sabe que ha ganado la partida a su suegro. Es entonces cuando él, que reivindicaba la cordura de su mujer, al comprobar que el rey Fernando accede a abandonar Castilla, quiere declararla loca para gobernar en solitario.

Don Fernando sabe que en Castilla no le quieren y se va de Benavente sin acceder a recibir a su hija, que, al enterarse de que están reunidos a sus espaldas, sale huyendo del palacio y va a refugiarse a una humilde casa con la esperanza de que su padre vaya a buscarla. Pero nada conseguirá con este gesto, que será interpretado por algunos como una muestra más de su desequilibrio. Ya doña Juana, en otros momentos de su vida, se había degradado para protestar por una situación que consideraba injusta..., para llamar la atención, y le había funcionado... En Benavente, no.



Mi padre y mi esposo... solo luchaban por sus intereses. Los dos hombres a los que más quería deseaban aprovecharse de mí... Pero no consiguieron que las Cortes de Castilla me inhabilitaran. Yo no ambicionaba el poder, aunque me sentí muy bien cuando los procuradores reunidos en Mucientes me reconocieron como verdadera reina y legítima sucesora y señora natural propietaria de estos reinos. Pero Felipe seguiría intentando marginarme.

Hace un rato que han terminado de peinarla, pero doña Juana no se ha enterado. La dama la mira, los ojos de la reina, perdidos en sus recuerdos, reflejan tristeza. Es tanto el dolor que transmiten que a doña Ana se le parte el corazón y de buena gana la abrazaría para darle ánimos, pero se queda en silencio esperando la reacción de la soberana.

Pasan los minutos y la reina permanece aislada en su mutismo.

—Perdonadme, doña Juana. He terminado de arreglaros —le dice doña Ana.

—Acompañadme —le pide la reina mientras se pone en pie.



—¿De verdad la reina se encuentra bien? —pregunta Hernán Duque a doña María de Ulloa.

—La naturaleza de doña Juana es muy fuerte. Siempre ha dado buena prueba de ello. Después de haber estado más de una hora completamente empapada ayer, no se ha resfriado ni siquiera un poquito —dice sonriendo doña María.

—Me alegro mucho. Prefiero ser yo el enfermo —suspira—. Doña María, he pensado mucho en la reacción de la reina. Tenía que haber seguido mi consejo. Pudo haber perdido la vida. No quiero ni pensarlo. Tendré que limitar un poco su libertad.

—No soy nadie para darle consejos, pero no creo que esa sea una medida eficaz. Está mal lo que hizo, pero tenemos que tener en cuenta que es la reina y que cuando se la contradice quiere hacer valer su poder y ser ella quien decida.

—Es posible que tengáis razón, pero a veces me desconcierta. Puede que los cambios de la luna influyan en el carácter de nuestra señora, no lo sé.

—Pues estos días la luna no ha cambiado de fase —apunta doña María, que añade—: He escrito al cardenal Cisneros.

Ante el silencio de Hernán Duque, que no hace ningún tipo de comentario, doña María continúa:

—¿No os interesa saber lo que le digo?

—Si vos tenéis a bien contármelo...

—Le he dicho que vuestra elección como jefe de la casa de doña Juana ha sido y es perfecta. Que todos esos rumores que hasta él han llegado son falsos. Le pido que os mantenga en el cargo,

pues es mucho el bien que le hacéis a nuestra reina.

—Muchas gracias, doña María. Ya conocéis cuál es mi aspiración. Pero mientras sea útil, y el cardenal esté de acuerdo, aquí seguiré.

Unos golpes en la puerta preceden a la entrada de doña Ana Cifuentes, que anuncia la llegada de doña Juana. Hernán Duque intenta incorporarse, pero la reina se lo impide poniendo una mano en su hombro.

—Quedaos quieto. ¿Qué os ha dicho el doctor? —se interesa doña Juana, que pasa su mano por la frente del enfermo, lo que la hace exclamar—: ¡Tenéis calentura!

—Sí, he pasado toda la noche sudando. El doctor me ha recomendado seguir en el lecho y ponerme cataplasmas.

—Yo me ocuparé de ello —asegura la reina.

—Por favor —dice Hernán Duque—, no os molestéis. Me atienden muy bien.

—No protestéis porque no os haré caso. Yo me ocuparé. Si os encontráis en esta situación es por mi causa. Me habéis salvado la vida. Debería haceros entrega de algún título. De no haber sido por vos, me habría arrastrado la corriente y sabe Dios dónde estaría ahora —le contesta doña Juana sonriendo.

—Solo he cumplido con mi deber. Y vos, señora, tendríais que haber escuchado mis consejos —una fuerte tos le acomete de pronto.

Doña Juana se dirige entonces a doña María:

—¿No sería conveniente que lo viera otro médico? Esa tos asusta.

—Podemos intentarlo.

—Pues hagámoslo, doña María.

Hernán Duque, que se siente violento ante las atenciones de la soberana, dice con un hilo de voz:

—Señora, no debéis preocuparos, dentro de muy poco me encontraré muy bien. De hecho, creo que ya he mejorado.

—Lo que tenéis que hacer es descansar. Me quedaré aquí. Doña María, por favor, organizad que venga otro doctor. Siempre es bueno conocer más de una opinión —asegura doña Juana.

Doña María de Ulloa sale de la habitación y doña Juana se queda a solas con el jefe de su casa.

—Descansad tranquilo. No os preocupéis por mí. Me sentaré cerca de la ventana hasta que vuelva doña María. Me quedo a vuestro lado por si necesitáis algo.

—Muchas gracias, señora. Se me había olvidado comentaros que el almirante de Castilla vendrá a veros la semana que viene.

—Qué alegría. Me agrada mucho volver a ver a don Fadrique Enríquez. Tengo muy buenos recuerdos de él.



El almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, conocía bien a doña Juana. Había viajado con ella, al frente de su corte, en el primer viaje a Flandes. Tal vez por ello exigió hablar con la reina antes de las Cortes de Mucientes.

Poco después de haber firmado el acuerdo de Villafáfila, el archiduque Felipe intentó por todos los medios que los procuradores castellanos declararan que el estado mental de doña Juana la inhabilitaba para hacerse cargo del gobierno del reino. Contrariado, comprueba cómo sus gestiones no obtienen el resultado deseado y además se encuentra con la inesperada reacción del almirante de Castilla, que le exige entrevistarse con doña Juana, porque no cree en la locura de la que habla el archiduque.

Varios son los encuentros que el almirante, junto con Pedro López de Padilla, mantiene con la soberana. Incluso doña Juana asiste a la reunión de las Cortes celebrada en Mucientes. Al final, los nobles castellanos mostraron su total desacuerdo con el aislamiento al que su marido quería someter a la reina, asegurando que no habían observado en doña Juana ningún signo de insania, con lo cual consideraban que estaba capacitada para asumir el gobierno del reino.

Después de que las Cortes de Mucientes se negaran a inhabilitar a doña Juana, declarándola heredera y en condiciones de gobernar, el archiduque Felipe consiguió reconducir la situación a su favor al lograr que las Cortes permanecieran en Valladolid y no se trasladaran a Toledo, como doña Juana quería.

En julio de 1506, los reyes de Castilla, León y Granada, doña Juana y don Felipe, entraron en Valladolid bajo palio. Unos días más tarde las Cortes confirmaban en su declaración a doña Juana como soberana:

*Reyna verdadera e legítyma sucesora e señora natural propietaria destos dichos reynos e señoríos. A don Felipe como rey verdadero e legítymo señor como a su legítymo marido de la dicha Reyna doña Juana, nuestra señora.*

En esa misma sesión, las Cortes nombraron al primer hijo de doña Juana, Carlos, su legítimo sucesor. A don Felipe lo reconocieron como «rey e señor e propietario destos dichos reynos». Felipe ya se encontraba legitimado para gobernar en Castilla. Su primera decisión fue trasladarse con toda la corte a Burgos. La Casa del Cordón se convertirá en la residencia real.



Doña María de Ulloa entra sin hacer ruido en la habitación de Hernán Duque, que duerme. Se acerca a la reina que, con la mirada perdida, permanece inmóvil; no se ha enterado de su presencia.

—Perdonad, doña Juana. Ya he mandado avisar a un nuevo doctor.

—Muchas gracias.

—No llegará hasta dentro de unas horas. ¿Os apetece que demos un paseo por el claustro? La temperatura es buena —le cuenta doña María.

—¿Lo vamos a dejar solo? Le cuesta respirar. Escuchad. Me da miedo que le suceda algo —confiesa la reina, muy preocupada.

—Estad tranquila, señora. Le vendrá bien descansar. Ya he dejado dicho que cuando llegue el doctor nos avisen.

—Está bien. Vamos.

## Lenta recuperación

### *Tordesillas*

—No entiendo cómo un simple resfriado me ha podido afectar de tal forma —dice Hernán Duque.

—Nunca se sabe. Tal vez los nervios y la tensión del momento influyeron, pero lo importante es que la recuperación va muy bien. Dentro de uno o dos días ya podréis hacer vida normal —lo anima doña María de Ulloa.

Se encuentran sentados en uno de los patios del palacio. La temperatura es muy agradable. Los últimos rayos del sol tintan las paredes de una luz muy especial.

—Me encuentro abrumado con las atenciones que me ha dispensado nuestra señora, la reina —manifiesta Hernán Duque.

—Os aprecia muchísimo y no quería que os faltara nada. Doña Juana se entrega cuando quiere. Ya habéis visto lo que me ha costado convencerla para que se fuera con la infanta doña Catalina y el ama. No quería dejaros solo. Es verdad que ella se culpa de lo que os ha sucedido.

—Ya sentía por ella un gran afecto, pero ahora mucho más. Doña María, ¿hace mucho que os conocéis?

—Sí. Yo estuve a su lado desde que se estableció la corte en Burgos. Aún puedo recordar con toda nitidez su llegada a la ciudad.

—Contadme —pide Hernán Duque.

—Corría el mes de septiembre cuando llegaron a Burgos. La ciudad aparecía bellamente engalanada. Don Felipe y doña Juana hicieron su entrada en la catedral siendo recibidos por el obispo Pascual de Ampudia. Doña Juana parecía ausente. Muchas veces hablé con ella de esa jornada y le conté la impresión que me había causado. Estaba allí —me dijo— en contra de su voluntad. Doña Juana sabía que a don Felipe no le quedaba otra opción, debía compartir los actos oficiales con ella. Pero en la intimidad ya era otra historia: la mantenía aislada de todo y de todos, apartada de sus leales servidores, hasta tal punto que el condestable de Castilla, don Bernardino Fernández de Velasco, y su esposa, doña Juana de Aragón, que era hija natural del rey Fernando el Católico, se vieron forzados a abandonar su propio palacio. Don Felipe no quería que nadie que fuera amigo o conocido de doña Juana se acercara a ella.

—Entonces vos vivisteis junto a ella la muerte de su esposo, el archiduque. Qué breve fue su reinado.

—Sí, creo que reinó dieciocho días. Porque entraron en Burgos el 7 de septiembre y el 25 don Felipe ya estaba muerto.

—¡Cuánto sufrimiento ha tenido que soportar nuestra soberana! —exclama Hernán Duque.

—Cierto, y sin embargo se portó como una amante esposa. Durante los días que duró la enfermedad de don Felipe, ni un solo momento se separó de su lado, organizando y disponiendo

todo. Doña Juana se encargaba de darle de comer y de administrarle las medicinas, que ella tomaba antes para disipar las sospechas de su marido a ser envenenado.

—¿Los médicos dijeron cuál fue su enfermedad exactamente? —quiere saber Hernán Duque.

—Todos coincidieron en que fue la peste la que lo llevó a la tumba.

—Doña María, tuvo que ser muy duro para ella.

—En todo momento mantuvo su entereza. Ni una sola lágrima.

—Pero después se encerró en su dolor —dice Hernán Duque.

—Se han dicho y escrito muchas cosas, pero yo estuve a su lado todo el tiempo en Burgos... —afirma doña María.

—Dicen que al quedarse viuda, doña Juana no quiso ocuparse del gobierno de sus reinos —plantea Hernán.

—No es exactamente así. Doña Juana tenía que enterrar a su marido. Debía cumplir el luto normal de una viuda. Ya sabéis que sus padres, los reyes, promulgaron la Pragmática de Luto y Cera, en la que se daban normas sobre el luto y el duelo.

—¿Fue cuando se decidió que el negro fuera el color del luto y no el blanco? —pregunta Hernán Duque.

—Sí. En ella también se dice que durante el primer año la viuda debería estar recluida en una habitación tapizada de negro, en la que no penetrara el sol. A doña Juana no se le podía pedir que tomara las riendas del gobierno inmediatamente. No hizo lo que algunos le pedían, pero sí tomó decisiones —asegura doña María que añade—: Yo creo que ella sí estaba dispuesta a gobernar.



Nada más morir Felipe el Hermoso, un cierto desorden se estableció en el reino. Nobles descontentos aprovecharon el momento para litigar por viejas causas pendientes y los flamencos, viendo que su futuro en Castilla peligraba, arrasaron con cuanto pudieron.

Ante la negativa de la reina de nombrar regente al cardenal Cisneros, se formó un triunvirato integrado por el propio Cisneros, por el duque de Nájera y por el condestable de Castilla.

Pero doña Juana no permaneció inactiva. Muy pronto despidió a algunos de los consejeros de su esposo, entre ellos a don Juan Manuel, señor de Belmonte. Y con el respaldo de un sector de la nobleza castellana, retiró todas las mercedes concedidas por su esposo a determinados nobles, devolviendo a la corona los bienes de los que había sido privada:

*Porque si esto no remediase sería gran cargo de mi conciencia e gran daño e detrimento de las dichas mis rentas e estado e patrimonio real e de todos estos dichos mis reynos e súditos e naturales, e a mí como Reyna e Señora pertenece proveer e remediar en todo ello, por ende por esta dicha mi carta, la qual quiero que aya fuerza e rigor de ley como sy fuese hecha e promulgada en Cortes, reboco, ceso e anulo y doy por nyngunas e de ninguna fuerca e vigor todas las dichas mercedes que el rey don Felipe, mi señor, que haya santa gloria, fizo.*

Juana pretendía que el reino se rigiera por el mismo orden que estaba en vigor a la muerte de su madre.

Es verdad que con cierta frecuencia se negó a tomar decisiones, como cuando le insistieron para que nombrase obispos para algunas de las diócesis que estaban esperando. Entonces ella argumentó su indecisión asegurando que mucho más grave que no nombrarlos sería elegir a unos pastores poco idóneos para regir un determinado rebaño.

El cardenal Cisneros insistió a la soberana para que escribiera a su padre, el rey Fernando, para que este regresase a Castilla y la ayudase en el gobierno. Pero doña Juana se opuso sistemáticamente a ponerse en contacto con su padre. Al final fue el propio cardenal quien escribió al Rey Católico, que se encontraba en Nápoles.



—Doña María, no sé si compartís mi opinión, pero con lo que me está contando, se afianza en mí la idea de que doña Juana nunca contó con nadie que la ayudara, que tratara de comprenderla.

—Tenéis mucha razón. Yo pienso lo mismo. Querido Hernán, ¿no os habéis preguntado alguna vez por qué tiene que vivir encerrada? Es verdad que hace unos días cometió una imprudencia que pudo tener consecuencias graves, pero ¿quién no ha cometido errores tratando de imponer su voluntad alguna vez? Antes hablábamos de su comportamiento después de la muerte de su esposo. Ella no se negó a gobernar. Sí se negó a nombrar regente a Cisneros. Y no lo hizo porque quisiera que fuera su padre, ya que cuando el propio Cisneros le pidió que escribiera al rey Fernando para que viniera a Castilla, ella no le hizo caso. Jamás le escribió.

—¿Qué queréis decir?

—Pues eso es lo que vos y yo estamos de acuerdo: en que no quisieron ayudarla. Llamaron a su padre, que se encontraba en Nápoles. Sí, ya sé que posiblemente doña Juana no esté capacitada o no quiera dedicarse a gobernar el reino, pero jamás renunciará a la herencia de su madre. Ella será la reina hasta que muera.

—Antes aludíais a su encierro. Doña María, ¿por qué creéis que la tienen recluida?

—Veréis, pienso que los que dirigen el reino en su nombre tienen miedo de la influencia que algunos nobles puedan ejercer en la soberana, y que esta les quite el poder. Porque la reina y señora de Castilla, León y Granada es doña Juana.

—No sabe cómo me interesa todo lo que me contáis. Pero se ha hecho un poco tarde. No quiero entreteneros más, doña María. Otro día tenéis que explicarme algunos aspectos del peregrinaje con el ataúd de su marido.

—Yo iba con ella. Hernán, le acompaño a su cuarto y de camino seguimos hablando.

—Muchas gracias. Se han dicho tantas cosas..., algunas muy difíciles de creer.

—¿Os referís a cuando se afirma que cada vez que se detenía la comitiva, doña Juana ordenaba abrir el ataúd para besar los pies de su amado esposo? —pregunta doña María

—Por ejemplo.

—No, Hernán, eso no es verdad. Se han vertido muchas mentiras. Doña Juana no ordenaba abrir el féretro. Solo se hizo cuando abandonamos la Cartuja. Como sabéis, el cuerpo de don Felipe fue sepultado provisionalmente en la Cartuja de Miraflores, en Burgos, en espera de poder trasladarlo a Granada, ya que él había manifestado su interés de ser enterrado en el mismo lugar en el que reposaba la reina, doña Isabel. Doña Juana, que solía acudir cada tres días a ofrecer

misas por su eterno descanso, estaba dispuesta a cumplir la última voluntad de su esposo. Cuando a finales de diciembre la situación ya se hizo insostenible ante la llegada de la peste a Burgos, la reina y la corte debían trasladarse, y doña Juana pensó que ese era el momento para iniciar el camino hacia el sur. Por eso mandó desenterrar a su marido.

—¿De verdad pensaba llegar a Granada? —pregunta Hernán.

—No, pero sí acercarse. Además, no quería irse y dejar el cadáver del rey —apunta doña María.

—Resulta cuando menos sorprendente. ¿Temía que lo robaran?

—Pues aunque os parezca extraño, doña Juana sí albergaba sospechas de que los afines al archiduque Felipe querían llevarse el cadáver a Flandes. De hecho, y creo que doña Juana no se enteró, el corazón de su marido fue extraído, por decisión de la hermana de don Felipe, doña Margarita, para llevarlo a la iglesia de Nuestra Señora en Brujas y guardarlo en la tumba de su madre, doña María de Borgoña.

—De todas formas, doña María, aquel cortejo fúnebre en pleno invierno no dejaba indiferente a nadie. No tiene que sorprendernos la leyenda que se crea y que va creciendo entretejida por el asombro ante lo inexplicable del espectáculo.

—Sin duda, pero se ha aderezado con algunas falsedades con las que se trataba de explicar el comportamiento de doña Juana, a la que ya empezaron a aplicarle el calificativo de la Loca al asegurar, por ejemplo, que su «locura de amor» fue la que la movió a llevar consigo el cadáver de su esposo, cuando no es cierto.

—Puede que sea tan sencillo como vos decís, aunque cuesta creerlo —dice Hernán Duque.

—Además de intentar evitar el robo, la reina también podía perseguir otros fines. Yo siempre tuve la sensación de que ella lo necesitaba como apoyo psicológico para hacerse fuerte ante determinados contratiempos —apunta doña María.

—¿A qué os referís?

—Pues a que podría ser una forma de asegurar la herencia de su hijo mayor, Carlos, al recordar que don Felipe fue rey consorte de Castilla. También era una forma de mantener presente su reciente viudedad y así desalentar a los posibles pretendientes a su mano —cuenta doña María.



Documentalmente ha quedado constancia de la solicitud de matrimonio que, al poco de enviudar doña Juana, llegó a Castilla desde Inglaterra. El rey Enrique VII había quedado prendado de la reina castellana, a la que conoció durante la estancia de doña Juana en la corte inglesa, cuando el mal estado de la mar había obligado a los archiduques a recalar en las costas inglesas.

Otros pretendientes fueron Gastón de Foix y el duque de Calabria.

Es muy probable que doña Juana fuera consciente de lo difícil que resultaba que todos en el reino aceptasen el gobierno de una mujer, y que conociera a la perfección los riesgos que para la herencia de su hijo podría acarrear un nuevo matrimonio. Una antepasada suya, doña Urraca, reina de León, para poder gobernar tuvo que volver a casarse después de enviudar. Su nuevo esposo hizo introducir una cláusula en el testamento en la que se recogía que el heredero del reino sería el hijo nacido del matrimonio y no el que ya existía del anterior enlace de doña Urraca.

Puede que estos razonamientos influyeran en el ánimo de doña Juana, porque todos los intentos para que volviera a contraer matrimonio resultaron inútiles.



—Doña María, una curiosidad que tengo: ¿es verdad que se pasaron una noche bajo las estrellas con el ataúd, porque el monasterio cercano era de monjas y doña Juana quería evitar el contacto con las mujeres?

—Es verdad que pasamos la noche al descubierto. Pero ya sabéis que se habla de todo, y se dan opiniones sin conocer a fondo la verdad. Lo fácil, tratándose de doña Juana, es aludir a los celos, en este caso necrofilicos. Se dice que la reina no permitía que ninguna mujer se acercara al féretro de su marido. Y no es cierto —asegura doña María.

—Entonces, ¿por qué no pasaron la noche dentro del monasterio?

—La respuesta es muy sencilla: el féretro iba custodiado por monjes cartujos y su regla les impedía estar cerca de mujeres que no perteneciesen a la realeza. Por eso no entramos en el convento.

—Sin duda es una buena explicación —afirma Hernán.

—Claro, y de esta forma se entiende por qué al llegar a Tordesillas, los llamados celos necrofilicos habían desaparecido. En Tordesillas, doña Juana no tuvo inconveniente en dejar el ataúd en Santa Clara, donde la comunidad también es femenina. ¿Qué había pasado para que las clarisas no despertaran los celos de doña Juana? Es muy sencillo: los cartujos ya se habían ido —aclara doña María.

—Nunca había reflexionado sobre ese detalle —dice pensativo Hernán Duque.

—Por cierto —pregunta doña María—, ¿visita con frecuencia la reina el ataúd de su esposo?

—Sé que antes no se le permitía salir de palacio y, por lo tanto, no lo veía nunca. Desde que he llegado, le he dado libertad para moverse como quiera por el entorno palaciego, con lo cual puede visitarlo cuando desee. Sé que lo hace de vez en cuando. Casi siempre acompañada por la infanta doña Catalina.

—En otro momento os contaré algo sobre la infanta —promete doña María sonriendo.

—Tenéis que pasar más temporadas con nosotros. No sabéis cómo os agradezco vuestra confianza —dice Hernán Duque.

—Ahora solo me quedaré dos días más, pero en cuanto pueda, seguro que aquí me tenéis.

## Sonrisas en palacio

### *Tordesillas*

Doña María de Ulloa camina por el pasillo hacia la habitación de la infanta doña Catalina. Ha pasado por los aposentos de la reina, pero le han dicho que se encontraba con su hija y con doña Ana Cifuentes.

Unas sonoras carcajadas lo inundan todo. Doña María identifica la risa de la soberana. Hace años que no la escucha reír, ni siquiera la ha visto sonreír. ¿Qué será lo que le hace tanta gracia? Parece evidente que doña Ana les habrá contado alguna historia divertida. Doña María de Ulloa se alegra de haber pensado en su amiga para enviarla a Tordesillas.

Al entrar en la habitación, doña María no puede por menos de sonreír al ver a doña Juana que, con unas piedrecitas en la mano, a punto de tirarlas sobre un tablero de cuadros, que han colocado en el suelo, está diciendo:

—Sí, sí, reiros ahora de mí. Ya veremos cuántas acertáis vosotras. Venga, decidme un número.

—Cuatro en el negro —apunta doña Catalina.

—Yo me inclino por tres en el blanco —dice doña Ana.

—O sea que creéis que lanzaré dos fuera —ríe doña Juana.

—También puede ser que se queden mitad en cuadro blanco, mitad en negro. Y si es así, ya sabéis que hemos decidido que no cuentan —aclara la infanta doña Catalina, que, mirando a su madre con picardía, le dice—: Y no valen las trampas.

—Eso tenedlo presente vosotras —contesta la reina, que descubriendo a doña María de Ulloa, que acaba de entrar, la llama—: Llegáis justo a tiempo para apostar. Ya conocéis el juego, ¿verdad? Aunque vos sois más de ajedrez.

—Bueno, en esta ocasión me conformaré con el tablero que os sirve de escenario. Yo digo que serán siete las que caerán en el blanco.

—¡Perfecto! —exclama doña Juana que, divertida, lanza las piedras.



—¿Y si nos tomamos unas torrijas para reponer fuerzas? —propone doña Ana Cifuentes.

—Muy bien —dice la reina.

—Yo, si hay orejones, también me los tomaría —interviene la infanta doña Catalina.

—Doña María, vos habéis llegado hace un momento, pero nosotras llevamos jugando más de una hora y no hemos conseguido acertar ni una sola vez —comenta la reina.

—Es complicado. Doña Ana, ¿no tenéis dados? —pregunta doña María de Ulloa.

—Sí, y si lo deseáis, podemos jugar al *raffle*.

—Yo no sé —dice la infanta.

—Es muy fácil, os lo explico —se brinda doña Ana—. Se juega con tres dados. Cada jugador dispone de tres jugadas. Se gana cuando se consigue que los dados muestren la misma cara.

—Me parece divertido. ¿Jugamos? —sugiere la niña deseosa de empezar.

—Aquí están los dados —dice doña Ana—. ¿Quién es la primera? Doña Juana, ¿queréis ser vos quien inicie el juego?

—Mejor lo hace la infanta.

Doña Catalina mira con atención los dados, los toma en sus manos y, cerrando sus ojos, los lanza.

—Uno, cuatro y cinco —dice la infanta—. ¿Y ahora qué hago?

—Podéis tirar otras dos veces. Vos decidís si volvéis a lanzar los tres dados o elegís uno de ellos e intentais sacar lo mismo en los otros dos dados.

—Me quedo con el cinco —asegura la infanta lanzando los dos dados—. ¡Qué bien! He sacado otro cinco.

—Pues a por el tercero —le dice doña Ana Cifuentes, animándola.

—¡He ganado, he ganado! —casi grita la infanta doña Catalina mostrando el cinco en el tercer dado.

—Has tenido la suerte del principiante —le dice su madre—. Ahora los tiro yo...

—Un momento, señora, creo que alguien ha llamado a la puerta —dice doña María, mientras ella misma se acerca.

—Pero si es don Hernán Duque —exclama la reina—. Entrad, mirad qué juegos tan divertidos nos enseña doña Ana.

—Perdón por haberos interrumpido. Necesitaba hablar con vos, doña María, pero puedo esperar. Cuando terminéis los juegos, nos podemos ver —sugiere Hernán Duque.

—Doña Juana —dice doña María de Ulloa dirigiéndose a la reina—, si me lo permitís, me retiro unos momentos para atender a don Hernán Duque.

—Claro que podéis. Otro día os invitamos a nuestros juegos, Hernán.

—Muchas gracias, majestad.



Al cerrar la puerta detrás de ellos, Hernán Duque dice:

—Jamás me lo hubiera imaginado. Qué alegría siento al ver tan feliz a la reina, pero es la infanta doña Catalina la que parece otra persona.

—Sí que se la ve muy contenta. ¿Sabéis? Yo la ayudé a llegar al mundo —asegura doña María.

—¿Cómo? —pregunta desconcertado Hernán Duque.

—Sucedió que, cuando llegamos a Torquemada, doña Juana se puso de parto. Habían pasado unos veinte días desde que abandonamos Burgos. Allí, en Torquemada, nos quedamos toda la

comitiva hasta que doña Juana pudo volver a ponerse en camino.

—Pero viajar con un bebé en pleno invierno... ¿No pudieron convencerla para que se quedase en Torquemada?

—Y con un niño, porque su hijo Fernando, que tenía cuatro años, también nos acompañaba. Pero no, nadie intentó retenerla en Torquemada. Entre otras razones, porque las casas en las que vivíamos no reunían condiciones. Y proseguimos el camino: Hornillos, Tórtoles de Esgueva, Santa María del Campo y Arcos, donde yo tenía una casa en la que, si doña Juana quería, podía vivir con cierta comodidad.

—¿En qué lugar se encontró con su padre el rey don Fernando? —quiere saber Hernán Duque—. ¿Ella deseaba verlo?

—Se encontraron en Tórtoles en agosto de 1507. Doña Juana, que no había atendido a los ruegos del cardenal Cisneros cuando este le pidió que escribiera a su padre para que acudiera a Castilla, no demostró ningún interés en que volviera, pero una vez que se encontró con él se puso en sus manos. A lo único que no accedió fue en lo referente al cadáver de don Felipe. Su decisión fue inamovible: lo mantendría cerca de ella hasta que fuera enterrado en Granada. La verdad es que don Fernando prefirió que el cadáver siguiera el mismo camino que doña Juana. Porque si el rey hubiera decidido el traslado de los restos de don Felipe a Granada, doña Juana lo hubiera aceptado.

—¿Y por qué doña Juana accedió a quedarse en Tordesillas? —inquire Hernán Duque.

—El rey Fernando la engañó —asegura doña María—. No creo que hubiera podido imaginar jamás lo que su padre había decidido para ella. Doña Juana sí quería vivir un tanto apartada y tranquila. Muchas reinas, al quedarse viudas, llevaron una vida de bastante reclusión, pero siempre con la posibilidad de poder salir si querían y de recibir a sus amigos y conocidos. Pero ya veis en qué estado se encuentra nuestra señora.

—Claro que lo sé. Me cuesta entenderlo, doña María. La reina no ansiaba el poder. Estaría encantada de que su padre la ayudara.

—Seguro, pero don Fernando, consciente de que en muchos sectores no le querían, temía que se acercaran a su hija. Y para vivir seguro, lo mejor era aislarla encerrándola.

—Me parece terrible lo que me estáis contando —confiesa Hernán Duque.

—Así es. Pero ¿qué queríais decirme? —le pregunta doña María.

—Me han llegado noticias de que la salud del cardenal Cisneros ha empeorado. Aseguran que no lo superará.

—Sería muy triste que no pudiera ver al hijo de doña Juana, al heredero, don Carlos.

—¿Se sabe cuándo viajará a Castilla? —se interesa Hernán Duque—. Me gustaría conocer vuestra opinión y que habláramos del viaje de don Carlos.

—Se comenta que vendrá en el otoño —dice doña María.

—¿Cómo creéis que será acogido por la nobleza? —quiere saber Hernán Duque.

—Cisneros lo ha dejado claro, pero creo que hay muchos nobles que siguen sin aceptar que don Carlos se haya proclamado rey viviendo su madre.



En su testamento, Fernando el Católico nombró a su hija heredera legítima de Aragón, Navarra, Nápoles y Sicilia, pero, como consideraba que no se encontraba en condiciones de asumir el gobierno, designó a dos regentes: Jiménez de Cisneros, regente de Castilla, y a su hijo natural, don Alfonso, arzobispo de Zaragoza, regente de la corona de Aragón. Sin embargo, la ley de Aragón, aplicada por el justicia mayor, Juan Lanuza, impidió que se cumpliera esta disposición testamentaria del rey Fernando, quedando el cardenal Cisneros como único regente. Inmediatamente, este se puso en contacto con la corte de Bruselas para que don Carlos, que ya había cumplido los dieciséis años, fuera nombrado gobernador de los reinos de los que era titular su madre, doña Juana.

En Bruselas rechazaron esta propuesta: querían que Carlos fuera proclamado rey. Argumentaban su decisión asegurando que en los documentos figuraría primero el nombre de su madre y después el de él: «Doña Juana e Don Carlos, su hijo, reina y rey de Castilla, de Aragón, de León...».

Al principio, el cardenal Cisneros no aceptó la postura mantenida por los flamencos, pero luego, evaluando sabe Dios qué factores, se convirtió en defensor de esta medida, y así se la comunicó al Consejo Real y a los miembros de la nobleza. Todos se manifestaron en contra de este nombramiento por considerarlo ilegal viviendo la reina, pero Cisneros se impuso.

En realidad no resulta exagerado calificar la acción de Bruselas como un auténtico golpe de Estado.



—Doña María, ¿conocéis a las personas de la corte de Bruselas que ya viven en Castilla?

—¿Os referís al señor de Chièvres y a Adriano de Utrecht?

—Supongo que sí, no recuerdo bien sus nombres —confiesa Hernán Duque.

—Sí. Hace meses que viven aquí. Ellos son, dicen, los hombres de confianza de don Carlos y los encargados de preparar su recibimiento en Castilla.

—Tendré que informar a doña Juana de la llegada de su hijo —plantea Hernán Duque—. Porque vendrá a visitarla, ¿verdad?

—No me cabe ninguna duda. Os avisarán con tiempo. Habrá que hacer arreglos y adecuar algunas habitaciones, porque me imagino que don Carlos se quedará en palacio —apunta doña María.

—¿Contaremos con vuestra ayuda?

—Por supuesto. En el momento en que conozcamos la fecha, me desplazaré con tiempo suficiente para trabajar en los preparativos.

—Doña María, ¿cómo creéis que reaccionará don Carlos al ver a su madre? ¿Le dará mayor libertad, se ocupará más de ella?

—No lo sé. Esperemos que sí —contesta doña María.

—Mañana os vais, ¿verdad?

—Sí. Me iré temprano. Esta noche pasaré a despedirme de doña Juana. Aunque ya os lo haya dicho, querido Hernán, lo seguiré repitiendo: habéis conseguido algo que me parecía imposible. Doña Juana parece otra persona. ¿La habéis visto esta tarde?

—Sí que me ha sorprendido, pero todo es gracias a doña Ana Cifuentes.  
—Recemos para que todo siga igual —pide doña María de Ulloa.

## El anuncio de una visita inesperada

### *Tordesillas*

Aquella mañana, doña Juana ha asistido a misa con su hija. Juntas han rezado ante el ataúd insepulto del archiduque Felipe el Hermoso, situado delante del altar mayor de la iglesia del convento, dentro de una litera cubierta con un gran dosel de brocado de oro, con una cruz de seda carmesí en la parte superior.

Es la primera vez que no están acompañadas por Hernán Duque. El jefe de la casa de la reina no considera necesaria tanta vigilancia. Además, la iglesia del convento se encuentra a pocos metros de palacio.

—Madre, ¿entonces mi padre no llegó a verme?

—No. El falleció cinco meses antes de que tú nacieras.

—Recuerdo que una vez me dijisteis que me parezco a él.

—Es verdad, tienes su mismo color de piel y tus ojos son iguales a los suyos.

—Madre, ¿lo quisisteis mucho?

—Lo quiero todavía.

—¿Creéis que podremos irnos algún día a vivir a otro lugar?

—Seguro que tú sí, hija mía.

—Pero yo sin vos no me voy. Quiero estar a vuestro lado siempre —dice doña Catalina agarrándose a la mano de su madre.

—No te preocupes, hija mía. Yo soy feliz sabiendo que me quieres.

—He pensado —dice la infanta— que ahora que el jefe de la casa es bueno con nosotras, podríais pedirle que me dejara, aunque solo sea una mañana, salir al pueblo.

—¡Pobre hija mía! —exclama doña Juana abrazándola—. A veces se me olvida que has pasado toda tu vida en estas cuatro paredes. Hablaré con Hernán Duque.

—Pero no quiero disgustaros, madre. Aquí a vuestro lado soy feliz. Y ahora que contamos con doña Ana, nos reímos más. ¿Sabéis qué me ha dicho? Que iba a hablar con algunos niños del pueblo para que vengan algunas tardes a jugar bajo mi ventana. ¿No os parece una buena idea? —pregunta la infanta con gesto ilusionado.

Doña Juana no dice nada; se siente profundamente conmovida. La llegada de su dama Ana Cifuentes suaviza la emoción del momento.

—Buenos días, señora. Doña Catalina —dice dirigiéndose a la infanta—, hace una mañana tan preciosa que podemos jugar en el patio a la gallina ciega. Nos acompañarán dos pajes. ¿Os apetece venir con nosotras, doña Juana?

—No. Prefiero dar un paseo, si es que Hernán Duque puede acompañarme. Verdaderamente, me desespera no poder hacerlo sola.

—Doña Catalina —dice Ana—, he hablado, como os prometí, con un grupito de chicos y esta tarde vendrán a jugar bajo vuestra ventana.

—¡Qué bien! Muchas gracias. Los vemos juntas y me vais contando lo que no entienda — pide doña Catalina.

—Cuando queráis nos vamos —dice Ana Cifuentes.

—¿Mandáis alguna cosa, madre?

—No, Catalina, pásalo muy bien.



Camino de sus aposentos doña Juana se encuentra con Hernán Duque.

—Qué bien que nos vemos, Hernán. Os iba a mandar aviso para deciros que me apetece mucho respirar un poco de aire puro. Pero seguro que tenéis mucho en que ocuparos. He pensado que podría acompañarme cualquiera de mis damas —propone doña Juana, que sabe que no debe salir sola.

—Comprendo, señora, que estéis harta de mi compañía, pero cumplo órdenes.

—Órdenes, órdenes... Siempre lo mismo. Aquí la única que tendría que mandar soy yo.

—Señora, lamento mucho causaros disgusto, pero no me queda otra opción. En cuanto a si tengo trabajo, he de deciros, doña Juana, que para mí siempre es un placer acompañaros. Y además, en estos momentos, iba a buscaros. Tenemos que hablar de un tema.

—Está bien. Disculpad mi pequeño desahogo, Hernán, pero hay momentos en que no puedo más.

—Si de mí dependiera, señora, trataría de daros una mayor libertad.

—Lo sé, querido Hernán. Mi vida es otra desde que habéis llegado a palacio. Pero, decidme, ¿de qué tema tenemos que hablar?

—Señora, creo que en noviembre, dentro de mes y medio, nuestro rey y señor don Carlos, hijo de vuestra majestad, vendrá a veros.

—¿Por qué os referís a él como rey? Solo yo soy la reina, mi hijo Carlos no es sino infante.

Hernán Duque se da cuenta de que ha cometido una indiscreción, pero doña Juana no le deja disculparse y continúa:

—Don Carlos será rey algún día. Es mi heredero, mi queridísimo hijo. Pero contadme, ¿a qué se debe su presencia en Castilla? ¿Lo ha llamado mi señor padre? ¿Se encuentra enfermo el rey Fernando?

Hernán Duque se queda petrificado. No sabe qué responder. De forma evasiva dice:

—Desconozco el motivo del viaje de vuestro hijo.

Doña Juana lo observa atentamente. Sabe que le está mintiendo. Ahora está casi convencida de que los rumores sobre su padre son ciertos. No ha querido preguntar abiertamente, pero ha llegado el momento.

—Don Hernán, os ruego que seáis sincero conmigo. Hace tiempo he escuchado comentarios sobre el posible fallecimiento de mi padre, pero no he querido darles crédito, entre otras razones porque me parece imposible que, si así ha sido, no se me haya informado. Es verdad que hace tiempo que no viene a verme. He preguntado, también a vos, por su ausencia y la respuesta siempre ha sido la misma: excesivas ocupaciones. Pero ahora la noticia de la visita de mi hijo me lleva a pensar que algo ha sucedido.

De buena gana Hernán Duque saldría corriendo. Le han pedido guardar secreto. Hasta ahora lo ha cumplido. Percibe sobre su rostro la profunda mirada de la soberana que parece querer penetrar en su interior. No sabe qué hacer... Doña Juana se acerca y agarrándole del brazo le dice:

—Miradme a los ojos. Ha muerto, ¿verdad?

—Señora, yo...

—Pero ¿quién os ha ordenado guardar secreto? ¿Quién ha decidido que yo no me entere de la muerte de mi padre? —pregunta doña Juana casi gritando.

Hernán Duque no puede más y decide contárselo todo.

—Quien ha dado orden de que vos no os enteraseis de su fallecimiento ha sido vuestro propio padre. A mí fue el cardenal Cisneros quien me prohibió hablaros de ello.

Doña Juana se ha quedado paralizada. Su voz no denota enfado, ni ningún tipo de sentimiento.

—¿Y cuándo ha sucedido? ¿Dónde y de qué murió?

—El fallecimiento se produjo hace más de un año. Murió en Madrigalejo, cerca de Cáceres. La causa de su muerte la desconozco —contesta Hernán.

—Más de un año... —repite pensativa doña Juana—. Y en este tiempo, ¿quién se ha ocupado del gobierno?

—El cardenal Cisneros. Él fue quien me eligió para que me ocupara de vos.

—Por fin tengo algo que agradecerle al cardenal —dice irónica doña Juana, que añade—: Os libero del paseo. Me voy a mis aposentos.

Hernán Duque la mira mientras se aleja. Es probable —piensa— que todo lo que han estado hablando le provoque una crisis. Deberá estar muy atento.

Mientras camina hacia sus habitaciones, doña Juana no quiere pensar, no quiere dejarse dominar por la angustia que amenaza con ahogarla. Nada más cerrar la puerta, grita con todas sus fuerzas:

—¡¡¡¿Por qué?!!!

Y cae de rodillas llorando.



Aunque lo sospechaba, doña Juana no podía imaginar que la muerte de su padre la fuera a afectar de aquella forma. Ha vuelto a llorar después de quince años sin hacerlo. ¿Por qué su padre había decidido anularla, borrarla de la vida? ¿Qué había hecho mal? Le duele su muerte, no volver a verle, pero sobre todo le duele su comportamiento para con ella.

¿Qué temía mi padre? ¿Qué podía hacer yo aquí encerrada, rodeada de servidores que solo a él obedecían? ¿Por qué ocultarme su muerte? La única explicación que se me ocurre es que deseaba seguir controlándome después de muerto. Sé que a un padre se le debe amor filial. Yo le he querido, pero él ha demostrado no tener sentimientos. No, mi padre nunca me quiso, aunque probablemente nunca haya querido a nadie. No es un consuelo considerarlo una persona sin sentimientos, pero me ayuda a no sentirme ruin e indigna.

¿Se habría comportado mi padre igual con mis hermanas? Es posible que sí. Con quien habría sido distinto es con nuestro hermano el príncipe don Juan. ¿Por qué los hombres suelen apoyarse? ¿Qué opinaría mi madre, la gran reina, sobre el comportamiento de su marido para conmigo, que soy su hija, pero también su reina?

Hay momentos, como este que estoy viviendo, en los que me gustaría desaparecer. Dame fuerzas, Dios mío. Mi hijo, el príncipe don Carlos llegará pronto. Él me ayudará.

## La reina recibe la visita de sus hijos

*Tordesillas, noviembre de 1517*

—Son unos tapices maravillosos —dice doña Ana—. Es una pena que no estén siempre debidamente colocados.

—Eso sería así si en este palacio hubiera vida. Pero esta casa, doña Ana, aunque ahora ha mejorado, es una cárcel. Una cárcel con una prisionera que posee un tesoro inmenso. ¿Sabéis cuántos tapices figuraban en el inventario que se hizo a la llegada de doña Juana a Tordesillas? Más de sesenta —le revela doña María de Ulloa.

—Esta mañana, doña Juana me ha enseñado el precioso collar de las bellotas, más de un kilo de oro —dice asombrada doña Ana.

—Posee joyas valiosísimas. Aún no he pasado a verla. ¿Cómo se encuentra la reina? —pregunta doña María.

—Yo creo que un poco nerviosa. Lleva varios días pensando qué traje ponerse para recibir a su hijo. La verdad es que todos son preciosos. Pero me decía que no eran muy apropiados para esta visita.

—Ella vivió en el lujo y boato de la corte flamenca, que nada tiene que ver con la austeridad castellana —apostilla doña María de Ulloa.

—Ha venido varias veces a ver a la reina ese extranjero que habla con ella en francés y que siempre me olvido de su nombre —dice doña Ana Cifuentes—, pero cuando se fue, doña Juana estaba muy contenta porque le dijo que venía también a visitarla su hija, la princesa doña Leonor.

—Seguro que es el señor de Chièvres, la persona de máxima confianza de su hijo don Carlos —aclara doña María de Ulloa.

—Sí, ese es —corrobora doña Ana, que añade—: Ha supervisado todo con don Hernán Duque. Hasta la vajilla de oro han dispuesto. Dicen que don Carlos y su hermana se quedarán aquí dos o tres noches.

—¿Qué día está previsto que lleguen? —quiere saber doña María.

—Creo que no se sabe; pero por allí viene don Hernán Duque, seguro que él os informará. Os dejo, doña María, pasaré a buscar a la infanta doña Catalina —se despide doña Ana.

—Querido Hernán, cuánto siento no haber podido venir hasta hoy, pero mi marido no está bien, y cada día soy más necesaria en casa —se disculpa doña María de Ulloa.

—No os preocupéis. Todo está arreglado. El señor de Chièvres ha estado pendiente del más mínimo detalle. Mi querida doña María, tengo la sensación de que los acompañantes de don Carlos quieren controlar, ellos solos, todo lo que aquí suceda.

—Me ha dicho doña Ana que Chièvres se ha reunido con la reina.

—Sí. Y doña Juana está muy contenta. Parece ser que en la entrevista que mantuvieron le habló mucho de sus hijos, de las ganas que tenían de verla y besar sus manos. Le ha recordado que su hija doña Leonor está a punto de cumplir los veinte años y don Carlos cuenta diecisiete. Le ha

asegurado que podía sentirse muy tranquila porque, a partir de ahora, don Carlos se encargaría de todo en nombre de ella, que era la reina propietaria. También me contó que Chièvres organizaría una misa funeral, cumpliendo los deseos de don Carlos, que deseaba honrar la memoria de su padre, el archiduque Felipe.

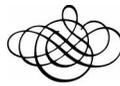
—¿Cuándo está previsto que llegue don Carlos a Tordesillas?

—Dentro de dos o tres días. Ya sabéis que hace algo más de un mes que atracaron en Tazones, pequeño pueblecito al lado de Villaviciosa. Era Laredo donde se les esperaba, pero, como suele suceder, la mar es quien decide hacia dónde envía a sus navegantes.

—Creo que es un lugar precioso. ¿Conocéis Asturias? —le pregunta doña María.

—No. He tenido compañeros asturianos, pero no conozco Asturias. ¿Vos sí?

—Solo una vez. Pero su naturaleza me emocionó. ¿Sabe, Hernán? Creo que puede ser buen augurio para don Carlos haber pisado primero la tierra asturiana, que es donde comenzó todo.



—Hija, ¿estás contenta? Dentro de muy poco conocerás a tus hermanos mayores —le dice doña Juana a la infanta doña Catalina.

—Claro. ¿Se quedarán a vivir con nosotras? —pregunta ilusionada la infanta.

—No. Ellos tienen muchas cosas que hacer. Aunque sí espero que no se olviden de nosotras y mejoren las condiciones en las que vivimos. Tengo muchas ganas de abrazarlos. Hace tanto tiempo que no los veo... Es probable que no los reconozca.

—¿Cuántos años tenían la última vez que los visteis?

—Leonor acababa de cumplir los siete y Carlos solo cinco. Ahora, según me han contado, son unos jóvenes muy bien educados, preparados para desempeñar los altos cargos a los que están llamados.

—Mi hermano Carlos es el heredero de todos vuestros reinos, ¿verdad? —quiere saber la infanta.

—Sí. Y estoy segura de que será un buen rey. Y tú, Catalina, algún día, tendrás que prestar tus servicios a la corona a la que perteneces.

—¿Cómo, madre?

—Casándote con quien decida tu hermano. Lo normal sería que tu padre y yo fuéramos quienes nos ocupáramos de buscar alianzas con vuestros matrimonios, pero tu padre ha muerto y yo estoy aquí, olvidada de todos.

—¿Por qué no habláis con Carlos?

—Lo haré. Querida Catalina, algún día lo comprenderás. Yo no ambiciono el poder, pero soy la reina, y eso deben saberlo todos. Y aunque necesito que me ayuden en las tareas de gobierno, no deseo vivir al margen de todo como hasta ahora.

—Seguro que Carlos escucha vuestros deseos y consigue que nuestra vida aquí sea más placentera. ¿Sabéis, madre? A mí me gustaría poder salir. Conocer a otras personas. No tener que pedir permiso para todo, incluso para veros —dice Catalina a punto de llorar.

—Ya verás cómo todo se arregla. No me has contado qué tal tu paseo por Tordesillas —dice la reina.

—Muy bien. Doña Ana me ha llevado a visitar la iglesia y estuvimos en la plaza Mayor. Ya le he dado las gracias a don Hernán, que prometió dejarme salir otros días.

—Es un buen hombre. Desea lo mejor para nosotras. Él también obedece órdenes. Espero que con la llegada de tu hermano cambien muchas cosas —dice doña Juana.

—Qué bien, madre.

—Catalina, si quieres, puedes irte. Muchas gracias por tu visita. Ya sabes lo importante que es para mí contar con tu cariño.

—Madre, ¿os puedo dar un beso?

Doña Juana no dice nada y se funde en un abrazo con su hija.

Está contenta de poder ver a sus hijos y de que Carlos, su primogénito y heredero, se interese por el reino. Qué distinto podría haber sido todo si ella hubiera aceptado volver a casarse.



El féretro insepulto con el cuerpo de su marido le había servido de excusa como si su viudedad fuese reciente.

El primero en solicitar su mano al quedarse viuda había sido el rey Enrique VII de Inglaterra. Doña Juana sabía que el monarca inglés se había sentido atraído por ella desde el día que se conocieron en la corte. Era el suegro de su hermana pequeña, doña Catalina. El soberano inglés estaba tan interesado en casarse con ella que no dudó en utilizar la influencia que su hermana pudiera ejercer sobre ella y sobre su padre, el rey Fernando, para convencerlos de que aceptaran la proposición.

Si yo fuera ambiciosa, habría aceptado —piensa doña Juana—, porque casándome con Eduardo VII, me habría convertido en reina de Castilla, León y Granada. Y también de Inglaterra. Pero no eran esos mis intereses y, además, por mi situación, ya nadie podía obligarme a contraer un matrimonio con el que yo no estuviera de acuerdo. Bien es verdad que a mi padre tampoco le interesaba demasiado mi unión con el inglés. Mi postura de rechazo fue clara desde el primer momento por muchas razones: no ambicionaba poder, era imposible que me enamorara, pues mi corazón ya tenía dueño, y deseaba que mis hijos, fruto de mi amor por Felipe, fueran los auténticos herederos al trono de Castilla. Si me volvía a casar, igual surgían problemas porque, dada mi fecundidad y el afán de los reyes que no ansían más que engendrar hijos, igual teníamos descendencia, y quién sabe lo que podría haber pasado. Existen casos en la historia en los que se ha intentado que los derechos al trono del hijo nacido en el segundo matrimonio usurpen los del heredero del primero. Es posible que al monarca inglés le gustara solo mi físico, pero yo sé que a mi favor estaba el ser joven y fuerte, madre de seis hijos. Él tenía veintidós años más que yo y estaba viudo de Isabel de York desde hacía cuatro años. Su mujer había fallecido al dar a luz a su séptima hija.

Doña Juana recuerda los nombres de sus otros pretendientes: Gastón de Foix y el duque de Calabria.

No puede evitar preguntarse si su comportamiento sería el mismo si le dieran ahora la oportunidad de dar marcha atrás en el tiempo.

Es probable, casi seguro —se dice—, que si hubiera aceptado cualquiera de estos matrimonios, mi vida no sería la que vengo padeciendo desde hace años.

Desconoce cuál sería su situación si hubiera vuelto a casarse, pero habría puesto el reino en manos de un extranjero, como le había pasado con don Felipe. Algo que su madre, la reina doña Isabel, había tratado de evitar.

Con una sonrisa resignada, doña Juana se contesta a sí misma: sí, volvería a rechazar todas las propuestas. Ha sufrido mucho todos estos años, pero su hijo don Carlos, que es su legítimo sucesor, terminará con todos sus padecimientos.

Llama a una de las damas para que termine de arreglarla. Tiene que causarles buena impresión a sus hijos.



El esperado momento ha llegado. Doña Juana, acompañada del jefe de su casa, Hernán Duque, y de doña María de Ulloa, aguarda, un tanto impaciente, la entrada de sus hijos.

Mira los hermosos tapices del salón. Sabe que algunos de ellos se cuelgan en las habitaciones privadas de sus servidores y no protesta. Tal vez algún día lo haga. Doña Juana piensa que tendría que hacer recuento de lo que tiene. ¿Le habrán robado? Es consciente de que muchos de los objetos que posee de oro y plata pueden ser vendidos para fundir. Tiene noticia de que su padre, el rey Fernando, en dos ocasiones se llevó algo que a ella le pertenecía. La primera vez se apropió de trescientos cuarenta y cinco kilos de plata. Y cuatro años más tarde se llevó otro tanto.

Pero no son estos momentos para pensar en cosas tan desagradables. El salón ha quedado verdaderamente regio. Tal vez demasiados hachones. A ella le gusta un poco más de penumbra, pero conoce bien las preferencias de la corte de Flandes y ha querido que sus hijos se encuentren cómodos. Dentro de unos minutos podrá abrazarlos.

—Señora, doña Juana —anuncia el señor de Chièvres entrando en el salón—, vuestros hijos han llegado. Esperan vuestra autorización para poder entrar.

—Por favor, que pasen —dice doña Juana en francés, concedora de que su hijo Carlos no habla ni una palabra de español.

La puerta se abre y aparecen dos jóvenes ricamente vestidos, que nada más entrar hacen una profunda reverencia. Doña Juana los mira emocionada. Su hija es muy hermosa. Se mueve con elegancia... Su hijo Carlos no se parece a su padre. Sus facciones son más suaves. No es de complexión muy fuerte.

Los príncipes siguen caminado y cuando alcanzan la mitad del salón, como si lo hubieran ensayado, vuelven a hacer otra ceremoniosa reverencia al unísono.

Ya se encuentran cerca. A doña Juana le parece que sus hijos emiten luz. Sus trajes brillan, y además son tan jóvenes. No puede por menos de mirar su traje, que aunque en otro tiempo también fue hermoso, ahora aparece gris y ajado, como seguro la encontrarán a ella.

Cuando sus hijos casi están a su lado, intentan hacer su tercera reverencia y besar sus manos, pero doña Juana se adelanta y los abraza. Es don Carlos quien, en francés, se dirige a su madre

para preguntarle cómo se encuentra de salud y manifestarle los deseos que tenían de mostrarle su respeto y obediencia.

Doña Juana, que sigue abrazada a su hija Leonor, los mira asombrada.

—Pero ¿de verdad sois mis hijos? Eráis tan pequeños la última vez que os vi.

Pregunta por sus otras dos hijas: Isabel y María. También se interesa por doña Margarita, su cuñada, que es quien se ha ocupado de la formación de sus sobrinos.

Es su hija, la princesa Leonor, quien le dice que su hermana Isabel se ha convertido en reina de Dinamarca, Suecia y Noruega por su matrimonio con Cristián II.

—Pero si Isabel es más joven que vosotros —exclama doña Juana.

—Sí, nuestra hermana Isabel tiene dieciséis. Se casó a los catorce.

—Dieciséis tenía yo cuando salí camino de Flandes para casarme con vuestro padre, que era un año mayor. ¿Qué edad tiene el rey Cristián, el marido de vuestra hermana? —quiere saber doña Juana.

—Veinte más que ella.

Doña Juana no dice nada, pero piensa en su hija Isabel, casada con un hombre que podría ser su padre; pero tal vez sea bueno con ella. Le sorprende que hayan elegido a Isabel y no a Leonor.

Cuando llevan unos minutos reunidos, doña Juana le pide a doña María de Ulloa que traiga a la infanta doña Catalina.

Si la hija mayor de doña Juana, la princesa Leonor, se había emocionado al ver el estado en el que se encontraba su madre, apenas puede contener las lágrimas al besar a aquella preciosa niña que va vestida como una humilde aldeana.

Después de un buen rato de conversación, es doña Juana quien debe poner fin a la reunión, y así lo hace:

—Seguro que estaréis muy cansados del viaje, podéis retiraros a descansar.

Los dos jóvenes se despiden de su madre, pero antes de abandonar el salón, la princesa Leonor le pide a su hermana Catalina que la acompañe. La pequeña mira a su madre, que con un ademán la autoriza a que se vaya:

—Luego pasará a buscarte doña Ana Cifuentes.

La niña, cogida de la mano de su hermana mayor, sale encantada del salón, en el que solo quedan doña Juana, el jefe de su casa, doña María de Ulloa y el señor de Chièvres. Doña Juana no quiere ocultar su alegría:

—Me siento bien. Y muy orgullosa de mis hijos.

—Señora, ¿me podríais dedicar unos minutos? Necesito hablar con vuestra majestad —le pide Chièvres.

—Sí, por supuesto —contesta la reina.



Doña María de Ulloa y Hernán Duque han abandonado el salón. Caminan despacio por el pasillo.

—¿Os apetece que charlemos un rato? —pregunta doña María.

—Sí. Si queréis, podemos ir a mi despacho, pero antes avisemos que estaremos allí por si doña Juana nos necesita —dice Hernán Duque.

—Muy bien. Decidme, Hernán, ¿qué os ha parecido nuestro nuevo rey, don Carlos?

—No sabría decir. No estoy en condiciones de opinar. Sí me pareció un tanto frío con su madre. Todo lo contrario que la princesa doña Leonor.

—Es que las mujeres somos distintas. Nos cuesta menos expresar nuestros sentimientos.

—Ya sabéis que el cardenal Cisneros se está muriendo —dice Hernán.

—Sí, me lo han dicho. Lo siento muchísimo.

—No pensáis que don Carlos, que tanto le debe, debería acercarse a su lecho de muerte. Si no fuera por el cardenal, los nobles de Castilla nunca hubieran aceptado que se proclamara rey viviendo su madre.

—Estoy de acuerdo con vos, pero tenemos que pensar que don Carlos solo tiene diecisiete años y que son sus asesores quienes toman las decisiones. En este sentido me han contado que don Carlos tenía una carta escrita para cesar en su cargo al cardenal Cisneros —apunta doña María.

—Sí, es muy triste. No quiero ser pesimista, doña María, pero tengo la sensación de que don Carlos solo se apoyará, para gobernar Castilla, en el numeroso equipo de flamencos que lo acompañan.

—Sí. Los comentarios son muy desagradables sobre ellos. Se les acusa de pretender enriquecerse en dos días —apunta doña María.

—Tenemos que reconocer que el señor de Chièvres es muy habilidoso y sabe cómo conquistar a la gente —comenta Hernán Duque.

—Lo decís por doña Juana.

—Sí. ¿Para qué cree que se ha quedado con ella?

—Para convencerla de que delegue sus tareas de gobierno en su hijo don Carlos, que él se ocupará de todo. Quieren estar seguros. Necesitan el apoyo de la reina —dice convencida doña María.

—Una vez más estamos de acuerdo. ¿Cambiará la vida de doña Juana con su hijo al frente del gobierno? —pregunta Hernán Duque.

—Dentro de poco lo sabremos.

## ¿Dónde está la infanta Catalina?

*Tordesillas, enero de 1518*

—Hemos hecho bien saliendo tan pronto —dice doña María de Ulloa.

—Sí, así regresamos antes de que caiga la noche —matiza doña Juana.

—Señora, yo ya era consciente de ello, pero hoy lo habéis vuelto a demostrar, sois una amazona excepcional —manifiesta Hernán Duque.

—La verdad, doña Juana, es que da gusto veros cabalgar —añade doña María.

—No exageréis. Aunque es cierto que ya desde niña, cuando me subía a un caballo, experimentaba una sensación maravillosa, era como si volara. Se necesitan tan pocas cosas para ser feliz...

Los tres han salido a pasear a primera hora de la tarde. Ya de regreso a palacio, han decidido, a pesar del intenso frío, caminar un poco por el campo. El año de 1518 había iniciado su andadura envuelto en unas heladas que más parecían nieve, y que el sol, muchos días, a pesar de sus caricias, no conseguía disipar.

—Confieso que me gusta contemplar el paisaje en el invierno. Los árboles desnudos, la ausencia de flores y esta tenue y fría luz me hacen sentir viva —dice doña María de Ulloa.

—Yo prefiero el verano —argumenta doña Juana—. Necesito la luz y el calor del sol. Los campos floridos. El canto de los pájaros...

—Pues yo, y no es por llevaros la contraria —dice riendo Hernán Duque—, me decanto por el otoño. La belleza de esa estación supera la de las demás. El colorido de la naturaleza adquiere en ese momento unas tonalidades únicas.

—Yo nací en el otoño —afirma doña Juana— y, siendo cierto lo que vos decís, Hernán, es una estación que me produce cierta melancolía. Es triste ver cómo las hojas se mueren deambulando por el suelo...

—Sí, pero qué hermosas se vuelven algunas al cambiar su color y vestirse con sus mejores galas —apostilla Hernán Duque.

—Estamos alcanzando unos niveles poéticos —ríe doña María.

—Podemos seguir hablando de este tema en palacio. En cualquier momento se hará de noche. Mejor regresemos ya —sugiere doña Juana.



Nada más dejar los caballos en las caballerizas, doña Juana comenta:

—Hace días que no veo a la infanta doña Catalina. Doña María, encargaos de avisarla para que mañana pase a verme.

Doña María apenas puede disimular la preocupación, aunque responde:

—Esta misma noche la aviso.

—Gracias. Creo que me voy a mis aposentos. Me encuentro un poco cansada —dice la soberana mientras se aleja.

Doña Juana ha sentido de pronto deseos de ver a su hija. Quiere hablar con ella, comentar la visita de sus hermanos, que para ella ha sido emocionante. De hecho, desde que se han ido, la mayoría de las noches se duerme pensando en ellos. Claro que apoyará a su hijo para que gobierne en su nombre, aunque ella también desea estar al tanto de algunos temas y no aislada como hasta ahora.

Le ha parecido muy hermoso que sus hijos quisieran honrar a su padre, el archiduque Felipe, celebrando un funeral por él.

Su hijo don Carlos pidió que el ataúd fuera colocado en un monumento que había mandado levantar en medio de la iglesia. En el momento del oficio, el féretro estaba custodiado por caballeros de la Orden del Toisón de Oro.

Los nobles flamencos del séquito de sus hijos, miembros de la nobleza castellana y representantes del pueblo de Tordesillas llenaron la iglesia del monasterio.

Al despedirse de su hijo, doña Juana le recordó que su padre quería reposar en Granada, al lado de sus suegros, los reyes doña Isabel y don Fernando.

Le agradó la respuesta de Carlos, quien le aseguró que de inmediato mandaría construir un mausoleo para don Felipe, en la Capilla Real de Granada, a donde todavía no habían llevado los restos de los reyes, que reposaban en el convento de San Francisco, en la misma ciudad de Granada.

Doña Juana también le dijo a su hijo que ella deseaba esperar la vida eterna en el mismo lugar.

«Mañana —piensa— hablaré con Catalina. Le contaré algunas cosas de sus hermanos».



Al quedarse solos el jefe de la casa y doña María de Ulloa, esta exclama:

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Tenemos que contarle la verdad —contesta Hernán Duque.

—Pero ¿os imagináis su reacción? —pregunta doña María.

—No. Tal vez lo entienda. Es por el bien de doña Catalina.

—Eso es indudable. Pero pienso que tendrían que habérselo dicho a ella.

—Entonces, ¿vos creéis que doña Juana se enfadará? —pregunta Hernán Duque.

—Por lo que la conozco enfadarse es poco. Entrará en una de sus crisis —asegura doña María.

—En ese caso tendríamos que intentar solucionarlo —opina Hernán Duque—. Pero no adelantemos acontecimientos. Dejémosla descansar esta noche, y mañana ya veremos qué pasa.

—Sobre las diez iré a decírselo —apunta doña María.

—Yo os acompañaré. Entre los dos podremos argumentar mejor.  
—Os lo agradezco, querido Hernán, va a ser muy duro para ella.



—¿Cómo que mi hija no está? ¿Cómo os atrevéis a darme esta noticia? ¡¿Quién se la ha llevado?!  
—Perdonad, señora, debéis tranquilizaros —le pide Hernán Duque—. La infanta doña Catalina se encuentra bien. Se la han llevado sus hermanos para que viva con ellos en la corte.  
—Pero ¿qué decís? Alguien la ha robado. No me creo que mis hijos puedan hacer tal cosa. ¿No se dan cuenta de que es lo que más quiero?  
—Señora —interviene doña María—, se la han llevado porque les ha dado pena ver las condiciones en que vive. Piensan que no debe seguir viviendo tan aislada.  
—¿Cómo? ¿Y de mí no se apiadan? No me creo nada de lo que me estáis diciendo. Mis hijos no pueden ser tan crueles conmigo. ¡Alguien ha robado a mi hija! —grita doña Juana—. No volveré a comer, ni a dormir hasta que me la devuelvan. ¡Fuera! Idos. No quiero ver a nadie hasta que no recupere a doña Catalina.  
Hernán Duque no puede apartar la mirada de la soberana, que, nerviosa, se mueve por la habitación.  
—¡¡¡Fuera!!! Quiero quedarme sola. Y pensar que sois las dos personas en las que más confianza tenía. Y que incluso llegué a creer que sentíais algún afecto por mí —exclama doña Juana enfurecida—. ¡¡¡Fuera!!!  
—Doña Juana, claro que os quiero, vos lo sabéis. Sois mi reina y siempre estaré a vuestro lado —dice doña María.  
—Pues demostrádmelo. Traedme a mi hija. ¿No os dais cuenta de que es lo único que me ayuda a vivir?  
Doña Juana, enfurecida, los echa de la habitación. La soberana vuelve a amenazar con el método utilizado otras veces.



Aquel día, ni doña María ni don Hernán Duque volvieron a pasar por los aposentos de la soberana, que permaneció en absoluto ayuno y sin acostarse. Tampoco la visitaron al día siguiente, en el que la reina siguió sin probar bocado.  
Doña María de Ulloa tuvo que ausentarse de Tordesillas por el empeoramiento de la salud de su marido.  
Hernán Duque lamenta su marcha porque para él doña María es un apoyo. No quiere escuchar a muchos de los sirvientes que le aconsejan obligar a la soberana a tomar alimentos. Él no utilizará la fuerza con doña Juana, jamás.  
Es la tercera jornada de huelga de hambre de doña Juana y el jefe de su casa decide visitarla.

En la antesala, una de las damas le comenta:

—He pasado a verla hace un momento y se encuentra muy debilitada. He conseguido que se sentara en un sillón. Ha pasado toda la noche tumbada en el suelo. ¿Queréis que la avise de vuestra llegada?

—No. Llamaré a la puerta.

Una voz apenas audible responde a su llamada:

—Os he dicho que no me molestéis. No deseo nada. Dejadme en paz.

—Señora, soy yo, Hernán Duque —dice mientras se acerca a doña Juana.

—Nada tenéis que hacer aquí. Sois un traidor más.

Hernán Duque siente una pena inmensa al ver el estado en que se encuentra la reina: pálida y con la mirada perdida.

—¿Ya habéis decidido hacerme comer a la fuerza? No me importan los castigos físicos. No me importa nada. Quiero a mi hija conmigo. Prefiero morir si no regresa —manifiesta la reina, con una voz a la que la debilidad le ha quitado la tonalidad.

—Señora, nunca daré una orden para que os maltraten. Aunque creo que deberíais tomar algún alimento. Quiero deciros que me voy a Valladolid. No sé si lo conseguiré, pero mi intención es regresar con doña Catalina.

Doña Juana dulcifica su mirada y, emocionada, dice:

—¿De verdad lo haréis?

—Estad segura, pero me gustaría que permitierais que doña Ana Cifuentes os hiciera un poco de compañía.

—No quiero verla, ella tenía que haberme avisado de que me robaban a la infanta.

—Ella no tiene ninguna culpa. Doña María y yo también nos enteramos y no os dijimos nada. Era una decisión de vuestro hijo que no podíamos discutir. Además, se la llevaron sin decirnos nada. Procuraron que nadie los viera.

—No quiero volver a oír que fueron mis hijos quienes se la llevaron. Y con vuestro silencio, ¿qué pretendíais? ¿Pensabais acaso que yo no me enteraría de su ausencia?

—No, señora. Simplemente retrasar el dolor.

—Está bien. Volved con ella, por favor —suplica doña Juana.

—Haré todo lo que esté en mi mano —asegura Hernán Duque, que, inclinándose respetuosamente ante doña Juana, se va.

Cuando Hernán Duque está a punto de cerrar la puerta, escucha la débil voz de la reina, que le dice:

—Puede venir doña Ana Cifuentes.

—Gracias, señora.



Hernán Duque se siente esperanzado. Saldrá de inmediato para Valladolid, pero antes pasará a ver a doña Ana Cifuentes, que goza de su total confianza. Quiere que vigile día y noche para que nadie haga daño a la reina en su ausencia.

—Podéis pasar por sus aposentos. La reina ha dado su conformidad.

—Tendré que pedirle perdón por no haberla avisado de la ausencia de la infanta —  
manifiesta doña Ana.

—Hacedlo. Le gustará.

—No sé si debo preguntar, pero ¿cómo pensáis convencer a los hijos de la reina para que devuelvan a su hermana a Tordesillas?

—Les diré que, en mi humilde opinión, entiendo que hayan sentido pena al ver las condiciones en las que está creciendo su hermana, pero que si no la dejan volver, su madre, la reina, está dispuesta a morir.

—Rezará para que lo consigáis —le dice doña Ana.

—Muchas gracias. Yo también lo haré —responde Hernán Duque.

—Gracias por confiar en mí. Podéis iros tranquilo, no os defraudaré —asegura la dama.



Doña Juana sabe que han sido sus hijos los que se han llevado a doña Catalina, aunque ante los demás lo niega. Lo niega porque le duele. No quiere reconocer delante de todos que a ella nadie la quiere. Ni una sola persona se preocupa por ella, ni por lo que le suceda. En vez de alejar a Catalina de su lado, lo que tenían que haber hecho era mejorar las condiciones de vida de las dos.

Su hijo don Carlos, en quien ella confía para que la libere del encierro, no parece muy dispuesto a ello.

¿Por qué siempre se ve obligada a adoptar situaciones límite? Es posible —piensa— que el problema esté en ella, agazapado en su interior. Aunque si repasa su vida, motivos no le han faltado para protestar, y como nunca contaba con nadie que la apoyara, se veía obligada a utilizar los medios de los que disponía, que se limitaban a ella misma, a su propio cuerpo.

La primera vez fue en Medina del Campo, cuando su madre no la dejaba regresar a Flandes. Pero, como la reina doña Isabel la quería, al final cedió.

Después, en los encierros a los que la sometía su marido para castigarla por las situaciones creadas a causa de los celos, sus huelgas de hambre no habían sido eficaces y sí poco duraderas, porque don Felipe, su esposo, sabía hacerse perdonar con mucha habilidad.

Después Benavente; ahí fue donde su protesta no sirvió de nada.

¡¡¡Mi padre!!! Mi padre se fue sin preocuparse de lo que me podría haber pasado. Mi padre, el mismo que aquí me encerró, enterrándome en vida. A los muertos ya no se les comunica nada, por ello, el gran rey don Fernando, ordenó que nadie me comunicara que había fallecido. Y ahora, cuando el único consuelo que tengo es ver a mi hija Catalina, se la llevan mis propios hijos.

Al final, Hernán Duque no la había decepcionado. Sabe que cualquier otro la hubiera obligado a comer y Catalina no volvería a su lado.

Espera que el jefe de su casa haga reflexionar a sus hijos, pero aunque fracase en su gestión, siempre le estará agradecida por lo que hace por mejorar su vida. La reina está convencida de que don Hernán Duque es un buen hombre, de alma sensible, que nunca se olvida de los demás.

Doña Juana se siente un poco mareada. ¿Cuánto podrá vivir una persona sin comer? Intenta ponerse en pie, pero no puede. Quiere acercarse a la mesa para tomar un poco de agua. No ha bebido nada en estos tres días. Cuando cree que ya lo ha conseguido, un mareo le hace perder el equilibrio y cae al suelo.

Negros nubarrones  
*Tordesillas, febrero de 1518*

—**M**adre, ya han llegado las cigüeñas. Me ha llevado doña Ana a ver las del campanario de la iglesia —le cuenta doña Catalina a su madre, que sentada al tibio sol en el corredor del palacio parece dormitar.

—Me alegro mucho de que ya estén aquí, porque su presencia significa que pronto comenzará el buen tiempo —dice doña Juana.

—¿Será verdad que las cigüeñas vuelven al mismo lugar en el que anidaron el año anterior?

—Es posible —contesta doña Juana, que, tomando las manos de su hija, le dice—: ¿Sabes Catalina? Cuando yo era niña, de tu edad aproximadamente, y vivíamos en Alcalá de Henares, mi hermana pequeña, María, y yo solíamos acercarnos casi todas las tardes a ver los nidos de las cigüeñas. A María le gustaban mucho y me obligaba a que les dejáramos comida para que no se fueran en el invierno. Nunca he visto cigüeñas más blancas y esbeltas que las de Alcalá de Henares.

—Qué bonito. ¿Conseguíais que se quedaran? —quiere saber la infanta.

—No, con gran desilusión para María, porque además de la escasez de comida, lo que hace emigrar a la cigüeña es el tiempo.

—¿A dónde se van?

—Creo que a las zonas de desierto, en África.

—Madre, ¿vuestra hermana María vive?

—Sí. Es reina en Portugal. Se casó con el rey Manuel I, que se había quedado viudo de nuestra hermana Isabel.

La incomunicación de doña Juana con el mundo es casi total. La soberana castellana no sabe, porque nadie se lo ha dicho, que su hermana doña María, reina de Portugal, ha fallecido hace menos de un año como consecuencia de su último parto en el que daba a luz a su décimo hijo.

Pronto se enterará del fallecimiento de su hermana. Pero lo que no puede sospechar ella, ni por supuesto la infanta, es el protagonismo que en sus vidas adquirirán algunos de los príncipes portugueses, hijos de doña María.

—Madre, ¿os apetece que un día vayamos juntas a ver las cigüeñas?

—Se lo comentaré a don Hernán Duque, igual él conoce algún lugar donde se reúna un mayor número de ellas.

—Sí, qué bien. Se lo diré a doña Ana para que nos acompañe.

Con el regreso de la infanta doña Catalina, la paz y la tranquilidad han retornado a palacio. Doña Juana no tardó mucho en reponerse. Su naturaleza es de una fortaleza evidente, claro que no es muy mayor. A finales de aquel año cumplirá los treinta y nueve.

A Hernán Duque no le había costado mucho convencer a los hijos de doña Juana de la conveniencia de que la infanta regresara al lado de la reina, su madre. Al decirles que podía enfermar al negarse a tomar alimento, decidieron ceder, pero pidiendo que a la infanta se le diera un trato especial. Bien es verdad que en cuanto doña Catalina conoció la reacción de su madre, manifestó sus deseos de volver a Tordesillas.

—Madre, ¿os animaréis esta tarde a tocar el clavicordio?

—No lo sé. Me siento cansada. Acompáñame a mis aposentos. Descansaré un poco.



Desde que ha vuelto de Valladolid, Hernán Duque está preocupado. La situación política le parece complicada y presiente que todo puede empeorar. No le sorprende el malestar de muchos nobles y también que en las clases populares se deje notar cierto descontento.

Solo hace cuatro meses que don Carlos ha llegado a Castilla y los flamencos ocupan todos los cargos importantes del reino. El más destacado, el nombramiento del cardenal Guillermo de Croy, sobrino del señor de Chièvres, como arzobispo de Toledo, en sustitución del fallecido cardenal Cisneros. Nombramiento escandaloso por varias razones: es extranjero, nunca ha estado en Castilla, ha sido nombrado cardenal en el último momento para que pueda ocupar el cargo y además no tiene la edad reglamentaria para desempeñarlo; solo cuenta diecisiete años. Y para colmo, las rentas le son enviadas al extranjero. Don Hernán Duque entiende muy bien que los toledanos, conscientes de que el suyo es el arzobispado más rico, protesten insistentemente por esta situación.

Hernán Duque no habla con nadie de estos temas, solo con la ya condesa viuda de Salinas. Hace casi un mes que el marido de doña María de Ulloa, el conde de Salinas, falleció.

Únicamente a ella se atrevería a contarle lo que piensa y lo mucho que le desagrada la postura de don Carlos, que fue reconocido como rey, junto con su madre la reina doña Juana, por las Cortes reunidas en Valladolid, y que a pesar de haberse comprometido a cumplir las peticiones hechas por los representantes de las dieciocho ciudades allí reunidas, se apresuró a incumplir muchas de ellas. Por ejemplo, don Carlos prometió no conceder más cargos a extranjeros y reservar las funciones públicas para los castellanos. Y así lo hizo. Cumplió lo acordado; ni un solo empleo importante para los extranjeros. Todos los flamencos se nacionalizaban el día anterior al que iban a ser nombrados.

Una de las promesas que todavía no ha incumplido, pero que Hernán Duque está seguro de que lo hará, es la referida a su hermano el infante don Fernando. Las Cortes le pidieron a don Carlos que mientras no se casase y no tuviese descendencia, su hermano seguiría en Castilla. Él aseguró que así sería.

No, no quiere ser pesimista, pero no le gusta nada la situación por la que atraviesa Castilla.

Una llamada en la puerta le produce un pequeño sobresalto. ¿Quién puede ser a esta hora cuando todos en palacio descansan después de la comida?

—Entrad —dice levantando la voz.

Hernán Duque se relaja cuando ve que es doña Ana Cifuentes la que viene a verle.

—Buenas tardes, sé que no es buena hora. Pero recuerdo que una vez os escuché decir que casi nunca descansabais después de la comida y por eso me he atrevido a acercarme para hablar con vos —aclara doña Ana—. ¿Molesto? Puedo venir en otro momento.

—No me molestáis en absoluto y es verdad que casi nunca me tumbo a reposar la comida. Y compruebo que vos tampoco lo hacéis, ¿me equivoco?

—No os equivocáis. A mí me gusta moverme.

—Sentaos, por favor —le ofrece Hernán Duque.

—Gracias. Veréis, vengo a contaros que estoy preocupada por la reina. A pesar de la alegría que le supuso el regreso de doña Catalina, me parece que no es la misma —dice doña Ana.

—¿Qué es lo que notáis? —le pregunta Hernán Duque.

—En cierta forma es como si quisiese quedarse sola todo el tiempo. Me da la sensación de que está como ausente.

—¿Come, se alimenta bien? —quiere saber Hernán Duque.

—Sí. Le he preguntado a una de las damas y me han dicho que sí. La verdad es que desde el susto que me llevé cuando la encontramos en el suelo, estoy con un poco de miedo a que le pase algo —confiesa doña Ana.

—Tranquilizaos, doña Ana. Habéis hecho bien contándome vuestra preocupación. Yo creo que no le sucede nada. Tal vez no haya asimilado del todo el disgusto que le dieron sus hijos al llevarse a doña Catalina.

—A mí me da pena de ella. Doña Catalina ha vuelto con vestidos nuevos, regalo de sus hermanos, y para con su madre, que es la reina, no han tenido ningún detalle. Perdonad si he hablado más de la cuenta, pero sé que con vos puedo hacerlo —se desahoga doña Ana.

—No os preocupéis. Os entiendo muy bien. En cuanto a su salud, la seguiremos observando. El doctor la suele ver con frecuencia y no me ha dicho nada. Por cierto, doña Ana, ¿no os habéis vuelto a reunir para recitar poemas y contar historias? —se interesa don Hernán Duque.

—No. Ni una sola tarde ha querido. Siempre nos dice que está cansada. Esta misma mañana, doña Catalina le ha preguntado si le apetecería que nos reuniéramos. De momento no ha dicho que no.

—No perdáis la confianza. Igual en cualquier momento os sorprende —la anima Hernán Duque.

—Muchas gracias por recibirme, don Hernán, me voy mucho más tranquila. Quería preguntaros, ¿sabéis algo de doña María de Ulloa? Tengo tantas ganas de verla después de lo de su esposo.

—Hace unos días he recibido noticias tuyas, contestándome al pésame que le había enviado por el fallecimiento del conde de Salinas. Me dice que vendrá a pasar con nosotros quince días. Yo creo que tiene que estar a punto de llegar.

—No sabéis qué alegría me dais. Ya sabéis que doña María es mi ángel protector; si no fuera por ella, sabe Dios dónde estaría yo ahora —dice emocionada doña Ana Cifuentes.

—Sí que lo sé. Yo creo que la visita de doña María de Ulloa nos vendrá bien a todos y en especial a la reina.



Doña Juana ha conseguido relajarse. No sabe cuánto tiempo habrá dormido, no mucho, porque aún luce el sol, pero se siente mucho mejor. Ya no está tan cansada, aunque de buena gana seguiría tumbada. A veces, no pensar y quedarse quieta, muy quieta, es un auténtico placer. Lo que le apetece de verdad es permanecer en su cuarto tranquila y sin que nadie la moleste. Su hija, doña Catalina, ha insistido tanto para que se reúnan por la tarde. Sabe que la música la ayudará a salir de esta especie de postración que se ha adueñado de ella. Dios mío, la música, las preciosas canciones de Juan del Encina.

*Más vale trocar  
placer por dolores  
que estar sin amores*

...  
*Es vida perdida  
vivir sin amar  
y más es que vida  
saberla emplear,  
mejor es penar  
sufriendo dolores  
que estar sin amores.*

Qué recuerdos me trae esta canción. Aquellas tardes felices en las que mis hermanas pequeñas y yo cantábamos con nuestro profesor de música. Qué orgullosa se sentía nuestra madre al comprobar cómo avanzábamos en nuestros estudios. A mí el clavicordio se me daba bien, pero lo que mejor hacía era bailar.

*Mejor es penar  
sufriendo dolores  
que estar sin amores.*

Qué lejos estaba yo entonces de entender el significado de esta letra. Y qué de acuerdo estoy con ella. He sufrido terribles celos por amor. He sufrido mucho. ¿Y lo feliz que he sido? Siempre volvería a su lado en Flandes. Siempre al lado de mi esposo. ¡Ay!, aún puedo ver su amado rostro mirándome embelesado cuando bailaba para él. Nos entendíamos bien, fuimos muy felices durante un tiempo. Nos amábamos con pasión. Luego aparecieron los problemas, y aun con ellos seguimos amándonos con pasión. Pero llegó un momento en el que los celos no me dejaban vivir. Tal vez si hubiese sabido fingir, pero era imposible. Me ardía la sangre ante sus infidelidades y no podía soportarlo. Aunque después, cuando él intentaba volver a mí, le perdonaba recibéndole emocionada. Todos mis hijos son fruto del amor.

No, mi vida no ha sido «vida perdida», como dice Juan del Encina. Solo por el tiempo pasado al lado de mi señor don Felipe merece la pena haber vivido. Catalina es el último fruto de mi amor. Es la persona a la que más quiero en el mundo. Es dulce y buena. Su padre no vivió lo suficiente para conocerla. Le habría gustado, se parece mucho a él. Y pensar que mis propios hijos, sus hermanos, quisieron separarla de mí. Yo sé que un día tendrá que irse. Su hermano y su abuelo Maximiliano, que creo aún vive, se ocuparán de ella para buscarle un marido que a ellos les interese para solucionar algún problema o cerrar alguna negociación. Esa es nuestra misión,

estar siempre al servicio de la monarquía. Creo que mandaré a buscar a la infanta. Nos vendrá bien a las dos, pasaremos la tarde juntas.

Algo se rompe para siempre  
*Tordesillas, un mes más tarde*

Las últimas fechas del mes de febrero, sin duda, fueron días felices para doña Juana y todos los que la querían. La reina había recuperado sus ganas de vivir. Tardes musicales con su hija y con la dama doña Ana Cifuentes. Paseos a caballo con el jefe de su casa, don Hernán Duque, y lectura al tibio sol en el patio o el corredor de palacio.

—Doña Juana, dejadme que lo admire una vez más —pide doña María de Ulloa—. Jamás he visto nada más precioso.

La condesa viuda de Salinas se refiere al *Libro de las Horas* que la soberana está leyendo. En verdad aquel pequeño libro es una joya valiosísima. Realizado en pergamino, oro purísimo y piedras preciosas, cuenta con iluminaciones del pintor Rogier van der Weyden y de otros artistas del momento.

Era frecuente, desde hacía un tiempo, que en las familias de la nobleza algunos de sus miembros tuviesen siempre a su disposición un libro de horas que utilizaban para sus rezos privados. Muchos de estos libros estaban personalizados, y en ellos, además de las orlas artísticamente dibujadas con motivos animales y florales; de los salmos, antífonas, himnos y de las imágenes propias del Nuevo o Antiguo Testamento, aparecían hermosas escenificaciones de la vida personal de su dueña o dueño.

—Os lo regalaron por vuestro matrimonio, ¿verdad? —pregunta doña María de Ulloa.

—Sí, fue uno de los muchos obsequios con los que la corte de Borgoña quiso honrarme por mi boda con el archiduque. Creo que de todos los regalos es el más querido para mí. Desde entonces no me he separado de él —asegura doña Juana.

—Es precioso, nunca me canso de mirarlo. Me gusta mucho la escenificación de la Última Cena. Nunca olvidaré que la primera vez que vi esta imagen creí que el artista se había equivocado, pues solo contaba once personas a la mesa, más Jesús. Pero vos me dijisteis: «Fijaos bien», y en efecto, no me había percatado de que el apóstol san Juan tiene reclinada su cabeza sobre el Maestro —recuerda doña María.

—Todas las representaciones son preciosas. También el libro de horas de mi madre es muy hermoso —comenta doña Juana, que añade—: ¿Dónde se encontrará? Le pregunté por él a mi padre y nunca supo contestarme. Me gustaría mucho tenerlo conmigo.

—Siempre pensé que lo guardabais vos —apunta doña María.

—Sí, sería lo lógico. Pero, doña María, hablemos de vos: ¿lo estáis pasando muy mal con la desaparición de vuestro esposo? —se interesa doña Juana.

—Sí. Siempre duele la ausencia de un ser querido. Además, Diego y yo llevábamos muchos años de casados. Y es muy difícil asumir su desaparición, pero ya sabéis que, desde hace tiempo, la enfermedad lo acosaba sin piedad y era muy doloroso ver cómo se iba deteriorando.

—¿Era mayor que vos?

—Sí. Casi hubiera podido ser mi padre. Pero esa diferencia no fue inconveniente para que nos lleváramos bien.

—He oído decir que a veces es más fácil la convivencia con esposos mayores —comenta doña Juana.

—Señora, no sé si debo decíroslo porque es una triste noticia, pero vuestra hermana doña María ha fallecido.

—¡María! Dios mío, ¿cuándo murió?

—Creo que en el pasado mes de marzo.

—¡Casi un año y nadie me lo ha dicho! —se lamenta doña Juana.

—Yo tampoco lo sabía. Me he enterado hace unos días, al llegarme noticias de que vuestra hija, la princesa doña Leonor, se casará con el rey Manuel de Portugal, viudo de vuestra hermana —le cuenta doña María de Ulloa.

—Pobre hija mía. La casan con un hombre que tiene treinta años más que ella y que es viudo de sus dos tías. ¡Ay!, doña María, qué difícil resulta a veces cumplir con lo que se espera de nosotras. Si no os importa, me voy a mi cuarto. Rezaré por mi hermana y también pediré a Dios por Leonor para que le dé fuerza. De verdad, doña María, no entiendo los deseos del rey de Portugal de contraer nuevo matrimonio. ¿Cuántos hijos le dio mi hermana doña María?

—Diez. ¿Queréis que os acompañe, doña Juana?

—No, gracias. Necesito estar sola. Diez hijos, y seguro que desea tener más... —dice doña Juana mientras se aleja.



Doña María se queda sola en el patio. Ha llegado a Tordesillas la noche pasada. Todavía no ha podido saludar a Hernán Duque. Le comentaron que se encontraba fuera de palacio y que volvería tarde. Está muy preocupada por los rumores que le han llegado. De ser ciertos, el disgusto puede ser inmenso. Dios quiera que no sean verdad. «Guardaré silencio total —se dice—, es mejor ser positiva. No sirve de nada adelantar preocupaciones».

—Doña María, ¿cómo os encontráis? Creía que estabais con doña Juana —saluda Hernán Duque mientras se acerca.

—Así era, pero se ha ido hace un momento. Le he dado unas noticias que la entristecieron.

—Ya me imagino. Le ha hablado de la boda de su hija. Y ello le ha obligado a darle la noticia de la muerte de su hermana. Lo sé desde hace días y no me he atrevido a contárselo —confiesa Hernán Duque.

—Alguien tenía que hacerlo. No se la puede mantener al margen de todo —asegura doña María.

—Estamos de acuerdo, aunque tendría que ser su hijo quien le comunicase el matrimonio de doña Leonor, teniendo en cuenta, además, que han estado aquí hace cuatro meses —apunta Hernán Duque.

—Creo que ya lo hemos hablado en otra ocasión, pero ¿me equivoco si creo que no confiáis demasiado en las mejoras que don Carlos pueda introducir en la casa de su madre, la reina? —le plantea directamente doña María.

—Desgraciadamente, no os equivocáis. Todo lo que está pasando hace crecer mi pesimismo —manifiesta Hernán Duque.

—Querido Hernán, ¿estáis al tanto del comportamiento de los flamencos que han venido con el rey don Carlos?

—Algo me han dicho sobre su desmedida usura. El nuevo gobierno, dicen, no deja de subir los impuestos —apunta Hernán Duque.

—Hay un dicho —cuenta doña María—, que ya recorre nuestra geografía, que dice:

*Sálveos Dios, ducado de a dos,  
que monsieur Chièvres, no topó con vos.*

—Nuestro ingenio es rápido y agudo —opina riéndose Hernán Duque.

—No solo son los impuestos —matiza doña María—. Las medidas proteccionistas que había implantado el rey don Fernando en un intento de favorecer la industria textil castellana no están siendo respetadas por el nuevo gobierno.

—Ya me imagino la razón —apunta Hernán Duque—: Los intereses de Castilla entran en colisión con los de los Países Bajos.

—Así es, nuestro rey don Carlos tiene el corazón más en la corte de Borgoña que aquí. La mejor lana se envía a Flandes, favoreciendo la actividad industrial de los flamencos. La exportación ha vuelto a beneficiar a los grandes monopolios en detrimento de los pequeños productores castellanos —aclara doña María.

—Qué pena. Pues eso puede tener consecuencias.

—Ya se han dejado notar —asegura doña María—: En Toledo se han cerrado más del cincuenta por ciento de los telares existentes en 1510.

—Y me imagino que esto afectará también a otras ciudades.

—No lo dudéis.

—Pero ¿no hay nadie que conozca Castilla y nuestras leyes para que informe a don Carlos? —pregunta Hernán Duque.

—Muchos. Aunque el monarca solo atiende los consejos de su gente, del equipo que le acompaña. La ambición del señor de Chièvres es manifiesta. Sin embargo, Adriano de Utrecht me parece persona mucho más moderada en todos los sentidos —opina doña María.

—Estoy de acuerdo. Hay que ver de qué forma tan eficaz y callada consiguió que el rey don Fernando cambiara el testamento —dice Hernán Duque.

—¿Estáis realmente seguro de que fue así? —quiere saber doña María.

—No fui testigo de ello. Aunque me consta que el testamento fue cambiado en el último momento. Y que hasta Madrigalejo viajó Adriano de Utrecht. De todos era conocido el cariño que el rey don Fernando profesaba al nieto que lleva su nombre, al que había educado a su gusto. Debemos tener en cuenta que el infante don Fernando ha nacido en Castilla y conoce muy bien esta tierra por ser la suya. Y ya sabéis que el joven infante es muy querido por los castellanos. Me consta, por alguien que lo vio, que en el primer testamento figuraba el infante don Fernando como gobernador de los reinos.

—¿Y le convenció Adriano de Utrecht para que lo cambiara? —le interrumpe doña María.

—Según me han comentado, en su visita al rey moribundo, Utrecht, de muy buenos modos, le hizo reflexionar. Al final, el rey don Fernando se decantó por la legalidad, y esta señala al primogénito de doña Juana, el príncipe don Carlos.

—De no haber cambiado el testamento, el problema originado hubiera sido gravísimo —apunta doña María.

—Sí, en mi humilde opinión, el rey don Fernando hizo lo correcto —dice Hernán Duque, que añade—: Doña María, no pensaba contárselo, pero tenemos confianza y seguro que el desahogarme me hace bien. Estoy preocupado. En los últimos días han llegado algunas personas para trabajar en el palacio que yo no he contratado y que aseguran obedecer órdenes del poderoso Chièvres. A pesar de la extrañeza que esto me produce, lo que me inquieta es que todas son personas que han trabajado con mosén Ferrer, el primer jefe de la casa de doña Juana.

Doña María intenta disimular, pero lo que le cuenta don Hernán encaja muy bien con los rumores que a ella le han llegado. Sin embargo, se limita a decir:

—¿Seguro que ya trabajaron aquí?

—Tan seguro, doña María, como que yo despedí a alguno de ellos. En cuanto pueda, haré gestiones. No debo tolerar que se entrometan en mi trabajo.

No pueden seguir hablando ante la llegada de doña Juana, la infanta doña Catalina y la dama doña Ana Cifuentes, que, muy sonrientes, vienen a buscarlos.

—He pensado que como doña María acaba de llegar, estaría muy bien, para demostrarle nuestro afecto, que comiéramos todos juntos. Y por la tarde nosotros —dice refiriéndose a doña María y al jefe de su casa— saldremos a pasear. Necesito distraerme —manifiesta doña Juana.

—Madre, ¿cuándo puedo yo empezar a montar a caballo? —pregunta la infanta Catalina.

—Pronto. Don Hernán, tenemos que hacernos con un caballo dócil y manso para que la infanta vaya practicando. ¿Sabíais que ha muerto mi hermana la reina de Portugal y que mi hija, la princesa doña Leonor, se casa con el rey viudo?

—Sí, me he enterado hace unos días, pero no me he atrevido a contároslo —responde Hernán Duque.

—En realidad, no erais vos quien debía mantenerme informada. No os preocupéis. Estoy muy acostumbrada a no enterarme de nada. Ahora vayamos a comer —pide doña Juana.



La tarde es espléndida. El sol ilumina un cielo azul sin una sola nube. La temperatura, para ser marzo, es muy agradable y el recorrido que han hecho en el paseo, una delicia.

A pesar de ello, doña María no consigue alejar de su mente los rumores que la torturan. ¿Y si este fuese el último paseo juntos?

«En el fondo doña Juana es muy fuerte —piensa—, si sucede lo que sospecho, tendrá que asumirlo».

¿Intuirá algo Hernán Duque? Doña María no sabe si es su obsesión por lo que pueda pasar lo que le hace ver comportamientos que considera extraños y en los que, probablemente, en otros momentos ni se fijaría. Por ejemplo, el hecho de que esta tarde don Hernán las haya obsequiado con un ramillete de flores silvestres la lleva a pensar en mil cosas.

Nada más entrar en palacio, uno de los criados sale a su encuentro para decirles que ha llegado una persona de la corte que desea hacerles entrega de unos correos.

—Hacedle pasar al salón. Allí le recibiremos —dice doña Juana.

Doña María hace intención de irse a sus aposentos, pero doña Juana se lo impide:

—No os vayáis, doña María, quedaos con nosotros para conocer las buenas noticias —sonríe la reina.

Eran dos mensajes, uno para doña Juana y otro para Hernán Duque.

—Leed vos mismo el mío —pide la reina.

—«Escuchado el Consejo Real, y para darle la dignidad que le corresponde, he decidido nombrar como gobernador de la casa de su majestad, la reina doña Juana, y también de la localidad de Tordesillas, a don Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y conde de Lerma».

En la voz de Hernán Duque no se percibe ningún tipo de emoción. Doña María, asustada, mira a la soberana esperando una reacción violenta, pero doña Juana, muy sonriente, dice:

—Menos mal que mi hijo don Carlos parece dispuesto a reconsiderar las condiciones en las que vivo. Nos vendrá bien un grande de la nobleza. Pero Hernán, leed vuestro mensaje —pide doña Juana.

Doña María no puede entender la reacción de la soberana. No se ha percatado de que ese nombramiento lleva parejo un cese. Los rumores eran ciertos, y lo tan temido ha sucedido. Doña María sabe muy bien lo que va a leer don Hernán Duque. También él es consciente de que su trabajo al lado de la soberana ha llegado a su fin. Con voz serena, don Hernán lee:

—«Desde este mismo momento ceso en sus funciones como jefe de la casa de la reina doña Juana a don Hernán Duque de Estrada, al que quiero hacer llegar mi agradecimiento personal por el trabajo desempeñado y concederle una indemnización de doscientos mil maravedís al año».

—Don Hernán, eso que habéis leído no querrá decir que os tenéis que ir, ¿verdad? —pregunta preocupada doña Juana.

—Pues sí, señora. Mi tiempo a vuestro lado ha llegado a su fin —contesta de forma cariñosa don Hernán Duque.

—¡¡¡Nooooooo!!! —grita la soberana—. No podéis iros. Doña María, tenéis que ayudarme.

—Sabéis que estoy dispuesta a hacer lo que me digáis, pero en este tema poco puedo hacer.

—Prefiero morir antes que volver a la situación en la que antes vivía —confiesa doña Juana.

—No penséis en eso, señora —le pide Hernán Duque—. Si vuestro hijo don Carlos ha elegido al marqués de Denia, por algo será. Seguro que muy pronto os dais cuenta de que ha sido un acierto.

—No me vais a convencer, yo quiero que vos sigáis a mi lado —dice la reina a punto de llorar.

—Señora, tranquilizaos —pide doña María—. ¿Queréis que cenemos juntos?

—No. Me voy a mi cuarto, aunque no creo que consiga dormir —confiesa doña Juana.

Doña María y don Hernán Duque se quedan mirando a la soberana mientras se aleja.

—Estoy casi segura de que nuestra señora entrará en crisis —opina doña María.

—¿Y qué podemos hacer?

—Nada.

—Creo que tampoco yo dormiré esta noche —dice Hernán Duque—. Buenas noches, doña María.

—Buenas noches.

## Triste primavera

### *Tordesillas*

—Me cuesta mucho irme. Hace ahora un año que llegué a Tordesillas y tengo la sensación de que he vivido aquí casi toda mi vida —dice Hernán Duque.

—Han sido días intensos. Yo también tengo la impresión de que os conozco desde siempre, y nos vimos aquí por primera vez hace menos de un año —comenta doña María de Ulloa, que le pregunta—: ¿Os vais esta tarde?

—No. Mañana muy temprano. Ya ha llegado el nuevo jefe y yo aquí estoy de más.

—¿Habéis hablado con la reina? —le pregunta doña María.

—No ha querido verme —contesta don Hernán Duque.

—He estado con ella hace unos momentos y he sido muy sincera, le he dicho que no va a conseguir nada negándose a comer y permaneciendo aislada de todo. El nuevo jefe de su casa todavía no se ha molestado ni en pasar a verla —asegura doña María de Ulloa.

—¿Vos ya conocíais al marqués de Denia? —se interesa Hernán Duque.

—Lo he visto en un par de ocasiones. Y no sé nada de él. Lo único que conozco del marqués es su postura de apoyo incondicional al rey don Fernando. Don Bernardo de Sandoval y Rojas fue de los pocos nobles que tomaron partido por el rey don Fernando y no por el archiduque don Felipe el Hermoso. Su devoción por el monarca aragonés era tal que estuvo en Madrigalejo acompañándole en sus últimos momentos. Y luego escoltó el cuerpo del rey hasta Granada.

—Doña María, si esto es así, ¿cómo os explicáis su excelente relación con don Carlos? —quiere saber don Hernán Duque.

—Me han contado que nada más fallecer don Fernando, el marqués de Denia envió cartas y mensajeros para ponerse inmediatamente al servicio de don Carlos. De hecho, don Carlos muy pronto le encomendó la misión de estar cerca del infante don Fernando y del cardenal Jiménez de Cisneros.

—¿Es verdad que su esposa, la marquesa de Denia, era pariente del rey don Fernando? —quiere saber Hernán Duque.

—Sí, doña Francisca Enríquez era prima hermana del rey.

—La he saludado esta mañana —dice Hernán— y tengo la sensación de que ella influirá en el gobierno de esta casa.

—No os quepa duda. Si os soy sincera, temo que mis estancias aquí en Tordesillas no sean del agrado de los marqueses —sospecha doña María de Ulloa.

—Pues sería muy triste para doña Juana. ¿Y qué pasará con la dama doña Ana Cifuentes? —se interesa Hernán Duque.

—Yo creo que de momento seguirá. Ya hemos hablado las dos. Doña Ana es muy lista. Le he recomendado que no se pronuncie nunca a favor de la reina. Que siga la corriente que imponga el jefe de la casa. Es la única forma de poder ayudar a doña Juana.

—Estamos dando por hecho que la situación de la soberana empeorará y tal vez sea errónea nuestra sensación —apunta Hernán Duque.

—Dios quiera que nos equivoquemos —responde doña María—. Y vos, Hernán, ¿a dónde os vais?

—Voy a intentar, con la ayuda de Dios, ingresar en el convento.

—Me gustaría que siguiéramos manteniendo contacto —manifiesta doña María.

—Por supuesto. Cuando conozca mi destino, os haré llegar una nota con mi dirección — promete Hernán Duque.

—¿Intentaréis de nuevo hablar con la reina? —se interesa Doña María.

—Ahora mismo pensaba acercarme a sus aposentos. No me gustaría irme de Tordesillas sin despedirme de ella.

—Que la suerte os acompañe.

—Muchas gracias, doña María.



Hernán Duque está atravesando por el patio en el que solía sentarse a leer, lo recorre despacio con mirada emocionada... Ha sido una buena experiencia. Se siente satisfecho de su trabajo al lado de la reina. Cree que la ha ayudado y le produce un gran dolor el pensar que puedan volver a aplicarle el mismo sistema de vida al que la tenían sometida antes de su llegada. Pero él nada puede hacer. Le profesa a la reina un respetuoso y sincero cariño. Cree que es una persona que se siente muy desgraciada, especialmente por la falta de afecto que la rodea, en un círculo en el que la vida se vuelve cada vez más triste. Si él pudiera escribirle, aunque solo fuera para que la reina supiera que alguien se acuerda de ella, pero resulta imposible. Aunque tal vez a través de la dama doña Ana Cifuentes sí pueda mantener alguna vía de comunicación. Tendrá que comentárselo a doña María antes de irse. Piensa que sería interesante que se reunieran ellos tres, que son los únicos que desean, de verdad, lo mejor para la reina.

Al abandonar el patio y como si doña Ana Cifuentes penetrara en sus pensamientos, se encuentra con ella, que le dice:

—Don Hernán, iba en vuestra busca. La reina quiere veros.

—Qué alegría me dais. Iba para sus aposentos. Y además quería deciros que esta tarde, antes de que me vaya, tenemos que reunirnos doña María de Ulloa, vos y yo.

—Muy bien. Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que queráis —contesta doña Ana Cifuentes.



Hernán Duque lleva más de media hora aguardando para pasar a los aposentos de la reina. Es la primera vez que doña Juana le hace esperar. Por fin una de las damas le dice que puede entrar.

Doña Juana se encuentra de espaldas mirando por la ventana. Al escuchar el ruido de la puerta se vuelve.

—Sentémonos aquí —dice la reina indicando unas sillas cercanas—. Doña María me ha convencido: he dejado mi huelga de hambre. Ella tiene razón, nadie me hará caso y vos de todas formas os iréis. Aunque, en realidad, lo que me ha movido a cambiar mi actitud ha sido, mi querido don Hernán, el no causaros un disgusto. No puedo consentir que vos, que tanto me habéis ayudado, os vayáis triste por no haber podido despediros de mí, y dejándome, además, en una complicada situación. Por ello he tomado alimento esta mañana. He pedido que me arreglen para recibirlos. Y he mandado que os llamen. No quiero que la última imagen que os llevéis de mí sea la de una mujer desesperada.

—Pero, señora... —dice Hernán Duque.

—No me interrumpáis, por favor —le pide doña Juana—. Sí, esta será la última imagen, porque no creo que volvamos a vernos. Yo no saldré de aquí. Y vos, según me ha dicho doña María, os vais a consagrar a Dios. Al parecer tenéis intención de ingresar como fraile franciscano. Y esa es también, para mí, una razón poderosa para que pueda asumir mejor vuestra ausencia. Siempre os estaré agradecida por vuestra labor al frente de mi casa, y porque me salvasteis la vida rescatándome del río. Es una pena que no podáis seguir a mi lado.

—Señora, no sabéis cómo os agradezco que hayáis tenido a bien despediros de mí. Es un consuelo que me acompañará todos los días de mi vida. He procurado serviros con lealtad, intentando conseguir siempre lo mejor para vuestra majestad. Es verdad que me voy al convento. No es una vocación nueva que me haya surgido de repente. Cuando el cardenal Cisneros decidió enviarme aquí, yo ya me encontraba en el convento y no deseaba venir. Pero ante su insistencia, diciéndome que eso era lo que Dios quería de mí, acepté venir. Y doy gracias a Dios por el servicio que he podido prestaros y por haberos conocido, doña Juana.

—Siempre he considerado que vuestra presencia en esta casa era un regalo, y ahora al escucharos estoy convencida de ello. Eso es lo que habéis sido para mi hija y para mí, un regalo de Dios. Rezad por mí, don Hernán. Me gustaría tener noticias vuestras, aunque fuera muy de tarde en tarde —sugiere doña Juana.

—Lo intentaré. Espero contar con el apoyo de doña María y de doña Ana —le descubre Hernán.

—Ellas son las únicas en las que confío —contesta doña Juana.

—Os quieren bien.

—Don Hernán, en confianza, ¿qué os parece el marqués de Denia? —le pregunta la reina.

—Es persona de probada fidelidad a los valores monárquicos y fiel colaborador y servidor de vuestro hijo don Carlos. Poco más podría decir de él. Solo he hablado con él esta mañana para hacerle entrega de la documentación de la casa.

—Aún no ha pasado a saludarme. En cuanto le vea le diré que quiero una entrevista con don Fadrique Enríquez. Quien sí ha venido esta mañana es la marquesa, pero no la he recibido. No pienso hacerlo hasta que no me cumplimente su marido —asegura doña Juana.

Hernán Duque no dice nada, pero está convencido de que las relaciones de doña Juana con la marquesa nunca serán buenas. No llega a este convencimiento por lo que le acaba de comentar la reina, sino por la impresión que él había recibido al saludar a doña Francisca Enríquez.

Doña Juana se ha levantado y camina hacia la ventana.

—Acercaos —le pide—. No veo el río desde aquí, pero sí árboles, campo, luz..., y todo gracias a vos, que nada más llegar decidisteis cambiar mis aposentos. Espero que al marqués de

Denia no se le ocurra mandarme a otro lugar. ¿Y si lo hiciera? ¿Cuál debería ser mi reacción? Rezad mucho por mí —pide doña Juana.

—Lo haré, pero no os imaginéis situaciones que seguro no se van a producir —la consuela don Hernán Duque.

Doña Juana toma un pañuelo cuidadosamente doblado que está colocado sobre la mesa y acercándose a don Hernán le dice:

—La primera vez que nos vimos os agredí en la mejilla. Nunca os he pedido disculpas. Ahora lo hago. Y quiero que guardéis, como recuerdo mío, este pañuelo con el que tenía que haberos limpiado la herida.

—Por favor, doña Juana, no tenéis que disculparos por nada. No sé si debo aceptar. Es precioso. Nunca había visto un pañuelo igual —dice emocionado don Hernán.

—Sí, es bonito. Me lo regalaron en Brujas. Dicen que allí se hacen los mejores encajes de Flandes. Tengo varios pañuelos. Este es mi preferido, por ello quiero que lo guardéis como un recuerdo mío.

—Muchísimas gracias, señora.

## La peste se extiende por Castilla

### *Tordesillas, agosto de 1518*

Doña Juana comprueba, con dolor, cómo el cerco que la rodea se hace cada día más pequeño. Desde que se ha ido don Hernán Duque no ha vuelto a pasear, ni a caballo ni a pie. Las puertas de palacio permanecen cerradas para ella. Ha comprobado que es inútil insistir ante el jefe de su casa. El marqués de Denia es amable, aunque no le hace ningún caso. Cuando ella insiste en que le transmita a su hijo don Carlos sus peticiones, el marqués le dice que su hijo se encuentra en Aragón y le aconseja que escriba a su padre, el rey Fernando. El primer día en el que aludió a su padre, doña Juana le dijo.

—Pero, ¡cómo!, si mi señor padre ha muerto.

—Se ha dicho, pero no es verdad —asegura don Bernardo.

—Me fío de las personas que me han informado —responde doña Juana.

—Tal vez ellas estaban confundidas —insiste don Bernardo.

—Pero entonces, mi hijo don Carlos ¿qué hace aquí?

—Señora, don Fernando está enfermo y necesita ayuda. Pero escribidle, que él os escuchará.

Esto repetido en todo momento hace que doña Juana dude de la realidad. Además, el marqués, en su deseo de mantenerla en un ambiente irreal, ha dado órdenes para que el personal más cercano a la soberana sostenga las mismas mentiras. Conocedor del respeto que doña Juana siempre ha profesado a su padre, pretende dominarla recurriendo, si es necesario, a la autoridad que su progenitor ejercía sobre ella. Así se lo cuenta el marqués en carta escrita a don Carlos:

*Yo he dicho a la Reina, nuestra señora, que el Rey, mi señor, su padre, es vivo, porque todo lo que se hace que no es en tanto contentamiento de S.A., digo que lo manda y ordena así el Rey, porque con el acatamiento que le tiene, pásalo mejor que lo pasaría si supiese que es muerto.*

El marqués no permite que nadie ajeno al personal del castillo la visite. Incluso doña María ha tenido que irse. Doña Juana ha gritado y suplicado que la dejaran, pero nadie la escuchó.

El tedio es, jornada tras jornada, su compañero inseparable. Solo su hija doña Catalina consigue que se olvide del hastío en el que vive, aunque también le han limitado sus visitas. No quiere volver a pensar en ello. ¿Por qué no quieren que vea a su hija? ¿Qué persiguen con esa prohibición? ¿Qué ha hecho para merecer tal castigo?

Ya no puede acercarse a la iglesia del monasterio, que se encuentra al lado del palacio. No la dejan acudir a la santa misa. El marqués ha decidido que la celebren en el palacio. Doña Juana se ha negado a asistir. Un día en que dos de sus doncellas intentaron obligarla por la fuerza a participar en la celebración, no lo consiguieron, porque ella se defendió con un palo propinándoles buenos golpes.

Incidentes como este llevaron al marqués a comentarle a don Carlos el problema de la reina con las mujeres que la atendían. Y le pidió permiso para despedir a unas cuantas. Don Carlos no accedió a tal petición, se limitó a enviar a las protagonistas de la historia un escrito ordenándolas que siguieran los consejos del marqués y su esposa.

Entre estas mujeres se encontraba doña Ana Cifuentes, que había conseguido la aprobación de la marquesa de Denia, a la que adulaba de forma descarada. Era el plan que había ideado para poder permanecer al lado de la soberana y de su hija doña Catalina, a la que solo le permitían salidas esporádicas.

Doña Ana Cifuentes había logrado que la marquesa, doña Francisca Enríquez, la considerara como su confidente. Ella era quien la mantenía informada de todo lo que sucedía alrededor de la soberana. Le contaba que algunas de las damas hacían comentarios del exterior despertando la curiosidad de la reina, cuando las órdenes eran mantenerla aislada de todo tipo de rumores. Doña Juana no debía enterarse de nada. Estaba condenada a vivir ajena a todo. Doña Ana criticaba ante la marquesa el comportamiento de la reina. A cambio había conseguido que algunas tardes les permitieran tener sesiones musicales con la soberana y con la infanta. Doña Ana se había encargado de convencer a la marquesa de que esos encuentros tranquilizaban a la reina.



En las pocas salidas que le permiten a la infanta doña Catalina al pueblo de Tordesillas, siempre es doña Ana quien la acompaña, momento que aprovecha el ama para encontrarse con una persona de confianza que le sirve de enlace con doña María de Ulloa, obligada a abandonar el palacio por exigencias de la marquesa de Denia.

Esa mañana, doña Ana nota cierta tristeza en la infanta, pero no quiere preguntarle el motivo; espera que ella se lo diga, como así sucede una vez que se alejan del castillo.

—Me han vuelto a obligar a firmar una carta —dice a punto de llorar doña Catalina.

—No os disgustéis. Algún día podréis decirle a vuestro hermano, don Carlos, la verdad —la consuela doña Ana.

—Pero ¿cómo no disgustarme? Si en el texto que me escriben y yo firmo como si fuera mío digo que estoy siendo muy bien tratada. Y vos sabéis que a veces incluso sufro malos tratos. Doña Ana, tengo la sensación de que la marquesa de Denia me odia y sus hijas me miran con desprecio.

Doña Ana no dice nada, pero sabe que las hijas de la marquesa llevan vestidos y joyas que don Carlos envía para su hermana. Los marqueses de Denia gozan de la confianza de don Carlos y hacen y deshacen a su gusto como auténticos dueños y señores.

—Querida doña Catalina, no debéis prestarles la menor atención. Mi consejo es que sigáis formándoos y acudáis al lado de vuestra madre, la reina, todo el tiempo que os permitan, que ya sé que no es mucho.

—¿No os parece muy raro que no veamos a casi nadie por las calles? —pregunta la infanta.

—Sí que resulta extraño. Mirad, por allí viene el niño con el que charlamos muchas veces —apunta doña Ana.

Doña Catalina le hace señas al niño con la mano.

Pero el muchacho, en vez de acercarse, les dice:

—Lo siento, me tengo que ir. Debemos permanecer encerrados porque nos han dicho que llega la peste y que si no podemos irnos de Tordesillas, no salgamos de casa.

—¿La peste? —se pregunta asombrada doña Ana—. Acerquémonos un momento a casa de mi amiga e inmediatamente regresemos a palacio.

En casa de su amiga no hay nadie. Pero doña Ana sabe dónde buscar. En el cajón, entre los manteles, allí está la carta de doña María de Ulloa. La guarda sin que doña Catalina la vea y, tomando la mano de la infanta, salen corriendo hacia palacio.



Doña Ana espera, y sobre todo desea, que nadie las vea llegar, porque está segura de que a alguien se le ha olvidado advertirla de que en esta situación no tenían que haber salido de palacio.

Nada más pasar la gran puerta de entrada casi se dan de bruces con el marqués de Denia, que, asombrado, exclama:

—¿No vendréis del pueblo?

—La verdad es que sí —responde doña Ana.

—¿Pero es una temeridad! ¿Cómo es posible que nadie os haya dicho nada?

—Verá, señor marqués, como tenía concedida la salida para hoy, no me preocupé de volver a pedir permiso. Yo desconocía la situación. Creo que nadie es culpable porque no nos han visto salir y, por lo tanto, no pudieron avisarnos.

—¿Habéis estado con gente en el pueblo? —les pregunta el marqués de Denia.

—No. Comentamos nuestra extrañeza al encontrarnos las calles prácticamente desiertas. No se veía a nadie. Y luego un chico al que conocemos nos dijo desde lejos que les habían avisado de la posible amenaza de la llegada de la peste. Nada más escucharlo nos vinimos corriendo para aquí.

—He mandado cerrar las puertas de la ciudad. Esperamos poder dominar esta peste. Don Carlos y la corte se han ido de Valladolid —informa el marqués.

—¿Nosotros qué haremos? —pregunta doña Ana.

—Quedarnos. Permaneceremos encerrados el tiempo necesario —contesta el marqués—. No saldrá ni entrará nadie en el palacio.

Hacia varios días que el marqués de Denia había cambiado impresiones con don Carlos acerca de la peste y preparaba la emergencia por si doña Juana tenía que ser trasladada a otro lugar. En este sentido don Carlos le propone lo siguiente:

*En lo de la salida de la Reina, mi señora, de esa villa, en caso de necesidad, yo espero en Nuestro Señor que ahí tendréis salud; y porque no podría haber mudanza, por pequeña que fuese, sin grandes inconvenientes en nuestro servicio, querría que la estada en esa villa fuese todo el tiempo que se sufriese e pudiese estar sin mucho peligro, y por esto os he encomendado y encomiendo tanto la guarda des a Villa; pero en caso de necesidad, y a no poderse hacer más, paréceme que debéis llevar a la Reina, mi señora, al monasterio de San Pablo de la Moraleja...*

La situación es complicada; la corte se había visto obligada a abandonar Valladolid, donde morían más de cuarenta personas al día. En Tordesillas todavía no se ha registrado ningún

fallecimiento, pero en cualquier momento puede ocurrir.

Las pestes que asolaban Castilla en aquel tiempo no siempre eran las mismas, pero no había ninguna forma de combatir las más que alejándose del lugar donde se presentaban.

—Doña Ana —dice el marqués—, todos tenemos que ser responsables. Bajo ningún concepto se puede traspasar esta puerta. Solo el total aislamiento nos puede preservar del contagio.

—De acuerdo, señor marqués.

—Repetidlo continuamente al personal con el que os relacionáis en palacio —le pide el marqués—. Tenemos que ser conscientes de la gravedad del momento. Nadie puede salir de palacio y el que lo haga no volverá a entrar.

—Sí, señor. ¿Mandáis algo más?

—No, pero pasad a ver a la marquesa. Quiero que ella sepa que habéis estado en el pueblo —le pide Denia.



Misión cumplida; doña Ana ya se encuentra en su habitación, deseosa de leer la carta de doña María de Ulloa. Doña Francisca, la marquesa de Denia, le ha pedido que esta tarde, en el tiempo que se dedica a bordar con otras damas, las acompañe. En los últimos días, doña Ana ha observado que la marquesa la acapara, la quiere como animadora en sus reuniones para que les cuente historias o les recite romances. Pocas veces la deja libre para que pueda acompañar a la soberana. «Qué pena —piensa— que doña María se haya tenido que ir».

Doña María le escribe desde Burgos, donde vive una de sus hijas, que ha dado a luz a una preciosa niña:

*... en esta ciudad me asaltan los recuerdos de los días vividos aquí con nuestra señora, la reina doña Juana. No sabéis cómo lamento lo que me decís de su postración y mal humor. Aunque lo entiendo. Su vida es un infierno, por lo que me contáis. Doña Ana, ¿sabe ella que vos le seguís siendo fiel? ¿Le habláis de mí? Decidle que no me olvido de ella y que estoy intentando reunirme con don Fadrique Enríquez para ver si él puede interceder por ella ante don Carlos. Ya sé que es hombre muy ambicioso y se ha puesto al lado del nuevo soberano, pero siempre ha sido muy fiel a doña Juana. Mientras estuvo Hernán Duque al frente de la casa, don Fadrique visitó a la reina. Casi me atrevería a decir que siente afecto por ella desde que la acompañó en su viaje a Flandes cuando casi era una niña. En su palacio de Valladolid vivieron doña Juana y don Felipe cuando vinieron para ser jurados como herederos al trono de Castilla. Él se negó a reconocer la incapacidad de la reina. Don Fadrique nunca creyó en su locura.*

*Es posible que también fuera efectivo que me entrevistara con el cardenal Adriano de Utrecht, pero no tengo acceso a él. De todas formas, lo hablaré con algunos amigos. No le digáis nada a doña Juana, pero don Carlos, que había prometido en Cortes que su hermano el infante don Fernando permanecería en Castilla, hace meses que lo ha enviado a Flandes para siempre, con el consiguiente y normal disgusto de todos cuantos le conocían.*

*Me imagino que doña Catalina estará muy bien. Dadle muchos saludos.*

*Por último, os cuento que nuestro querido Hernán Duque ya es fraile franciscano. Igual algún día le visito.*

*Querida doña Ana, cuidaos mucho y ayudad todo lo que podáis a doña Juana. Dios os lo pagará.*

## Llegan los comuneros

### *Tordesillas, agosto de 1520*

No ha podido hablar con nadie y desconoce cuál es la actualidad de la política en aquellos momentos en Castilla, pero doña Ana Cifuentes está segura de que algo grave está sucediendo porque la preocupación de los marqueses de Denia resulta más que evidente. Esta misma mañana ha escuchado a la marquesa decirle a su marido:

—Si don Carlos te hubiera hecho caso, no habríamos llegado a esta situación.

—Pero también es comprensible que no quisiera regresar a Castilla en estos momentos —contesta el marqués.

Por esta conversación, doña Ana deduce que don Carlos se encuentra en el extranjero. Lo último que ella sabe de él es que su abuelo, el emperador Maximiliano, ha muerto y probablemente —piensa— se habrá ido a Flandes para ser nombrado emperador. Siente curiosidad por saber qué está ocurriendo y piensa que solo puede intentar enterarse por uno de los moneros de la reina, con el que mantiene una muy buena relación. A esta hora de la mañana suele estar con sus compañeros en uno de los salones de la entrada y hacia allí se dirige.

Desde el pasillo escucha la voz de su amigo, que charla animadamente. Doña Ana se acerca a la puerta y el joven nada más verla acude a saludarla.

—Qué sorpresa, doña Ana, ¿cómo va todo?

—Muy bien, Rodrigo, ¿estáis muy ocupado?, ¿podría hablar un momento con vos? —le pregunta doña Ana.

—Claro, salgamos al patio. Allí estaremos tranquilos sin que nadie nos moleste —apunta Rodrigo.

—No sé si podréis informarme de lo que está pasando fuera de estos muros, Rodrigo, pero tengo la sensación de que es algo grave.

—Sí que lo es. Hace más o menos una semana que casi la mitad de Medina del Campo ha desaparecido bajo las llamas.

—¿Pero qué decís? ¿Qué ha sucedido? —pregunta alarmada doña Ana.

—Habéis de saber que se ha formado la Santa Junta, que está integrada por los representantes de las ciudades que protestan, desde hace días, contra las medidas tomadas por el equipo de gobierno de don Carlos. No reconocen la autoridad del cardenal Adriano, ni la del Consejo Real. Sí respetan el poder judicial representado por la chancillería de Valladolid.

—No tenía ni idea. Pero contadme, ¿qué ha pasado para que se enfrenten al rey? ¿Qué autoridad representa el cardenal Adriano? —quiere saber doña Ana.

—Sería muy larga la explicación. Os la resumo: las ciudades protestan porque llevan tiempo ahogadas por los impuestos que ahora se han visto incrementados por las necesidades económicas que se le presentan al rey para asumir el cargo de emperador. También protestan porque don

Carlos, sin consultar a los representantes en Cortes de las ciudades, ha nombrado regente del reino a un extranjero, al cardenal Adriano.

—Eso no puede ser. Yo no soy entendida, pero una buena amiga mía, cuando se habla de estos temas, siempre dice que existe una ley de partidas en la que se estipula que para nombrar regente es necesario el acuerdo de los representantes de los diferentes estamentos de las ciudades. Y si don Carlos lo ha hecho sin su acuerdo, como me decís, creo que ha incumplido la ley.

—Pues lo ha hecho. Y quiero contaros, porque considero que es interesante, que los elegidos como interlocutores de la Comunidad han manifestado sus deseos de mantener reuniones con don Carlos, pero él no ha accedido y ha abandonado Castilla para hacer frente a sus otras obligaciones.

—Entonces, ¿la situación es de guerra? —pregunta doña Ana.

—Han formado un ejército y están dispuestos a luchar por lo que consideran justo. Se han producido pequeños enfrentamientos. Los comuneros no están en contra del poder real, pero desean que su rey quiera a Castilla y en esta situación han pensado en doña Juana, a quien consideran la reina legítima de Castilla.

—¿Y? —le apremia doña Ana intrigadísima.

—El cardenal Adriano, sospechando que los comuneros intentarían dirigirse a Tordesillas para tratar de ver a doña Juana, dio órdenes de que se les cortara el paso, pero para ello era necesario hacerse con la artillería real, que se encontraba almacenada en Medina del Campo. Antonio de Fonseca, el responsable del ejército real, decidió ir a buscarla. Pero cuando el pueblo de Medina se enteró de lo que pretendían los realistas salió a la calle para impedir que se apoderasen de las armas. No querían que fueran utilizadas contra los comuneros. No se sabe si fue a Fonseca o a alguno de sus hombres de confianza al que, al ver el comportamiento de la gente que les impedía el paso, no se le ocurrió otra cosa que incendiar una casa pensando que de esa forma se dispersaría para acudir a sofocar el fuego. Pero no sucedió como pensaba; el pueblo siguió formando una barrera infranqueable, mientras el fuego se propagaba alcanzando dimensiones inimaginables. Fueron momentos trágicos. Uno de mis compañeros, que ha venido de Medina, es de un pueblecito cercano, ha vivido el suceso y nos ha contado que más de quinientas casas desaparecieron bajo las llamas y que la multitud enloquecida tomó sus represalias. Al no poder encontrar a Fonseca, al que consideraban responsable de lo sucedido, asaltaron la casa del regidor, Gil Nieto, que fue asesinado a cuchilladas y luego quemado.

—Qué horrible todo lo que me estáis contando.

—Sí que lo es, pero doña Ana, no se lo digáis a nadie, yo entiendo a los comuneros. La mayoría de nosotros, los monteros de la reina, hemos decidido que si llegan aquí no impediremos que vean a nuestra señora.

—¿Creéis que vendrán?

—Seguro. No se sabe cuándo, pero en cualquier momento pueden llegar para intentar entrevistarse con doña Juana. Además, ahora, después de lo de Medina, se han sumado muchas más ciudades a la protesta —asegura Rodrigo.

—¿Y qué pasará con los marqueses? —quiere saber doña Ana.

—Me imagino que si no se van por propia iniciativa, los echarán. Doña Ana, vos que conocéis mejor a doña Juana, ¿cómo creéis que reaccionará? —se interesa Rodrigo.

—Es difícil saberlo —contesta doña Ana.

Después de agradecerle la información que le ha dado y de pedirle que la tenga al tanto de cuanto suceda, doña Ana Cifuentes se decide a visitar a la soberana. No es buena hora, las dueñas

que estén vigilándola se van a sorprender, pero inventará alguna excusa.



—Señora, soy yo, Ana —dice entreabriendo la puerta de la habitación de la reina.

Ha tenido mucha suerte porque ninguna de las dueñas que vigilan la entrada a los aposentos de la reina se encontraba en la antesala, con lo cual se ha evitado una mentira que más tarde podría ser descubierta. Lo que no se imagina doña Ana es que a la salida tampoco tendrá que dar cuentas a nadie. Sucederá algo que hará que todos en el castillo abandonen sus lugares de trabajo para ver qué acontece.

—Señora, ¿me dais vuestro permiso? —pide doña Ana.

La reina tarda en contestar. Se encuentra sentada en un extremo de la habitación, cerca de unos cuantos baúles.

—Pasad, doña Ana. He perdido la costumbre de hablar. Ya no conozco el timbre de mi voz. Hace un tiempo hablaba sola, pero me he cansado. Sí, me he cansado de responderme a mí misma y siempre a los mismos interrogantes. ¿Cómo se encuentra mi hija la infanta doña Catalina? Casi nunca nos dejan vernos. Qué pena que la peste no haya alcanzado a los marqueses de Denia en vez de a ese infeliz sirviente.

Doña Ana se queda muy sorprendida. Ya ha transcurrido un tiempo desde que la peste rondó por Castilla. Es verdad que solo uno de los criados de palacio fue afectado, mas ella creía que la soberana no se había enterado de nada, porque la vida en el interior de palacio había discurrido con normalidad. Afortunadamente, la provisión de víveres había sido suficiente para casi los dos meses que habían permanecido sin salir al exterior.

—Señora, estaba convencida de que vuestra majestad desconocía la existencia de la epidemia.

—Así tendría que ser, aunque a veces las criadas y las dueñas hablan entre ellas y me entero. Pero decidme, ¿está bien doña Catalina?

—Muy bien. Cada día más guapa. Creo que será una gran mujer —asegura doña Ana.

—Dios lo quiera. ¿Habéis tenido noticias de doña María de Ulloa? —quiere saber doña Juana.

—Hace meses que no sé nada de ella —contesta doña Ana.

—Me gustaría saber si habrá conseguido entrevistarse con don Fadrique Enríquez —dice la soberana.

—No puedo deciros nada al respecto, pero en la última carta decía que lo estaba intentando. Señora, he tenido suerte y he conseguido burlar la vigilancia para venir a veros. Deseo contaros algo. Esta misma mañana me he enterado de que la situación en el reino es muy complicada. Las ciudades y un amplio sector de la nobleza están descontentos con la política ejercida por el gobierno de vuestro hijo. Un gobierno integrado solo por extranjeros. Los representantes de las ciudades se han unido para defender sus intereses y están dispuestos a enfrentarse con las armas. Me han dicho que uno de los objetivos de los rebeldes es entrevistarse con vuestra majestad, a la que consideran su única reina.

—No les dejarán llegar hasta mí —dice la soberana muy pensativa.

—Creo que están dispuestos a todo —asegura doña Ana.

—¿Se sabe cuándo vendrán? —quiere saber doña Juana.

—En cualquier momento —responde doña Ana.

La reina se queda en silencio, muy pensativa. Después de unos segundos pregunta:

—Y mi hijo don Carlos, ¿qué dice?

Antes de que doña Ana pueda contestar, el sonido de las campanas lo invade todo... Cada vez suenan más fuertes y se suceden unas a otras... Doña Ana corre a mirar por la ventana y ve cómo la gente del pueblo viene hacia el castillo como si quisiera asaltarlo.

—Señora, si me dais vuestro permiso, voy a ver qué sucede, aunque creo que ha llegado el ejército comunero.

—¿Y decís que quieren entrevistarse conmigo? —pregunta la reina.

—Sí, señora.

—Podéis iros y mantenedme informada, doña Ana.

—Así lo haré.



El primer representante de la Comunidad recibido por doña Juana es el capitán Juan de Padilla, que se presenta a la soberana como hijo de Pero López de Padilla, el procurador de Toledo que, junto con Fadrique Enríquez, se entrevistó con ella antes de las Cortes de Mucientes. Ellos habían sido, con su testimonio, los que impidieron que doña Juana fuera declarada incompetente para desarrollar las tareas de gobierno.

Doña Juana, muy amable, escucha lo que le dicen; quieren devolverle el trono. Desean que ella se ponga al frente del gobierno. Prometen obedecer sus órdenes. La reina piensa que son demasiadas cosas, así de repente. Pero no descarta la posibilidad que le ofrecen y por ello les sugiere que permanezcan a su lado en Tordesillas. De esa forma, les dice, podrán reunirse de vez en cuando.

La reina pide a los comuneros que se lleven a los marqueses de Denia lo más lejos posible de palacio, ya que se portan con ella como auténticos carceleros.

Cuando Juan de Padilla cuenta a los suyos el contenido de la entrevista con la reina, todos se sienten entusiasmados y deciden que la sede de la Santa Junta, a partir de ahora, sea Tordesillas en vez de Ávila.

La vida de la reina cambia con la presencia de la junta comunera en Tordesillas.

Doña Juana ya puede salir a pasear, recibir visitas... Parece otra persona. Se arregla, come bien y se muestra amable con todos.

Y para que se sienta aún más contenta, a los pocos días de llegar el ejército comunero a Tordesillas se presenta en palacio su queridísima doña María de Ulloa.



—A veces Dios es bueno conmigo, permitiéndome estos respiros —dice doña Juana.

—Dios es bueno siempre. Él no decide nuestras acciones, somos nosotros quienes elegimos. Pero si tenemos presente al Señor en nuestra vida, esta será mucho más fácil con su ayuda. Esto es lo que os diría el hoy fraile franciscano don Hernán Duque —apunta doña María de Ulloa.

—¿Qué sabéis de él? —pregunta ansiosa doña Juana.

—Me ha escrito dos veces. Me pide que os diga que reza por vos. Ha encontrado su camino y se siente feliz.

—Cuando le escribáis, decidle que nunca le olvidaré y que le agradezco que se acuerde de mí ante el Señor.

—Así lo haré. De momento no puedo escribirle, pues le han trasladado a otro convento y tendrá que enviarme la nueva dirección.

—Doña María, cómo os agradezco que hayáis venido. Ya sé que os mantenéis en contacto con doña Ana, que algunas veces me da noticias vuestras.

—En cuanto supe que el marqués de Denia había sido apartado de aquí, me apresuré a venir. Tenía tantas ganas de veros. Además, tengo muchas cosas que contaros.

—Decid, querida amiga.

—Lo primero, que estoy segura os alegrará, es que vuestro hijo don Carlos se ha convertido en emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Sin dejarla continuar doña Juana exclama:

—¿También ha muerto mi suegro?

—Sí, el año pasado —contesta doña María.

—¿Sabéis que el marqués de Denia me repetía constantemente que le escribiera a él y a mi padre, el rey Fernando, asegurándome que estaban vivos? Han estado intentando engañarme todo este tiempo. El marqués, doña María, es persona malvada. Al principio creí que podría mejorar nuestra relación, intenté ser amable con él, pero todo resultó inútil. Tal vez si su mujer no hubiera vivido aquí habría sido distinto. Doña Francisca Enríquez, prima de mi padre, es mujer dominante y ambiciosa. Estoy segura de que hace todo lo que puede para ofenderme —asegura doña Juana.

—No penséis en ellos, afortunadamente ya no están en palacio —le aconseja doña María de Ulloa.

—Es verdad. Ay, doña María, cuánto me alegro por mi hijo. ¡Soy la madre del emperador más importante del mundo! —exclama doña Juana orgullosa, añadiendo—: Pero ¿quién se ocupará ahora del gobierno del reino?

—Vuestro hijo ha nombrado al cardenal Adriano para que gobierne en su ausencia. No ha sentado bien en Castilla, porque es extranjero y porque los impuestos no dejan de subir. Por ello se ha generalizado el rechazo, capitaneado por los comuneros.

—Ellos, los comuneros, me han dicho que el desgobierno es grande y que quieren recuperar el orden. Les recordé que hace mucho que estoy alejada de todo y, por lo tanto, desconozco la situación. Pero he prometido ayudarles, no quiero que la gente lo pase mal. Por ello les he pedido que se queden cerca y que me vayan informando de lo que suceda —cuenta doña Juana.

—Ya sabéis que la Santa Junta se ha establecido aquí en Tordesillas —comenta doña María.

—Sí, no sé si mañana o pasado se reunirán conmigo. Doña María, ¿confiáis en los comuneros? Parecen buenas personas.

—No es fácil responder. Veréis, yo creo que sus ideales son buenos; quieren a Castilla. No están en contra de vuestro hijo, pero sí rechazan a los extranjeros que se han convertido en dueños

de todo. Lo que quieren es que su rey ame tanto a Castilla como ellos.

—Eso es lo que mi madre, la reina doña Isabel, tenía muy claro: ella deseaba que quien estuviera al frente de Castilla tuviera su corazón aquí y no en otro lugar. Mi hijo ha nacido en Flandes, pero su madre es castellana. Él tiene que defender su reino. Doña María, ¿qué pasa con los nobles? ¿No deberían haber venido algunos a verme ahora que no tengo carcelero? ¿Habéis conseguido hablar con don Fadrique Enríquez?

—Lo he intentado varias veces y siempre se encontraba fuera de Castilla. En cuanto a la presencia de nobles, tenéis que pensar, señora, que Tordesillas está tomada por el ejército comunero. No parece muy aconsejable que se presenten aquí.

—¿Pero es que los nobles no están de acuerdo con los comuneros? —quiere saber doña Juana.

—Pienso que en este conflicto la mayoría mantienen una postura pasiva. Están en desacuerdo con la política llevada a cabo por vuestro hijo, pero no se suman abiertamente a la rebelión de las Comunidades. Yo creo que en el fondo temen hacia dónde pueda derivar la situación.

—¿A qué os referís? —quiere saber doña Juana.

—Unos días antes de venir, en Dueñas, unos cuantos vasallos se levantaron contra su señor, el conde de Buendía. Se han repetido algunos sucesos como este en otros lugares, lo que ha llevado a los nobles a reforzar sus defensas ante lo que podría ser un movimiento antiseñorial. La Santa Junta no se ha pronunciado, con lo cual muchos sospechan que se pondrá del lado de los campesinos. Y eso puede retraer a los nobles y terratenientes a apoyar la causa comunera —le cuenta doña María.

—¿Sabéis que la infanta doña Catalina simpatiza con muchos de los representantes de las Comunidades?

—Son personas educadas. La mayoría de los que están aquí son miembros de la nobleza ciudadana. El capitán Juan de Padilla es persona encantadora —dice doña María.

—Sí que lo es. Fue el primero que acudió a saludarme. Conocí a su padre. Y también a su suegro, don Íñigo López de Mendoza, segundo conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar. Él conquistó Granada junto a mis padres.



Los primeros encuentros con la reina hacen concebir esperanzas a los comuneros. Todo parece indicar que doña Juana está dispuesta a ayudarlos. Además, muchas de las personas que prestan sus servicios en palacio, ahora que los marqueses de Denia ya no están, hablan sin ningún tipo de censura a los representantes de la Comunidad. Así se lo cuenta el cardenal Adriano al rey Carlos:

*Los criados y servidores de la reina dicen públicamente que el padre y el hijo la han detenido tiránicamente y que es tan apta para gobernar como lo era en edad de quince años y como lo fue la reina doña Isabel.*

Ante estas informaciones de personas que han convivido con la soberana y su propia impresión, después de hablar con ella, los comuneros, con la Santa Junta de la Comunidad

instalada en Tordesillas, esperan ilusionados ser recibidos en audiencia por la soberana.

El entusiasmo reina entre las filas comuneras. Todos creen que doña Juana aceptará hacerse cargo del gobierno de Castilla, y de esa forma dará legalidad a la protesta.

En Castilla la opinión no es unánime y se especula cuál podrá ser la reacción de la reina. La mayoría considera que doña Juana, al ser liberada de su cautiverio, querrá por fin reinar sin ningún tipo de trabas, pero una minoría opina que su locura le impedirá desarrollar una labor eficaz al frente del gobierno.

Cerca de Tordesillas, en Medina de Rioseco, tiene establecido su cuartel general el ejército realista. El cardenal Adriano sigue con preocupación lo que sucede en Tordesillas. Sabe que si doña Juana firma alguna de las pretensiones comuneras puede ilegalizar el gobierno de su hijo.

El cardenal Adriano es persona que siempre se ha decantado por la concordia, y en estos momentos trata de encontrar posibles soluciones que paralicen el conflicto y, sobre todo, que mantengan a don Carlos en el poder.



Doña María de Ulloa está casi segura de lo que sucederá en la reunión de la reina con los representantes de la Santa Junta, aunque es verdad que doña Juana puede sorprender a todos.

La infanta doña Catalina, con sus opiniones favorables a los rebeldes, sin duda influye en su madre. Y también el sentir de la dama doña Ana Cifuentes resulta muy convincente. Aquella misma mañana, doña María ha sido testigo de ello.

—Sabéis, señora, que yo desconocía la existencia del movimiento comunero hasta el día que llegaron a Tordesillas, pero considero que no les falta razón en todas sus reivindicaciones. En mi modesta opinión, deberíais apoyarlos —dice doña Ana convencida.

—Madre, doña Ana tiene razón. He hablado con algunos de ellos y os reverencian. Quieren que seáis vos quien decida en el reino —asegura la infanta doña Catalina.

—Sí, pero siempre tendré que gobernar como ellos quieran —puntualiza la reina—. ¿No pensáis vos lo mismo, doña María?

Doña María conoce muy bien a la reina, y, además, ya ha hablado con ella de las Comunidades. Por ello se limita a decirle:

—Señora, lo que vuestra majestad decida siempre estará bien. Vos sois la reina.

—Sí, pero llevo mucho tiempo alejada de todo y me gustaría reunirme sobre todo con don Fadrique Enríquez; saber qué piensa él como almirante de Castilla. Don Fadrique siempre me ha sido fiel y confío en su opinión.

—Pero señora —insiste doña Ana—, Castilla lo está pasando muy mal. Cada día es más pobre. Os necesitan. Y, además, con los comuneros a vuestro lado seríais libre.

—Madre, yo ahora puedo salir y pasear por el pueblo —dice doña Catalina.

—Es posible que tengáis razón. Ciertamente, desde que ha llegado esta gente, la vida en palacio ha cambiado. Puedo entrar y salir cuando me apetece —dice doña Juana sonriendo—. Ya veremos qué pasa.

## La Santa Junta se reúne con la reina *Tordesillas, septiembre de 1520*

El ansiado día ha llegado. Los representantes de la Santa Junta esperan la llegada de la reina doña Juana en el salón donde los va a recibir.

Será el doctor Zúñiga, profesor de la Universidad de Salamanca, quien exponga a la soberana las reivindicaciones de la Comunidad.

Doña Juana hace su entrada en el salón. Va ataviada con traje negro. El negro es color de luto desde el reinado de su madre, doña Isabel; antes era el blanco el que reflejaba la tristeza del corazón.

Su imagen no es de desvalimiento, todo lo contrario. En sus movimientos, en su manera de comportarse, muestra la dignidad y elegancia de una reina. Y así reacciona cuando el doctor Zúñiga acude a su lado presuroso para, de rodillas, besar su mano.

Un notario asiste a la audiencia concedida por la reina a la Santa Junta para dejar constancia de lo que allí se va a tratar.

El doctor Zúñiga le dice a doña Juana que ella es la única reina soberana y propietaria del reino. Le pide que los ayude a sacar a Castilla de la situación de ruina en la que la han sumido aquel grupo de flamencos desaprensivos y usureros que rodean a su hijo, el príncipe don Carlos. Los mismos que la mantienen encerrada.

—Ya sois libre, señora. Podéis tomar las riendas del gobierno y darnos órdenes. Todos las acataremos. No nos abandone, doña Juana, todos estamos dispuestos a morir por defenderos.

Después de escuchar la intervención del doctor Zúñiga, la reina se dirige a los allí reunidos. En primer lugar, se lamenta por no estar al tanto de lo que estaba sucediendo. Les dice que siempre había confiado en su padre, el rey Fernando, en su capacidad para el gobierno. Desgraciadamente había muerto y pensaba que su vida era más necesaria que la suya. Respecto al encierro al que había sido sometida dice:

*... pero como el rey, mi señor, me puso aquí, no sé si a causa de aquella que entró en lugar de la reina, mi señora, o por otras consideraciones que Su Alteza sabría, no he podido más. Y cuando yo supe de los extranjeros que entraron y estaban en Castilla, pesóme mucho dello, y pensé que venían a entender en algunas cosas que cumplían a mis hijos, y no fue así.*

En estas palabras de doña Juana se observa una acusación a Germana de Foix, de la que piensa que pudo haber influido en la decisión de su padre. ¿Lo creía así de verdad o intentaba justificar a su progenitor?

La reina continúa exponiendo su opinión sobre lo que está pasando, mostrándose muy dolida por el daño o mal que hayan recibido los castellanos.

Al final de su intervención, y respondiendo al interés mostrado por los comuneros de apoyarla en el gobierno, les dice:

*Y porque no vengan aquí todos juntos, nombrad entre vosotros de los que estáis aquí, cuatro de los más sabios para esto que hablen conmigo, para entender en todo lo que conviene, y yo los oiré y hablaré con ellos, y entenderé en ello, cada vez que sea necesario, y haré todo lo que pudiere.*

Vuelve a tomar la palabra el doctor Zúñiga, que insiste en que debe asumir las riendas del gobierno porque solo ella es la reina propietaria. Pero doña Juana no añade nada a lo que había dicho y la audiencia se da por finalizada.

En el ánimo de los comuneros aflora cierta decepción, pero confían en que en sucesivas reuniones la reina se decida a ponerse al frente de Castilla contando con su apoyo.



—Estos dulces con los que os ha obsequiado vuestro amigo comunero son deliciosos —dice doña Juana.

—Pues creo que a él se los ha regalado una de las monjas de Santa Clara, que es de su pueblo —cuenta el ama, doña Ana.

—Tendríamos que saber quién es para que nos dé la receta o nos los haga para nosotras —apunta doña María de Ulloa.

—Me parece que la monja es sor Elvira —aclara la infanta doña Catalina.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunta su madre.

—Lo sospecho porque creo que es de Medina de Rioseco.

—¿Es de Medina vuestro amigo? —quiere saber la reina.

—Sí —contesta la infanta.

Se encuentran las cuatro en los aposentos de doña Juana, que ha estado tocando el clavicordio. Han charlado y se han reído, como en los buenos tiempos, cuando Hernán Duque dirigía el palacio, pero ni una sola palabra de la audiencia, ni de sus encuentros posteriores con los representantes de la Santa Junta, aunque las tres están al tanto de lo que sucede. De repente, la infanta le pregunta a su madre:

—¿Es verdad que los comuneros os han ofrecido que nos fuéramos a vivir a Valladolid?

Doña Juana mira a su hija con una sonrisa y dice:

—Ya veo que tu amigo te mantiene bien informada. Sí, me han invitado a cambiar de residencia, pero lo he rechazado. Aquí estamos bien, siempre que podamos vivir como ahora lo hacemos. Son buenas personas y sin duda dan muestras de su lealtad. Ya sabéis que han despedido a todas las personas que en palacio eran fieles a los marqueses de Denia.

Doña Ana Cifuentes no dice nada, pero teme por su propia situación si algún día retornan los marqueses, ya que ella no fue despedida y podrían dudar de su fidelidad. Claro que las amas expulsadas eran las traídas por la marquesa a trabajar en palacio para que sometiesen a la reina a una férrea vigilancia. Casi todas pertenecían a su familia o a la de su marido.

Si los marqueses vuelven y dudan de ella, doña Ana sabe que tendrá que encontrar alguna fórmula para convencerles, sobre todo a la marquesa de Denia, tal vez argumentando que ella ya prestaba con anterioridad sus servicios en palacio y por ello pasó desapercibida. De esa forma, doña Ana podrá argüir que, gracias a que la han dejado, puede informar a la marquesa de lo que allí ha sucedido en este tiempo.

De todas formas, doña Ana, utilizando todos los medios a su alcance, tratará de impedir que los marqueses retornen. Por ello pretende influir en la soberana para que dé su apoyo a los rebeldes y así asegurar la no presencia de los Denia en palacio.

—Doña Juana, perdonad mi atrevimiento, yo no soy nadie para aconsejaros nada, pero sabéis que os quiero y mi fidelidad nunca os faltará. ¿No sería interesante que os decidierais a apoyarlos abiertamente? Los comuneros garantizan vuestra libertad y desean lo mejor para Castilla.

Doña Juana la mira con afecto y se queda muy pensativa. Después de unos segundos contesta:

—Mi querida doña Ana, no me incomodáis con vuestra pregunta. Estoy segura de que mi hija doña Catalina piensa lo mismo que vos, pero tengo que deciros que no es tan sencillo, y no es porque no me fie de ellos, pensando que una vez en el poder pudieran comportarse de distinta forma, aunque tengo muy presente que no conozco a ninguno de los representantes de la Comunidad. Les he pedido la presencia del Consejo Real. Me gustaría asesorarme con ellos, ya que son personas conocidas y de probada lealtad. Algunos del Consejo ya sirvieron en tiempos de mi madre, la reina doña Isabel. Pero no han atendido a mi petición.

Doña María escucha. Ella entiende muy bien la postura de la reina. Sabe que los motivos que esgrime la soberana son auténticos, aunque la verdadera razón por la que no firma ningún documento que avale la protesta es otra. Un poderoso argumento al que no ha aludido. Por ello le plantea:

—Señora, ¿no teméis que os enfrenten a vuestro hijo don Carlos? —le pregunta doña María de Ulloa.

Doña Juana levanta la cabeza como impulsada por un resorte, y con expresión contundente manifiesta:

—Nadie conseguirá jamás ponerme a mal con mi hijo. Ya les he dicho que no malmetan entre nosotros. Mi hijo está por encima de todo.

La infanta doña Catalina interrumpe a su madre para decir:

—Pero él es el heredero y vos sois la reina.

—No opines sobre algo que desconoces, Catalina, eres muy joven, algún día entenderás. Ya les he dicho que podemos seguir igual, pero ellos me responden hablándome mal del cardenal Adriano, y yo no puedo consentir que digan esas cosas de él cuando tengo pruebas de que, aunque es extranjero, es buena persona. Además, doña María, sé que vos lo vais a entender: el hecho de que el almirante don Fadrique Enríquez no apoye a los comuneros me hace dudar. Pero hablemos de otras cosas. Contadnos alguna de vuestras historias, doña Ana —pide la reina.

Doña Juana no les dice que ya ha tomado la decisión de no apoyar a la Santa Junta, por más que insistan sus representantes. Claro que sabe que su hijo ha consentido el encierro al que la ha sometido el marqués de Denia, pero carece de fuerzas y de ánimo para enfrentarse a él. Y si lo hiciera, ¿qué pasaría? ¿Cuánto tiempo estaría ella al frente del gobierno? Espera que todo lo que está sucediendo haga reflexionar a su hijo.



Los días van pasando y la desilusión es cada día mayor en las filas comuneras. No consiguen nada de doña Juana, que sigue reuniéndose con ellos y disfrutando de su libertad, pero se niega a firmar ningún documento.

Muchos de los miembros de la Santa Junta, convencidos de que nada conseguirán de la soberana, son partidarios de asumir solos la responsabilidad de gobierno, pero esta decisión no es del agrado de todas las ciudades, que amenazan con abandonar la Comunidad.

Mientras tanto, en el ejército realista, el cardenal Adriano observa con esperanza el comportamiento de la reina. Sabe que están en sus manos y que si doña Juana firma alguna de las reivindicaciones que le presentan significará la deslegitimación de don Carlos, al que le habla del gran amor que le está demostrando su madre al no hacer nada que pueda perjudicarlo.

El cardenal Adriano piensa que una forma de reforzar la postura de la reina es la de darle un mayor protagonismo a algunos miembros de la nobleza castellana en el gobierno. De esta manera, la decisión de don Carlos de nombrar corregentes de Castilla al almirante Fadrique Enríquez y al condestable Íñigo Fernández de Velasco abrirá una profunda fisura en las filas comuneras, ya resquebrajadas por los movimientos antiseñoriales que han sido el origen de la defección por parte de la pequeña nobleza del movimiento comunero. Los nobles no querían ver afectados sus intereses particulares. Defección que ahora se incrementa con las medidas adoptadas por el hijo de doña Juana, en las que incorpora al gobierno a destacados miembros de la nobleza, lo que lleva a la mayoría de los nobles a olvidarse de los ideales de la Santa Junta.



Octubre discurre tranquilo para doña Juana, que sorprende a todos con un comportamiento totalmente normal, como comentan algunas personas que se entrevistan con ella.

Una normalidad de la que los comuneros empiezan a dudar al comprobar que no son capaces de convencerla. No entienden que ella quiera defender el trono para su hijo a riesgo de volver a ser encerrada.

—¿Y decís, doña María, que entendéis el comportamiento de la reina? —pregunta doña Ana Cifuentes.

—Sí. Yo en su lugar no sé cuál sería mi reacción, pero entiendo muy bien la postura de doña Juana. Hace bien en no dejar el gobierno en manos de personas que desconoce. Ella carece de la fuerza necesaria para imponerse al equipo que la ayude a gobernar. Y, además, desconfío de si la respetarían al llegar al poder. Es posible que lo hicieran, pero quién sabe lo que decidirían una vez que doña Juana desautorizase a su hijo don Carlos —dice pensativa doña María de Ulloa.

—Puede que tengáis razón, pero esta es la única forma de conseguir la libertad y poder disfrutar de una vida normal. Creo que doña Juana con esta actitud demuestra que su mente no

discurre bien —asegura doña Ana Cifuentes.

Las dos esperan en la antesala de las habitaciones de la reina. Doña Juana les ha pedido que la acompañen al monasterio de Santa Clara para hablar con la superiora. Hace unos días que la reina les ha regalado una hermosa tabla flamenca para una de las capillas. Seguro que la superiora quiere enseñarle cómo ha quedado la capilla donde la han colocado.

—Pues yo pienso todo lo contrario; hablemos bajito —pide doña María—. Creo que al no comprometerse, doña Juana da muestras de su cordura al no enfrentarse a su hijo. Hay tantos gestos en su vida con los que ha demostrado que lo que más desea es asegurar el trono para su heredero legítimo que no me sorprende su actitud.

—Sabéis que yo siempre he creído, desde que entré en contacto con ellos, en los ideales que mueven a los comuneros. Sin embargo, ahora que han tomado la decisión de prescindir de su capitán, don Juan de Padilla, que sin duda es uno de los más valerosos, no sé muy bien qué pensar —dice doña Ana, que añade—: Doña María, quiero contaros algo, ya sabéis que con vos no tengo secretos, pero no me gustaría que la reina se enterase.

—¿Qué ha pasado? Contadme.

—Veréis, hace unos días, tanto la infanta doña Catalina como yo firmamos un escrito para que la Junta no cesase en sus funciones al capitán Padilla. Sé que no deberíamos haberlo hecho, pero no nos dimos cuenta —cuenta doña Ana Cifuentes.

—Pues sí que es una imprudencia. ¿Cómo se os ha ocurrido? ¿Conocéis a Padilla?

—No. Pero tengo un amigo, montero de la reina, que me ha hablado mucho de él y siempre con gran admiración —aclara doña Ana que añade—: Mi amigo también conoce a don Pedro Girón, que es quien lo ha sustituido.

—A don Pedro Girón también lo conozco yo —dice doña María—. Es hijo del conde de Urueña.

—Por el tono que habéis empleado casi me atrevería a decir que no es de vuestro agrado —aventura doña Ana.

—Así es. Creo que no siente los ideales comuneros. Tal vez no debería decirlo, pero presiento que se ha unido a ellos por puro resentimiento.

—¿Resentimiento? ¿Contra quién? —pregunta doña Ana Cifuentes.

—Contra el gobierno porque no le concedieron el ducado de Medina Sidonia. A la muerte del cuarto duque de Medina Sidonia, Pedro Girón solicitó el título para su mujer, que era hermana del fallecido, alegando que el hermanastro, a quien pasaría el ducado, no era legítimo. Todo resultó inútil. Seguiremos hablando, ya viene la reina —dice doña María.



Es posible que la elección del nuevo capitán del ejército comunero, Pedro Girón, no fuera un acierto.

Con esa medida, la Santa Junta intenta reaccionar ante la complicada situación. No solo es la defección de la nobleza lo que preocupa a los comuneros, sino que los grandes títulos han decidido tomar partido al lado de las tropas leales al rey.

El número de nobles que con sus hombres acuden a Medina de Rioseco para unirse al ejército de los realistas va en aumento cada día. En la última semana habían sido los condes de Miranda, Haro, Luna y Benavente y el marqués de Astorga los que se habían puesto a las órdenes del cardenal Adriano.

Ante esta situación, los miembros de la Santa Junta, en un intento de recuperar el prestigio que para ellos encierra contar con la presencia del estamento nobiliario entre sus filas, deciden cesar a Juan de Padilla y poner en su lugar a Pedro Girón, que es miembro de la nobleza. Creen que esto animará a otros nobles a acercarse a las filas comuneras. Pero el desconcierto se apodera del ejército al ver cómo Juan de Padilla, después de ser cesado, abandona Tordesillas con las milicias de Toledo.

Desde Medina de Rioseco, los realistas se refuerzan y observan con alegría las divisiones que sufre la Comunidad. Esperan el momento oportuno para atacar Tordesillas y hacerse con la reina.

Adiós a los comuneros  
*Tordesillas, diciembre de 1520*

—Señora, es posible que antes de las Navidades los comuneros ya no estén en Tordesillas. Se dice que los realistas están a punto de atacar, y nadie duda de su victoria —le dice doña María de Ulloa.

—Sentiré que se vayan. Estos meses que han estado aquí he recobrado mi libertad —asegura doña Juana.

—Y a pesar de ello no os decidís a apoyarlos —apostilla doña María.

—Sí, los apoyo, aunque no como ellos quieren. Yo no voy a desautorizar a mi hijo nunca. Además, ahora que el almirante don Fadrique Enríquez permanece al lado del cardenal Adriano, me reafirmo en mi postura. No puedo ponerme del lado de personas desconocidas para mí, por muy buenas que sean, cuando están en contra de todas las que yo conozco.

—Os entiendo muy bien —asegura doña María.

—No sé si sabéis que los representantes de la Comunidad que se reúnen conmigo me han amenazado con llevarme prisionera al castillo de Benavente si no accedo a sus peticiones —comenta doña Juana.

—Lo desconocía. Me parece un signo más de su desesperación. Yo creo —manifiesta doña María— que presienten que se acerca su final.

—¿El ejército se ha ido? —quiere saber doña Juana.

—Sí. Pedro Girón ha decidido tenerlo acuartelado en Villabrájima.

—Qué pena, yo nada puedo hacer para evitar el enfrentamiento —se lamenta la reina—. Doña María, ¿qué os ha parecido la reacción de la superiora del convento? No esperaba que se mostraran tan agradecidas. La tabla flamenca les ha emocionado hasta tal punto que, no sabiendo cómo corresponderme, han pensado en la posibilidad de representar un auto sacramental para esta Navidad.

—Es normal que se mostraran contentas y creo que es muy hermosa la forma que han elegido para daros las gracias —dice doña María.

—Ya han comenzado los ensayos. Quieren que la infanta participe en la representación —cuenta doña Juana.

—¿Se anima?

—Es un poco reacia. Creo que al final accederá. Doña Ana seguro que la convence. Ella también actuará —contesta la reina.

—Reconozco que nunca había oído nada de esa composición, *Auto del Nacimiento de Nuestro Señor*. Sí sabía de la existencia del poeta y dramaturgo palentino, Gómez Manrique, y conozco alguna de sus composiciones —cuenta doña María.

—Me dijo la abadesa que la obra fue escrita por encargo de la hermana de Gómez Manrique, doña María, que era vicaria en el convento de Calabanzos, y que solo allí había sido representada

la obra —aclara doña Juana.

—¿Y por qué la conoce la madre abadesa? —quiere saber doña María.

—Es muy sencillo, una de las hermanas estuvo en el convento de Calabanzos donde se sigue representando todas las Navidades. Ella fue la que se la enseñó a la comunidad de Santa Clara —explica doña Juana.

—Me encantará ver la representación. Tiene que ser muy bonita. El otro día en el ensayo, el villancico que cantan las hermanas, *Callad, fijo mio chiquito*, me pareció muy bonito —comenta doña María.

—Sí que lo es. Seguro que recordáis la letra —dice riendo doña Juana.

—Solo unas estrofas:

*Callad vos Señor,  
Nuestro Redentor,  
que vuestro dolor  
durará poquito.  
Callad, fijo mio chiquito.  
Ángeles del cielo  
venid dar consuelo  
a este mozuelo  
Jesús, tan bonito.  
Callad, fijo mio chiquito.*

—Sabía que lo recordaríais. Tenéis muy buena memoria. Sin embargo yo, que lo he escuchado más veces que vos, soy incapaz de recordar poco más de «callad, fijo mio chiquito». Recuerdo canciones de mi niñez, pero lo que escucho ahora se me va —confiesa doña Juana.

—A mí me sucede lo mismo, señora, es síntoma de que los años van pasando —la consuela doña María.

—¡Ay!, doña María, me siento tan reconfortada al pensar que vamos a celebrar la Navidad. En mi vida de cautiva todo es oscuridad. Los días y las horas son iguales. Pero este año disfrutaremos. Me ha dicho doña Ana que nos preparará mazapanes.

—Los hace muy ricos —apunta doña María.

—Doña Ana me ha contado la historia del mazapán y asegura que su origen está en un convento de Toledo, el de San Clemente, en el que la comunidad de monjas, ante la falta de alimentos, decidió machacar una importante cantidad de almendras que guardaban y mezclarlas con azúcar. Y así nació el riquísimo mazapán —relata doña Juana.

—Conocía la historia. Fue en uno de los asedios a Toledo en el siglo XIII. También el turrón, que creo es de origen árabe, fue elaborado por primera vez en nuestra tierra en un convento de monjas —explica doña María.

—Es verdad que las religiosas son siempre unas buenísimas reposteras. Doña María, me apetece que demos un paseo. No creo que haga mucho frío.

—Como mandéis, señora.



El día 2 de diciembre, el ejército comunero al mando de su capitán, don Pedro Girón, abandona el acuartelamiento de Villabrájima y se dirige a la conquista de Villalpando.

Los miembros de la Junta, que permanecen en Tordesillas, no entienden las razones de esta maniobra, como tampoco llegan a comprender el porqué de la inactividad del ejército, que había permitido que los realistas se reforzaran. Y ahora, comprueban temerosos cómo su ejército se ha ido, dejando el camino libre hacia Tordesillas, donde ellos se encuentran. Nadie desconoce lo importante que es para los realistas llegar hasta la reina.

Amanece el 5 de diciembre, una fecha que permanecerá en la historia por ser ese el día en que se librará la conocida como batalla de Tordesillas.

Don Pedro Girón y sus hombres tomaron Villalpando sin apenas oposición, pero dejaron desprotegidos a la reina y a los miembros de la Santa Junta, que al saber que el ejército realista se acerca, acuden al palacio para ver a la soberana en un último intento de que los apoye.

Doña Juana no atiende a sus peticiones y manda que las puertas de palacio permanezcan abiertas para recibir a los realistas.

El ejército realista, al mando del conde de Haro, no encuentra grandes dificultades para hacerse con la guarnición comunera en Tordesillas.

Después del enfrentamiento, los robos y saqueos fueron inevitables. Solo fueron respetados las iglesias, los monasterios y el palacio de doña Juana.

Comenzaba el ocaso de las comunidades. Algunos de los miembros de la Santa Junta consiguieron huir, pero trece fueron detenidos.

Cuando los realistas se acercan a palacio, la misma reina, acompañada de su hija la infanta doña Catalina, sale a darles la bienvenida. Su alegría es grande cuando descubre, entre los que llegan a palacio, a don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla.

Pero doña Juana no repara en todos los que han acudido a saludarla. De haberlo hecho, habría descubierto al temido y odiado marqués de Denia.

## Tres meses de sosegada incertidumbre

### *Tordesillas, enero de 1521*

El mes de diciembre discurrió para doña Juana en la más completa normalidad. Su relación con las monjas de la comunidad de Santa Clara es cada día más auténtica, y de momento doña María sigue en Tordesillas, aunque no se sabe muy bien cuál será el futuro que le espera a la reina.

El enfrentamiento entre el almirante de Castilla y el marqués de Denia, que se disputan su influencia sobre don Carlos, favorece este estado en el que nadie ha tomado las riendas de la casa de la reina. Doña Juana se mueve con la misma libertad de la que disfrutaba cuando estaban los comuneros, aunque el marqués haya vuelto al palacio.

La soberana vive ajena a todas las intrigas de los nobles. Pero doña María de Ulloa y doña Ana Cifuentes están muy al tanto de lo que sucede y lo siguen con verdadero interés sabiendo todo lo que está en juego.

—Yo creo que don Carlos debería valorar lo que su madre ha hecho por él —dice doña Ana—, aunque yo no esté de acuerdo con la decisión tomada por la soberana, porque pienso que tenía que haber apoyado a los comuneros.

—Sin embargo, yo, que entiendo y aplaudo, dadas las circunstancias, la postura de la reina, y creyendo que su hijo debería agradecerse, dudo que lo haga —dice con pena doña María.

—Es muy triste lo que decís. Doña Juana merece un respeto. Trastornada o cuerda, lo que ha demostrado es que no es influenciable y que vela por los intereses de su hijo —dice doña Ana con enfado.

—Mi opinión, querida doña Ana, no obedece a mi conocimiento de los personajes, sino que es fruto del análisis que hago de lo que está sucediendo entre el almirante de Castilla y el marqués de Denia.

—En este tema pienso, aunque igual me equivoco, que el almirante quiere convencer a don Carlos para que se preocupe por Castilla y por su madre. Al marqués, por el contrario, solo le mueve el interés propio, el incremento de su patrimonio y, por supuesto, el fortalecimiento de la dinastía Austria, que es la que le va a enriquecer.

—Mi querida doña Ana, siempre habéis sido muy lista, aunque tal vez demasiado directa, pero me parece que acertáis en vuestro análisis, aunque al almirante también le mueve la ambición. Él tendría un mayor protagonismo en el gobierno si doña Juana no estuviera tan aislada. ¿No habéis observado que la reina le llama con frecuencia y pasan horas reunidos?

—Sí, y también que algunas personas de la casa de don Fadrique han sido empleados en palacio —contesta doña Ana.

—¿Cuál de los dos creéis que será capaz de convencer al emperador? Si es el marqués de Denia, ya me puedo disponer a abandonar el castillo —apunta doña María.

—¿Qué opinará el cardenal Adriano de este tema? —quiere saber doña Ana.

—Pienso que no apoyará abiertamente a ninguno de los dos. Me imagino que no es partidario de recluir a la reina en las mismas condiciones a las que el marqués la tenía sometida. Me consta que en reiteradas ocasiones el cardenal le dijo a don Carlos: «Mirad qué amor os tiene vuestra madre». Pero también es verdad que no creo que apoye la idea de dar un mayor protagonismo a Castilla, como desea el almirante. Aunque quiero pensar que no será partidario de aplicar la máxima pena a los comuneros, como defiende el marqués de Denia —aclara doña María.

—¿Habéis visto hoy a la reina? —quiere saber doña Ana.

—He pasado por sus aposentos esta mañana, como hago siempre, para organizar un poco el día, y para mi sorpresa me dijo que no le apetecía hacer nada, que se quedaría todo el tiempo sola. Estaba triste, y la verdad es que no quise incomodarla preguntándole qué le pasaba —cuenta doña María.

—Es que yo he ido hace un momento y no ha querido recibirme, por eso os preguntaba —aclara doña Ana, que añade—: Es posible que le preocupe la presencia del marqués de Denia en palacio.

—Puede ser, aunque lo dudo. Ayer estuvo reunida con don Fadrique Enríquez. Ella confía en él. Y mientras pueda seguir como hasta ahora, creo que está encantada.



Doña Juana se encuentra sentada frente a la ventana. Podría pensarse que se distrae mirando el paisaje, pero sus ojos cerrados, la aíslan de cuanto acontece a su alrededor. No, no se ha quedado dormida. Qué más quisiera ella que poder descansar, pero hay días que le cuesta tanto conciliar el sueño... Tiene la sensación de que tampoco el sueño se apiada de ella.

Tendría que estar contenta. Don Fadrique dice ocuparse de su situación y acude a visitarla cada vez que se lo pide. Sabe que la respeta como reina. Se conocen desde hace mucho. Juntos recuerdan, algunas veces, los momentos que compartieron camino de Flandes y los primeros días allí vividos. Es persona agradable. Le sienta bien hablar con él, pero ayer le dijo algo que sembró en ella la duda y la inquietud.

¿Por qué yo no puedo vivir tranquila? —se pregunta doña Juana—. No necesito tener mayor presencia en el gobierno. Solo deseo que me dejen en paz. Me entristece que don Fadrique piense que debo tomar decisiones. No acepto que quieran enfrentarme con mi hijo. Si fuera tan fuerte como lo era mi madre, la reina, sabría muy bien qué hacer, pero no lo soy. Necesito ayuda para gobernar. ¿Acaso es eso un pecado por el que deban castigarme? Me inquieta que el marqués de Denia vuelva a asumir la dirección de esta casa. Ayer don Fadrique me dijo que él se opone, pero que todo dependerá de mi hijo, don Carlos. Algo en su voz y en la forma de decírmelo me llevó a pensar que eso es lo que va a suceder. ¿Cómo voy a gobernar Castilla si soy incapaz de imponer mi criterio en la dirección de mi propia casa? Nadie me apoya ni obedece. Me prometen hacerlo si me enfrento a mi hijo... Eso nunca lo conseguirán. Es posible que yo tenga hoy un mal día y que don Fadrique no haya querido transmitirme la desesperanza que yo, tal vez equivocada, creí percibir. Sí, puede que todo sea fruto de mi imaginación. ¿Por qué mi hijo iba a confiar más en el marqués de Denia, que me ha maltratado, que en el almirante de Castilla, al que él mismo ha

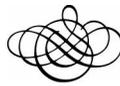
convertido en corregente del reino? No, no puede ser que mi hijo don Carlos prefiera al marqués de Denia. Mi hijo sabe del comportamiento de este personaje para conmigo. Y ahora también sabe cómo he defendido sus intereses al no acceder a lo que me pedían los comuneros. No, mi hijo don Carlos tiene que dejarme vivir tranquila. Tiene que ser consciente de que nunca le voy a hacer ningún tipo de daño.

Doña Juana se levanta. Pasea despacio por el cuarto. Deambula de un lugar a otro de forma insistente.

No —se dice—, hoy no saldré de mi habitación. Es posible que no existan razones para que me sienta tan triste, pero es como si una mano me oprimiera el pecho impidiéndome respirar.

Doña Juana bebe un poquito de agua y se acerca a uno de los cofres que cubren totalmente la superficie de una mesa. Busca en uno de ellos y toma en sus manos un rosario.

—Le pediré ayuda a la Santísima Virgen.



Nadie, en aquellos momentos, es ajeno a la lucha diplomática que se está manteniendo entre el almirante de Castilla y el marqués de Denia para hacerse con el control de la casa de la reina.

Cada vez que se intentaba cubrir una vacante entre el personal de la casa, la pugna era inevitable entre dos candidatos: uno del marqués y otro del almirante, que, sin duda, representaban sus intereses. Mientras que el candidato propuesto por el almirante procedía de algún estamento castellano, el del marqués estaba vinculado a él y a su familia. Eran dos concepciones totalmente distintas ante las que el cardenal Adriano nada podía hacer.

Las denuncias de uno y otro se suceden ante el rey Carlos. Denia acusa al almirante de dejar en libertad a un grupo de comuneros. El almirante le cuenta al rey que en Tordesillas y todo el personal a su servicio odian al marqués y que se teme puedan asaltar el palacio.

Denia, consciente de este sentimiento hacia su persona, intenta trasladarse con la reina a Arévalo, pero Carlos lo desaprueba: no desea que la fuerza sea utilizada con la reina, ya que ella jamás aceptaría el traslado.

La pugna sigue entre estos dos personajes. Al final, el marqués de Denia será el ganador haciéndose poco a poco con el poder absoluto de la casa de la reina. Aquel verano de 1521, el marqués hará valer su autoridad, volviendo a encerrar a la reina en sus aposentos.

## La infanta Catalina se defiende ante su hermano

*Tordesillas, agosto de 1521*

—Doña María, no quiero que os vayáis. No pueden privarme de vuestra compañía. Decidme, ¿qué puedo hacer para reteneros?

—No debéis hacer nada, el marqués me ha dicho que puedo volver a pasar temporadas con vos —miente doña María—, así que antes de que me echéis de menos estaré de nuevo aquí.

—¿Cómo es posible que mi hijo apoye al marqués? Alguien tiene que estar engañándole.

Doña María no debe y no quiere hacer ningún comentario a lo que la reina acaba de decir. Su opinión le haría mucho daño, es más, posiblemente no la aceptaría. Por ello le dice:

—Doña Juana, prometedme que os cuidaréis mucho. Tenéis que ser fuerte. Me han dicho que el grupo de músicos se queda.

—Es una buena noticia, por lo menos podré disfrutar de la música, aunque sea de vez en cuando —dice esperanzada la reina—. Por cierto, ¿conocéis al muchacho que ha llegado como menino de la infanta?

—Ayer lo vi. Es hijo del duque de Gandía. Se llama Francisco de Borja y parece un muchacho despierto —le dice doña María.

—¿Del duque de Gandía decís? ¿No son descendientes del papa Borja? —pregunta doña Juana.

—Sí, el abuelo paterno del chico es hijo del papa Alejandro VI. Pero lo que os va a sorprender es que el abuelo por parte materna es hijo natural de vuestro padre, el rey don Fernando.

—¿Os referís al arzobispo de Zaragoza?

—Sí, a don Alonso de Aragón —aclara doña María.

—Importante linaje el de este muchacho. Le pediré a la infanta que me lo presente. ¿Qué sabéis de doña Ana Cifuentes?

—Se queda. No tengo ni idea de cómo lo ha conseguido. Creo que doña Ana tiene conquistada a la marquesa, y ha sido ella quien ha decidido que permanezca en palacio. Es una suerte porque nos seguirá sirviendo de enlace.

—Pero ¿no decís que regresaréis pronto? —inquieta doña Juana.

—Sí, pero puede surgir cualquier imprevisto —aclara doña María.

—Doña María, ¿seguís conservando la casa de Arcos?

—Sí. Una de mis hijas vive temporadas allí.

—Guardo unos recuerdos tan hermosos del verano pasado en Arcos. Aún puedo revivir el tiempo transcurrido en vuestra casa, en mitad del campo, solo rodeada del canto de los pájaros. Mi hija tenía unos meses y ya era entonces lo más importante de mi vida. No sabéis las gracias que le doy a Dios por haberla dejado a mi lado. Muchas veces pienso que sin ella no habría

podido soportar esta vida. ¿Sabéis, doña María? Tenía que haberme quedado allí y no obedecer a mi padre, que me convenció para traerme a esta prisión. Pero si soy sincera, y con vos, doña María, deseo serlo, es probable que si ahora mi padre estuviera aquí, tampoco sería capaz de llevarle la contraria. Mi educación y formación no me lo permitirían. Tenéis que prometerme que la próxima vez que vengáis me traeréis unas rosas blancas del rosal que está en la parte de atrás de la casa de Arcos. Bueno, siempre que no sea invierno, porque creo recordar que las flores a las que aludo se daban también en otoño.

—Descuidad, sé muy bien cuál es el rosal al que os referís. Afortunadamente sigue en pie. Y si veo que en su floración no puedo venir a veros, os haré llegar un bonito ramo.

A doña María le cuesta dominar su emoción, es posible que sea la última vez que se vean. Pero ella también es mujer fuerte, educada para no manifestar sus emociones y sentimientos. Se acerca a la soberana para besar su mano respetuosamente, pero doña Juana se levanta y la abraza por primera vez en su vida.



La infanta doña Catalina pasea nerviosa por su habitación. Cada poco mira hacia la puerta. Por fin unos golpecitos anuncian que alguien llega.

—Perdonad el retraso, pero he estado despidiéndome de mi amigo Rodrigo, uno de los monteros de vuestra madre —dice doña Ana Cifuentes.

—Le conozco, ¿por qué se va? —pregunta la infanta.

—Lo echan. No solo lo despiden a él. Son varios los monteros de los que prescindieron por considerarlos cercanos al movimiento comunero —explica doña Ana.

—La actitud del marqués es terrible. ¿A qué tiene miedo? Si ya han ajusticiado a los líderes en Villalar. Me da mucha pena pensar en don Juan de Padilla —confiesa doña Catalina.

—También a mí me entristece el final que han tenido —corroborra doña Ana.

—Os he llamado porque quería leeros alguno de los párrafos de la carta que le he escrito a mi hermano, don Carlos, en la que le doy cuenta de la situación que estamos viviendo mi madre y yo. Ya sabéis que hace unas fechas le escribí defendiéndome de las acusaciones que el marqués de Denia hizo de mí, señalándome como amiga de los comuneros —dice doña Catalina muy indignada.



Nada más hacerse con el poder absoluto, el marqués de Denia tomó sus represalias. No se atrevió a acusar a doña Juana de ayudar a los comuneros porque a la vista estaba que no los había apoyado, pero su orgullo tenía que encontrar otra vía de escape y por eso decidió acusar a la infanta doña Catalina, que tenía catorce años, de haber tenido trato continuado con los rebeldes. No solo le escribió al rey, también habló con el cardenal Adriano para informarle del dudoso

comportamiento de la infanta que, enterada de lo que se contaba de ella, se defendió ante su hermano.

También el cardenal Adriano se informó de lo sucedido y, convencido de que el tema se había exagerado, escribió a don Carlos:

*Yo vi esa queja estando en Tordesillas y procuré saber la verdad. Ya lo que me pareció hallé que había estado muy cuerda en todo, y en lo que pudo se apartó de conversaciones de los que estaban en deservicio de V. M. Y así hago saber a V. A., lo cierto, suplicándole en todo ello y en lo demás que a la señora Infanta tocara, mande proveer y favorecerle con toda honra, como es razón y se debe.*

A pesar de conocer este escrito de su hombre de máxima confianza, don Carlos sigue sosteniendo y apoyando al marqués de Denia al frente de la casa de su madre. De nada van a servir las quejas que doña Catalina, su hermana, le envía.



—Doña Catalina, ¿le contáis a vuestro hermano lo sucedido hace unos días cuando vuestra madre, la reina nuestra señora, quiso pasear por el corredor?

—Sí. Escuchad:

*V. M. provea, por amor de Dios, que si la Reina, mi señora, quisiere pasear al corredor del río o de las esteras o salir a su sala a recrear, que no gelo estorben, y que sus hijas ni criados de la Marquesa, ni otra persona se lo impidan.*

—Perdonadme, doña Catalina, tal vez deberíais añadir que el marqués, para no dejarla pasear por el corredor, argumenta que la reina grita pidiendo ayuda y venganza para los que la maltratan. Y que todo eso es falso. Y aunque fuera verdad, tendría que llevarle a examinar la vigilancia y el control a los que la tiene sometida.

—Sí, es posible, pero como sé la confianza que mi hermano tiene en el marqués, he considerado más conveniente no aludir a él directamente, aunque en lo referido a mi persona, le cuento que me han obligado a firmar cartas que yo no he escrito y le hablo del trato vejatorio al que me someten la marquesa y sus hijas. Atended:

*Suplico a V. M. les escriba y envíe a mandar que me traten de otra manera y que haya alguna diferencia de mí a sus hijas en lo público.*

Doña Ana conoce a la perfección lo que está sucediendo. Sabe que la marquesa y sus hijas les roban joyas y ropa, pero no se lo dice a la infanta para no disgustarla, aunque doña Catalina es consciente de que la marquesa desea que sus hijas sean más importantes que ella.

—¿Sabéis, doña Ana? No me perdonan mi buena relación con la esposa del almirante. Pusieron el grito en el cielo cuando descubrieron que me escribía con ella. También se lo cuento a mi hermano. Al final del escrito le digo:

*Por amor de Dios, suplico a V. M. que le dé crédito y lo mande proveer con la brevedad que ser pueda, acordándose que la Reina mi Señora y yo no tenemos otro bien ni remedio sino V. M.*

—Me parece muy bien todo lo que le contáis a vuestro hermano y os agradezco la confianza que depositáis en mí al decírmelo —le expresa doña Ana.

—Sabéis que no tengo a nadie de confianza. Y a mi madre no quiero hablarle de ello.

—Hacéis bien, solo le causaríais dolor.

—Doña Ana, me alegro tanto de que os hayan dejado en palacio. Hubo un momento en que creí que prescindirían de vuestros servicios. Cuando el marqués me llamó para conocer mi opinión sobre vos, cumplí vuestras instrucciones. No manifesté ningún interés por que os quedarais. La marquesa me preguntó insistentemente por vuestra relación con los comuneros y yo mentí. Le dije que estabais en total desacuerdo. Que cuando me acompañabais, lo hacíais de mala gana.

—Muchas personas son menos listas de lo que se creen. Todo consiste en seguirles el juego y utilizar las cartas que sabes que les gustan —dice sonriendo doña Ana.

—Doña Ana, estoy contenta con el joven que ha llegado a palacio para servirme. Creo que voy a congeniar bien con él.

—No sabéis cuánto me alegro. Solo he hablado con él una vez y debo deciros que parece buena persona.

—¿Habéis visto hoy a mi madre?

—No. Tengo que tener cuidado y no visitarla mucho en sus aposentos. La marquesa sabe que doña Juana me aprecia y me utiliza para que intente convencerla en algunos momentos, pero no vería con buenos ojos que la frecuentase demasiado —cuenta doña Ana.

—A mí han vuelto a restringirme las visitas —dice la infanta enfadada—. No podré entender nunca el comportamiento de los marqueses y menos el de mi hermano, que lo consiente. Porque él tiene que saber todo lo que aquí sucede, ¿verdad?

—Es posible que no lo sepa y que los marqueses se tomen más atribuciones de las que les corresponden. Por eso es tan importante lo que le habéis escrito a vuestro hermano.



En sus aposentos, doña Juana llora en silencio. Le duele la garganta de lo que ha gritado, pero nadie ha acudido a su lado. La han vuelto a encerrar como castigo por haber subido a la torre.

Hacía unos días que había intentado pasear por el corredor que mira al río y se lo impidieron, empleando incluso malos modos. Esta mañana deseaba tanto respirar un poco de aire puro que para deshacerse de la dama que vigilaba en la antecámara le había pedido que se acercara al monasterio a recoger unos dulces que las monjas hacían para ella.

Nada más sentir que la dama se alejaba, doña Juana había salido corriendo hacia el corredor, pero en vez de quedarse allí había subido a la pequeña torre cuadrada, pensando que en ese lugar estaría oculta a las miradas y no la verían desde fuera en aquel recóndito mirador.

Y así fue. Nadie se percató de su presencia. Pero sin darse cuenta, doña Juana se quedó demasiado tiempo. Se le olvidó que la dama regresaría con el encargo de las monjas y al no

encontrarla en sus aposentos se alarmaría, como así sucedió.

La buscaron por todas partes. A nadie se le ocurrió pensar que podría haber subido a la torre. Asustadas, las damas se vieron obligadas a contárselo a la marquesa ante el temor de que hubiera abandonado el palacio.

—No, eso no es posible. No puede haber salido de palacio. La habría visto alguien. Tiene que estar en algún lugar en el que no habéis mirado. Vamos a registrarlo todo. Que el marqués no se entere —pide doña Francisca Enríquez.

—¿Habrá ido a las habitaciones de la señora infanta? —pregunta una de las damas.

—No creo. Desconoce cuáles son —afirma la marquesa, que añade—: Tiene que estar en algún lugar de la galería...

Al llegar al corredor, la marquesa manda que se dividan en dos grupos para impedir que doña Juana pueda escaparse al verles, ya que de esa forma, al entrar por uno y otro lado, le bloquearán la salida.

Se encuentran los dos grupos y comprueban que su búsqueda resulta infructuosa.

Ya en la escalera para bajar al piso inferior sienten un ruido en la parte de arriba, lo que lleva a la marquesa a exclamar:

—¡Está en la torre de los vigías! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? ¡Vamos!

Doña Juana las siente llegar y sale a su encuentro. Se sitúa en la puerta e, impidiéndoles el paso, les dice:

—No quiero que nadie me moleste. He venido a la torre a respirar un poco de aire puro. Podéis iros.

—Pero señora —dice una de las damas.

La marquesa, que se encuentra más atrás, no deja seguir hablando a la dama y con tono autoritario se dirige a la reina:

—Doña Juana, sabéis que tenéis prohibido salir de la habitación. Nos habéis dado un buen susto. Regresad ahora mismo —ordena la marquesa.

—No lo voy a hacer. Aquí la única que da órdenes soy yo —dice la reina.

—Si no bajáis de buena gana, nos veremos obligadas a bajaros a la fuerza. Por favor, sed razonable —pide la marquesa.

—Desconozco a quién puedo hacer daño saliendo unos minutos a mirar el cielo. ¿Razonable decís? Pues no. No lo soy. Y no iré a mi habitación hasta que yo lo decida.

La reina se da la vuelta y se encamina al interior de la torre. Una de las amas la toma del brazo. La reina consigue desasirse de ella y agarra una jarra que les lanza mientras grita:

—¡Os he dicho que me iré cuando yo considere que debo hacerlo!

—¡Detenedla y llevadla a su habitación! —grita la marquesa.

Les cuesta, porque doña Juana se defiende, pero al final varias de las damas consiguen dominarla y conducirla a su habitación, donde es encerrada con llave.

Dios mío, ¿cómo voy a poder soportarlo? Me han encerrado. Me han amenazado con tapiar mi ventana para que no sepa cuándo es de día o de noche. Pero ¿qué he hecho yo? ¿Por qué mi hijo lo consiente? Claro que puede que no sepa cómo se ensañan conmigo los marqueses. Casi no me dejan ver a mi hija. Me han prohibido recibir visitas. No quiero caer en la tentación de preguntarme si merece la pena vivir en estas condiciones. Sé que la vida nos la da Dios y Él nos la quita, pero desconozco por qué no se apiada de mí. Debería rezar. Tranquilizarme. No sé qué

puedo hacer, en qué pensar, necesito aliviar mi desasosiego. Si pudiese convencer a algunas de mis guardianas para que accedieran a ayudarme, aunque solo fuera un poquito. Soy la reina de Castilla y vivo encerrada y maltratada. Sin poder disponer de un mínimo de libertad. Mis pretensiones son muy sencillas: poder asistir a misa, pasear alguna vez y respirar un poco de aire puro. Siento que me ahogo...

## Visita imperial

### *Tordesillas, otoño de 1524*

Hace más de tres años que el marqués de Denia ha vuelto a hacerse cargo de la dirección de la casa de la reina. Tres años de encierro total y sometiendo a la soberana a un trato denigrante. Tres años en los que se han producido determinados acontecimientos a los que la reina de Castilla ha permanecido ajena.

Nadie le ha contado a doña Juana que su hijo Fernando, el que había crecido en Castilla al cuidado de su abuelo, se había casado con Ana Jagellón, hermana del rey de Hungría, Luis II, que a su vez se había casado con su hija María. Ni que su hija Leonor, casada con el viejo rey de Portugal, Manuel I, se había quedado viuda después de concebir dos hijos.

Doña Ana Cifuentes, en las pocas visitas que hace a la reina, sí le ha contado que el cardenal Adriano fue elegido papa, aunque no le ha informado de que al año de pontificado había fallecido.

Hace más de tres años que la han encerrado en su habitación. Los marqueses de Denia han incrementado las medidas de seguridad de la soberana hasta extremos insospechados. Le han clausurado la única ventana de su habitación y la luz en la que vive es solo la que le brindan las velas. Luz zigzagueante que a veces se vuelve fantasmagórica. Su vida es una continua pesadilla de la que no consigue despertarse. Aunque existen pequeños paréntesis que le hacen volver a tomar conciencia de quién es. Esto sucede cuando su hija la infanta doña Catalina la visita.

—Mi querida hija, cómo te agradezco que vengas a pasar la tarde conmigo. Hace mucho tiempo que no hablo con nadie. Eres toda una mujer y muy guapa. Querida Catalina, te pareces tanto físicamente a tu padre.

—Si pudiera, madre, vendría todos los días —dice la infanta tomando las manos de su madre.

—Ya lo sé, no necesitas decírmelo. Pero dime, ¿cómo se portan contigo?

—Mal. El hecho de que no sea libre para venir a veros cuando quiera ya es reflejo de la tiranía a la que me someten. Han mejorado algo en otras cosas.

La infanta no quiere contarle a su madre que algunas de las peticiones hechas a su hermano han sido respetadas, como el trato que la marquesa y sus hijas le dan en público cuando viene alguna visita a palacio.

—Alguna vez me dejan —cuenta doña Catalina— salir al pueblo acompañada de doña Ana, que, por cierto, me ha dicho que mañana intentará veros.

—Es una buena mujer. Cuando llegue el día en que tengas que irte, te la llevarás contigo —dice doña Juana.

—No quiero que habléis de eso, por favor —pide la infanta.

—Está bien. Catalina, te quiero regalar un broche —dice doña Juana levantándose—. Es muy querido para mí. Me lo regaló mi señor, tu padre, y quiero que lo tengas tú.

La reina abre uno de los cofres que siempre están sobre la mesa y saca de él un precioso broche de oro con incrustaciones de diversas piedras preciosas y una gran amatista en el centro.

—Es como un festival de color —dice doña Juana al dárselo.

—Me parece precioso. Pero si es un regalo de mi señor padre, quedaos vos con él —pide doña Catalina.

—No. Es para ti. Cada vez que yo alumbraba a un hijo, tu padre me hacía un valioso regalo. Cuando tú naciste, él estaba muerto y no pudo ofrecerme ningún presente. Pero el auténtico y maravilloso regalo fuiste tú, hija mía. Y hoy quiero que guardes este broche. Es una forma de darle las gracias a tu padre por haberte concebido.

Doña Catalina, muy emocionada, se queda en silencio, sin saber muy bien qué decir.

—Es precioso. Lo llevaré siempre conmigo. Cada vez que lo mire me acordaré de vos y también de mi padre, al que no he conocido.

—Le habrías querido con todo tu corazón —le dice doña Juana—. Y él se habría sentido muy orgulloso de ti. No solo por tu aspecto y tu parecido con él, sino por tu forma de ser, por tu personalidad. Eres inteligente, seria, responsable y una maravillosa hija —dice doña Juana emocionada.

—No, madre, no es para tanto —contesta tímidamente doña Catalina.

—Sí que lo es. No has salido de aquí. Tienes unos formadores nada excepcionales, y tú te has convertido en una persona culta que incluso se defiende en la lengua francesa —manifiesta orgullosa doña Juana.

—Todo es gracias a vos, madre. Sin embargo, con la música no habéis tenido tanto éxito. No he conseguido tocar ningún instrumento —confiesa doña Catalina.

—Pero cantas y bailas muy bien.

—No tanto como vos —responde riendo la infanta.

—No seas exagerada, sabes apreciar la música. Por cierto, ya sabes lo persuasiva que es doña Ana Cifuentes. Desgraciadamente viene muy de tarde en tarde a verme, pero ha sido ella quien me ha convencido para que acceda a que el grupo de músicos actúe aquí en la antecámara y no en el salón, como yo quería. Y ciertamente le estoy agradecida porque la música es el único placer que me permiten, y aunque sea en este lugar, me hace bien —asegura doña Juana.

—Madre, le he pedido a una de las damas que a media tarde nos sirvan la merienda.

—Está bien. Tienes que alimentarte, pero yo ya no tengo ninguna necesidad de comer —dice con resignación la reina.

—No es verdad. Madre, debéis alimentaros. Merendaréis conmigo y tocaréis el clavicordio para mí.

—Creo que ya se me ha olvidado. Mejor lo dejamos para otro momento. Mi estado de ánimo no es bueno. De haber sabido que vendrías esta tarde, habría mandado que me arreglaran un poco —se lamenta doña Juana.

La infanta disimula la inmensa pena que le produce ver a su madre en ese estado. La entiende muy bien, pero le gustaría que reaccionara de forma distinta. Aunque ¿qué haría ella si tuviera que vivir en una habitación solo iluminada por la luz de las velas y verse obligada a no poder abandonarla nunca?

—Madre, hablaré con el marqués para que os permita volver a poder mirar por la ventana.

—No te hará caso. Querida Catalina, no te disgustes, todo me da lo mismo.

—¿Me dejáis que os arregle un poco el cabello?

—Ay, mi pequeña, ¿tan mal estoy?

—No, pero ya sabéis que la música engendra belleza. Y vos, aunque no os apetezca, tocaréis el clavicordio para mí —insiste doña Catalina.

—Hace años que no me siento a tocar —argumenta doña Juana.

—Motivo más que suficiente para que me hagáis caso. Os hará bien. Ya veréis cómo me dais la razón —asegura riendo doña Catalina.



—Señora marquesa, ¿queríais verme? —pregunta doña Ana Cifuentes.

—Sí. Voy a mandar que liberen la ventana de la habitación de la reina. Tenéis que ayudarme a mantenerla tranquila. No podemos dejar que salga, pero le permitiremos que se mueva por palacio si así lo desea —le dice la marquesa de Denia.

—Cuánto me alegro, señora.

—No digáis nada a nadie, pero dentro de dos semanas aproximadamente vendrá el emperador y vivirá aquí con nosotros. No queremos que vea a su madre en mal estado. Por ello necesito vuestra ayuda para que intentéis convencerla de que se arregle. Ya sabéis que no se cambia de ropa, ni quiere asearse —dice la marquesa.

Doña Ana tiene mucha experiencia en ocultar sus sentimientos y auténticas opiniones, pero le apetece tanto contestarle... Sin embargo, se calla y dice:

—¿Cuándo queréis que empiece? ¿Me dais plena libertad para enfocarlo como yo considere más conveniente?

—Por supuesto. Por ello recurro a vos. Pero ya sabéis, mucha prudencia. No debéis decirle que viene su hijo.

—¿Don Carlos se quedará mucho tiempo en Tordesillas? —pregunta doña Ana.

—No sabemos, pero puede que más de dos semanas.

—¿Conoce la noticia la infanta doña Catalina?

—No. Y os ruego que no se lo comentéis —le pide la marquesa—, ya le informaremos nosotros en el momento oportuno. Casi nadie lo sabe en palacio, por ello os pido la máxima discreción.

—No os preocupéis. No diré ni una sola palabra —asegura doña Ana.

—Confío en vos —asegura la marquesa—. No me falléis.

—No tendréis queja de mí. ¿Mandáis algo más?

—No. Podéis retiraros.

—Muchas gracias, señora marquesa.



Doña Ana lamenta tanto no tener en quién confiar. Muchas veces le pesa la falta de un amigo con quien desahogarse, como en estos momentos. Cuánto daría por poder hablar con doña María, no

solo para contarle lo que está sucediendo, sino para que esta la orientara en cómo abordar a doña Juana.

Hace tiempo que la soberana, obligada a vivir en total aislamiento, se ha vuelto más taciturna. Las pocas veces que la ve doña Ana intenta animarla, pero casi nunca lo consigue. Tendrá que idear algo para convencerla de que se arregle. «Ya está —se dice—, le contaré que he convencido a la marquesa para que le abra la ventana y la deje salir un poquito por palacio a cambio de que se cambie de ropa normalmente y se tome todas las comidas que le llevan».

Doña Ana, contenta por haber encontrado un posible argumento con el que influir en la soberana, se dirige hacia sus aposentos.

Cuando está a punto de llamar para entrar en la antecámara, la puerta se abre y sale una de las damas, que al verla le dice:

—Si venís a ver a la reina, podéis daros la vuelta.

—¿No quiere ver a nadie? —pregunta doña Ana.

—No, no es eso. Se ha quedado profundamente dormida.

—¿A esta hora? Pero si son las once de la mañana.

—Se habrá pasado toda la noche sin dormir. Ya sabéis el desorden que tiene.

—Está bien. Volveré más tarde —dice doña Ana.

—Pero no os apuréis, igual duerme ocho horas. A veces cambia el día por la noche.

Mientras se aleja, doña Ana no quiere ni imaginarse qué haría ella si se viera encerrada en una habitación en total penumbra, y así, horas, días, semanas, meses, años. Se precisa una gran fortaleza para poder resistir. No le sorprende que doña Juana se encuentre desorientada al vivir un día tras otro aquella espantosa situación.



—Dios mío, me hace daño la luz —se queja doña Juana retirándose de la ventana.

—Es normal, señora. Tomad, protegeros con un velo —sugiere doña Ana, que le acerca uno.

—¿Qué sabéis de don Hernán Duque? —pregunta la reina.

—Nada. Me imagino que seguirá en el convento.

—Le he recordado en estos momentos porque también el primer día que salí con él al exterior no pude mantener los ojos abiertos acostumbrados a la oscuridad. Seguro que os imagináis el cariño con el que le recuerdo. Muchas veces, doña Ana, en un intento de animarme rememoro mis paseos por el Duero y doy gracias a por permitirme, en algunos momentos, volver a sentir en mi espíritu los efectos del aire puro y del sol.

—Doña Juana, es importante mantener la esperanza. Confiar en que algún día volváis a salir.

—Pero yo soy la reina, ¡y los marqueses están obligados a obedecerme a mí! —exclama doña Juana enfadada— ¿Y decís que fuisteis vos quien negoció con la marquesa la mejora de mi encarcelamiento a cambio de que yo me arreglase?

—Sí, así es —responde doña Ana.

—Lo siento, pero no me lo creo. Qué le importa a la marquesa si me cambio o no de ropa.

—Pero a las damas que os sirven seguro que sí. Y se lo habrán repetido en infinidad de ocasiones. Perdonadme, doña Juana, pero un poco de higiene es necesaria.

—Pues si mi falta de higiene les molesta, que se vayan. Son malas personas. No hacen más que provocarme. Solo desean que yo me enfade para así poder maltratarme —asegura doña Juana—. Creo que no accederé al trato. Estoy casi segura de que algo persigue la marquesa con este cambio de postura y no quiero seguirle el juego.

A doña Ana se le ocurre que tal vez, aunque vuelva a mentir, pueda ejercer más fuerza sobre la soberana, por ello le dice:

—Doña Juana, es posible que tengáis razón y que a la marquesa le interese que vuestro aspecto mejore. No lo sé, pero tal vez pueda ser que el almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, tenga pensado pasar por Tordesillas. Y ya sabéis que si viene a palacio, no se irá sin veros.

—Haced todo lo posible por enteraros. Quiero hablar con él para contarle todo lo que me están haciendo.

—Lo haré, señora. Perdonadme que insista, pero también deberíais acceder al trato por vuestra hija, la infanta doña Catalina, que sufre mucho viendo lo mal que lo pasáis —argumenta doña Ana.

—Sí, pobre hija, ella tampoco goza de la más esencial libertad. Ya sabéis que solo puede venir a verme muy de tarde en tarde. Está bien, doña Ana, siempre termináis convenciéndome. Supongo que no sabréis nada de doña María, ¿me equivoco? —quiere saber la reina.

—Es posible que me haya escrito, pero hace tiempo que no puedo desplazarme al pueblo sin despertar sospechas. La marquesa controla todo. No se le escapa ni el más mínimo detalle.

—Mantenedme informada sobre la visita del almirante. Podéis decirle a mis damas que estoy dispuesta a que me arreglen.

—Gracias, señora. De verdad que es lo mejor.



Don Carlos llega al palacio de Tordesillas el 3 de octubre y allí permanecerá hasta el 5 de noviembre. No sorprende tanto que el hijo de la reina acuda a presentar sus respetos a su madre y reina como que se quede todo un mes con ella.

Pero el rey llegaba a Castilla con un fin muy concreto. Puede que pocos personajes históricos hayan contado con el apoyo incondicional de tantas mujeres como él. Mujeres, más o menos inteligentes, que le ayudaron de una u otra forma en su labor de gobierno. Desde su tía, Margarita de Austria; sus hermanas, Isabel, Leonor, María y Catalina; su esposa, Isabel; sus hijas, Juana y María; su hija natural, Margarita. Sin olvidarnos de su madre, que jamás hizo nada que pudiera perjudicarle, antes bien, ella fue la sacrificada. Todas estas mujeres contribuyeron al engrandecimiento de don Carlos y de la dinastía.

En octubre de 1524, Carlos acude en busca de una de estas mujeres, su hermana la infanta doña Catalina. Tendrá que hablar con ella, conocerla más a fondo y convencerla. Su intención es utilizarla para aunar lazos con Portugal. A su hermana Leonor, hasta hace muy poco reina de Portugal, tendrá que buscarle un nuevo destino, ya que al quedarse viuda pierde todo protagonismo en la corte portuguesa. Y Catalina puede ser la candidata perfecta para ser la nueva soberana de Portugal.

Don Carlos presenta sus respetos a su madre, con la que se reúne en distintos momentos. Escucha sus quejas sobre el trato que le infligen los marqueses de Denia y promete hablar con ellos.

Al ver a su hijo, a doña Juana pronto se le olvidan los sinsabores. Se siente orgullosa de que sea él quien se ocupe de todo, percibe en él una gran capacidad de mando. Ha cambiado bastante su aspecto físico, ya no es aquel muchacho un tanto tímido que la visitó hace años. Ahora es todo un caballero.

Don Carlos agradece a su madre que no diera su apoyo a los comuneros. Doña Juana le dice que jamás hará nada que pueda perjudicarlo, y vuelve a insistir en la necesidad de que la ayude hablando con los marqueses. Su hijo le asegura de nuevo que así lo hará, que se sienta tranquila.



Doña Ana Cifuentes desconoce qué es lo que está pasando en palacio, aunque lo sospecha. Las continuas reuniones de don Carlos con su hermana, la infanta doña Catalina, le hacen temer lo peor. Nadie le ha dicho nada y ella tampoco pregunta.

—Doña Ana, ¿habéis estado esta mañana con mi madre? —pregunta la infanta.

—Sí. La he encontrado muy animada. Regresaba de un paseo por el corredor.

—Estaría muy bien que después de que se fuera mi hermano los marqueses siguieran con el mismo trato —comenta doña Catalina.

—Recemos para que así sea —contesta doña Ana.

—Tendremos que rezar mucho, lo va a necesitar. Doña Ana, no puedo aguantar más, necesito desahogarme. Sois persona de mi confianza y sé que guardaréis secreto. Dentro de poco tendré que abandonar Tordesillas —dice entre sollozos doña Catalina.

—Si soy sincera, debo deciros que me lo imaginaba. Tenéis que ser fuerte. Una nueva vida empieza para vos, no podéis rechazarla. ¿Lo sabe vuestra madre? —pregunta doña Ana.

—No sé cómo decírselo, se me parte el corazón. El rey dice que mejor esperemos que pase la Navidad. Es probable, me lo tiene que confirmar, pero creo que quiere delegar en don Fadrique y su mujer para que se lo cuenten a la reina.

—¿Y cuándo os iréis?

—Aún no lo sé. Pero será pronto. Doña Ana, sabéis que la reina siempre me ha dicho que cuando me llegara la hora de alejarme de Tordesillas, vos vendrías conmigo. Yo no quiero que sea así, no porque no os quiera, que bien sabéis no es cierto, sino porque deseo que os quedéis con ella. Vos seréis la única que podréis informarme de todo. Y además, sé que en la medida de vuestras posibilidades cuidaréis de la reina, que tan sola se queda.

—Estad tranquila. Lloraré vuestra ausencia, pero os entiendo. ¿Os iréis muy lejos? —pregunta doña Ana emocionada.

—A Portugal.

En la más absoluta soledad  
*Tordesillas, 2 de enero de 1525*

Qué le importa el día que sea, qué le importa la vida. Lo único que quiere es conservar la imagen de su hija, a la que sabe que no volverá a ver. Sigue mirando por la ventana, de la que no quiere separarse, como si el permanecer allí pudiera permitirle volverla a ver.

Catalina, su amada hija, se ha ido. ¿Cómo seguir viviendo sin ella? Será la nueva reina de Portugal. Se casará con su primo hermano, el hijo de su hermana doña María, el ya rey portugués, don Juan III.

Doña Juana llora. Lloro en silencio. Era consciente de que esto tenía que pasar, pero ¿cómo superarlo?

Ahora conoce con certeza el motivo de la visita de su hijo. Doña Juana piensa que tenía que habérselo dicho él, pero no, había enviado al almirante de Castilla para que se lo comunicara. Sin duda, ha demostrado que es inteligente, porque don Fadrique es la persona que mejor podía atemperar el dolor causado por la noticia. Nunca olvidará sus palabras:

—Doña Juana, sabéis la devoción que os profeso desde que tuve el honor de acompañaros a Flandes. Siempre he estado de vuestro lado y he intentado servirlos con lealtad. Ahora me ha sido encomendada una difícil misión. Debo comunicaros una noticia que sé que producirá un gran desgarramiento en vuestro corazón, pero también sé que la aceptaréis porque queréis a vuestra hija y conoceréis cuál es su misión, la misma que un día asumisteis vos. Doña Catalina abandonará Tordesillas dentro de pocos días. Viajará a Portugal para convertirse en reina. Sé que es difícil, pero tendríais que sentirlos felices de lo que la vida le ha deparado. Además, su futuro esposo, el rey Juan III, vuestro sobrino, solo tiene cuatro años más que la infanta y todas las noticias que nos llegan sobre su persona son excelentes.

Mientras duró la entrevista con el almirante, doña Juana se mantuvo serena, muy consciente de su papel. Pero al quedarse sola sintió que todo a su alrededor se derrumbaba. ¿Cómo comportarse con su hija? No debía manifestarle todo el dolor que sentía. No tenía derecho a hacerle más dura la separación.

Doña Juana sigue pegada a la ventana... Recuerda la despedida de su hija...

Nada más entrar en la habitación doña Catalina se lanzó a sus pies llorando:

—Madre, no sabéis la pena que siento. Yo no quiero dejaros —dijo entre sollozos.

—Tampoco yo quiero que te vayas. Pero es tu obligación. Debes cumplir con el papel que han elegido para ti. Ya sabes que hace tiempo te hablé de ello. Esperaba y deseaba que nunca llegara este momento, mas la vida no se detiene. Serás una buena reina. Yo rezaré por ello. Hablaré con doña Ana Cifuentes para que busque la forma de hacerme llegar alguna noticia. Ella se irá contigo —aseguró doña Juana.

—No, madre. He hablado con ella. Las dos estamos de acuerdo en que aquí, a vuestro lado, nos puede ayudar más a las dos —respondió Catalina.

—No me llesves la contraria. No quiero que te pase como a mí. Debes tener contigo personas de plena confianza. Y doña Ana lo es.

—No insistáis, madre. Doña Ana se quedará y yo podré mandarle noticias como hace doña María de Ulloa. De verdad, no os preocupéis. No tengo ningún miedo de enfrentarme a mi nueva vida. Solo siento dolor. Os quiero tanto, madre. Todo lo que soy os le debo a vos.

—Eres lo mejor que me ha dado la vida; un auténtico tesoro. Buscaré entre mis recuerdos algo con lo que demostrarte lo mucho que te quiero. Y mañana antes de que te vayas te lo daré.

—No necesitáis darme nada. Creo que mi dote es suficiente —contestó la infanta.

Al recordar aquel momento de la conversación, doña Juana deja de mirar por la ventana y se dirige hacia los baúles que ocupan el final de la estancia, mientras dice en voz alta:

—¿Por qué mi hijo no me comentó que necesitaba de mis pertenencias para la dote de su hermana? ¿Pensaba que yo me opondría?

Cuando doña Juana, buscando un regalo para la infanta, abrió uno de los baúles, su sorpresa fue enorme: dentro de él solo se encontraban ladrillos. Creyó que era una alucinación. Miró en otro de los baúles y el resultado fue el mismo.

Asustada, hizo llamar a su secretario. Después de muchos rodeos y excusas, este acabó reconociendo que había sido su hijo quien había ordenado la sustracción.

Doña Juana recuerda el enorme disgusto que sintió en aquellos momentos. ¿Qué necesidad tenía su hijo de robar, si solo con que se lo pidiera todo era suyo? Ante el secretario, la reina no hizo ningún comentario, solo preguntó:

—Casi siempre me encuentro en mis aposentos, ¿cuándo lo hicieron?

—La última noche que el emperador, nuestro señor don Carlos, pasó aquí en Tordesillas, aprovechando que vuestra majestad estaba con él.

Qué pena que su hijo se haya portado de esta forma con ella. A doña Juana le apetece gritar, pero es su hijo, el heredero de todos sus títulos. Debe disculparlo. «Tal vez lo hizo para no descubrirme todavía la marcha de la infanta —se dice—. Sí, es posible que quisiera evitarme el dolor».

Doña Juana lamenta no poder haberle dado personalmente a su hija el precioso espejo de plata que ella solía usar en otros tiempos. No se lo ha podido regalar porque era uno de los objetos que le fueron sustraídos. A cambio le regaló su precioso collar de esmeraldas, testigo de su felicidad. Pero ¿ha sido feliz alguna vez?



Los días transcurren con enorme lentitud, esa es la impresión que tiene doña Ana Cifuentes, que echa mucho de menos a la infanta doña Catalina. La quiere como a una hija. De buena gana se hubiera ido con ella, pero alaba su decisión de dejarla junto a su madre. Está convencida de que doña Catalina será una buena reina.

Hace días que no ve a doña Juana y ha pensado que esta tarde, si nadie se lo impide y la soberana acepta, le hará una visita. No sabe cuánto tiempo durará la bonanza con la que la tratan los marqueses de Denia, sería muy triste que ahora que lo está pasando tan mal volvieran a privarla de sus movimientos por el interior de palacio.

Para doña Ana, la reacción tan distinta de la reina cuando se llevaron a la infanta en la primera visita de don Carlos de la de ahora es una prueba de que doña Juana razona y es consciente de todo lo que sucede. Por ello ha asumido la marcha de su hija con una gran entereza, aunque se encuentre totalmente destrozada.

Y hacía solo unas jornadas que la reina había sorprendido a todos. La marquesa de Denia se lo comentaba a doña Ana diciéndole que su marido, el marqués, en carta escrita al emperador, le contaba cómo doña Juana, cuando tuvo conocimiento de que los restos de su marido, don Felipe el Hermoso, iban a ser trasladados a Granada, no dijo absolutamente nada. Claro, piensa doña Ana, que la reina sabía que su hijo don Carlos le había prometido ordenar la creación de un mausoleo en la capilla real de Granada a Bartolomé Ordóñez. Un mausoleo para su padre y para ella, porque doña Juana le había dicho a su hijo que también ella quería descansar eternamente en Granada.

Doña Ana sigue manteniendo una muy buena relación con la marquesa. Tampoco se lleva mal con sus hijas y nueras. La mayoría de ellas ya han sido empleadas en palacio y ocupan cargos importantes al lado de la soberana.

Doña Ana no sabe hasta cuándo prestará servicios en palacio. Ahora, su misión en la vida es hacer un poco más llevadera la de la reina de Castilla. Jamás habría pensado que el destino le tenía reservada esta misión, que cumplirá con amor hasta que se lo permitan, aunque, si es sincera, jamás hubiera elegido este trabajo. Sus preferencias siempre habían sido, porque se encontraba más capacitada para ello, cuidar de los jóvenes. En este sentido se siente ilusionada porque la marquesa le ha sugerido que tal vez dentro de un tiempo podría ocuparse de una de sus nietas.

Doña Ana no se cruza con nadie por los largos pasillos del palacio. Al llegar a los aposentos de la reina, una de las damas le dice:

—Lo sentimos, doña Ana, si no trae una autorización expresa, no puede pasar. Hace dos días que doña Juana está encerrada y a oscuras.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Ha intentado escaparse?

—No estamos autorizadas a decir nada.

Doña Ana no insiste porque sabe que es inútil preguntar. Piensa en ir a ver a la marquesa, pero mejor será que espere y trate de enterarse por otros medios.

Al pasar cerca de la cocina le parece oír voces y se acerca silenciosamente. Dos criadas, de las más antiguas que trabajaban en palacio, charlan tranquilamente:

—Me han dicho que la llegaron a azotar. Ya sabes que hay algunas mujeres nuevas a su cuidado que son muy fuertes.

—Me cuesta creerlo, aunque algunos dicen que no es la primera vez.

—Y todo porque habló mal de los marqueses.

—Menudos son esos...

Al escucharlas, doña Ana considera que debe intentar hablar con la marquesa, aunque puede que no le cuente nada.



—Señora marquesa, perdonad que os moleste, pero he pasado a ver a doña Juana y no me han dejado entrar —dice doña Ana.

—Ella se lo ha buscado. No se le puede dar libertad porque siempre termina abusando de ella —responde enfadada la marquesa—. No quiero ni imaginar las cosas que diría si la dejásemos mantener entrevistas. Tiene que estar totalmente aislada, es la única forma de controlarla. Y pensar que mi marido, con tal de satisfacerla, le ha conseguido varias cruces de oro para esos rosarios que hace sin parar.

—Pero ¿se ha reunido con alguien doña Juana? —pregunta inocentemente doña Ana.

—Con el almirante, y con lo mucho que este nos quiere, ya podéis imaginaros. Le escribió al emperador contándole todo lo que le había dicho la reina.



Don Fadrique Enríquez, que había sido el elegido por el emperador para comunicarle a su madre la marcha de la infanta, también había recibido el encargo de visitarla de vez en cuando para ver cómo se encontraba.

Cumpliendo con la misión encomendada, el almirante se acercó a Tordesillas precisamente un día en el que se hallaban ausentes los marqueses y pudo acceder a visitar a la reina sin ningún tipo de trabas.

Don Fadrique la encontró en una situación lamentable y dando gritos. Se había tranquilizado al verle, pero le contó las muchas penalidades que la hacían pasar y, aludiendo a los marqueses, le dijo que eran unos despiadados carceleros. Peores que el demonio. Le pidió, por Dios, que la ayudara.

Después de pasar mucho tiempo con ella tratando de calmarla, el almirante, impresionado, decidió escribir al emperador, llegando a decirle que «Su Alteza tiene tal descontento de los marqueses que le produce más dolor solo oírlos que la marcha de doña Catalina».

Enterados los Denia, el castigo no se hizo esperar.

## Navidades en familia

### *Tordesillas, diciembre de 1536*

—Doña Juana, acercaos a la ventana. Está nevando. Es muy hermoso ver cómo los delicados copos se deslizan formando una hipnotizante cortina —dice doña Ana.

—Sí que es hermoso. Y cabalgar en medio de un paisaje inmaculado aún más hermoso — dice doña Juana acercándose—. ¿Sabéis? Un día Hernán Duque accedió a mis deseos y juntos hicimos una pequeña escapada. Jamás lo olvidaré. Aún puedo sentir en el rostro aquella caricia especial con la que te acoge la fría brisa. No sé qué daría por poder volver a pasear a caballo.

—Tal vez algún día, con los cambios que se han producido en palacio —apostilla doña Ana.

—No. No lo creo. Mentiría si os dijera que en algún momento pensé en que la desaparición del marqués influiría en mi situación. Es posible que si hubiera sido la marquesa lo tuviera más fácil.

Bernardo de Sandoval y Rojas, segundo marqués de Denia, jefe de la casa de la reina y gobernador de Tordesillas, había fallecido aquel año de 1536.

Muy pronto la emperatriz, doña Isabel, decidió encomendar a su hijo, tercer marqués de Denia, y a su madre la dirección de la casa de doña Juana.

—Hace solo unos días han vuelto a tomar represalias conmigo —cuenta la reina—. Y todo porque me negué a comer una sopa asquerosa.

—La marquesa siempre me comenta que solo queréis alimentaros de pan y queso —le cuenta doña Ana.

—No es verdad. Lo que sucede es que la comida que me sirven es mala. Hay algunas damas que no desean más que provocarme, incluso me maltratan físicamente. No puedo consentirlo y a veces las golpeo con lo que tengo más a mano —cuenta la reina.

Doña Ana no dice nada. Ya sabe de los enfrentamientos de la reina con el servicio. Sin duda la soberana tiene días en los que se aísla y permanece como ausente. Solo es preciso un mínimo de afecto, de delicadeza, para conseguir que acceda a volver a la realidad. Y, ciertamente, el plantel de damas que se ocupa de ella no se caracteriza por su amabilidad. A muchas de ellas les gusta provocarla, aunque reciban algún que otro golpe.

Doña Ana nunca ha intentado hablar claramente con la marquesa de este tema. Algo le ha insinuado, pero la marquesa se fía más de las guardianas, aunque es verdad que cuando quiere conseguir algo de la soberana recurre a ella. Como ahora, ya que dentro de unos días llegará a palacio la emperatriz doña Isabel con sus tres hijos.

El hijo de doña Juana, el emperador Carlos, se había casado al año siguiente de hacerlo su hermana doña Catalina con la hermana de su cuñado Juan III, la princesa doña Isabel.

En Tordesillas esperan la llegada del emperador, que viene a pasar con ellos las Navidades. Don Carlos ha decidido que toda la familia se reúna en estas fiestas al lado de su madre, la reina doña Juana.

—Doña Ana, me alegra mucho que mi hijo haya decidido venir a verme, así podré conocer a la emperatriz y a mis tres nietos. Que aunque nunca hayan venido a verme hasta ahora, sí me han informado de sus nacimientos.

El marqués de Denia era el encargado, como jefe de su casa, de dar cuenta a la soberana de los nacimientos de los hijos del emperador. En una carta escrita a la emperatriz le dice:

*La Reyna, nuestra señora, está buena a Nuestro Señor gracias, y ha holgado mucho de hauer sabido el alumbramiento de V. Mt. Y de hauerse llamado la señora infanta Juana.*

—Sin embargo, de mis otros hijos nada me dicen. Gracias a vos me entero de que mi amada doña Catalina ya tiene dos hijos. No sabéis cuánto daría por conocerlos —dice la reina emocionada.

Lo que doña Ana no le ha contado es que en este tiempo doña Catalina ha perdido otros tres hijos más, que han fallecido.



En estos once años transcurridos desde que la infanta doña Catalina se convirtió en reina de Portugal la vida ha seguido su curso. Un camino en el que se van produciendo bajas e incorporaciones. La familia de doña Juana no ha sido ajena a ellas. Muchos de sus miembros se han alegrado con la presencia de nuevos seres y también han sufrido con la desaparición de algunos de ellos. Doña Juana no sabe que su hija doña Isabel, reina de Dinamarca, Suecia y Noruega, su cuñada doña Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos, y su hermana doña Catalina, reina de Inglaterra, han fallecido. También desconoce que su hija doña María, reina de Hungría, se ha quedado viuda.

Nadie le ha contado que su hijo don Carlos gana importantes batallas y que, a pesar de que su abuelo Maximiliano I nunca se había hecho coronar como emperador, él sí ha recibido la corona de manos del papa Clemente VII en Bolonia.

A la reina seguro que le gustaría saber que su heredero se ha convertido en el soberano más importante de la cristiandad. Pero doña Juana vive ajena a todo lo que sucede fuera de los muros de palacio.

En este tiempo, doña Juana, por primera vez después de más de veinticinco años, en los que no se ha movido de Tordesillas, ha tenido que desplazarse a la localidad de Mojados huyendo de la peste. Allí permaneció hasta que la desaparición de la epidemia le permitió volver a Tordesillas.

En Mojados la había visitado el emperador. En aquella localidad castellana, en la que se vieron por primera vez sus dos hijos, don Carlos la informó él mismo de algo importante. Se había casado con doña Isabel de Portugal, su prima hermana. Doña Juana en cierta medida se alegra, aunque el parentesco sea tan cercano. Los dos hijos de su hermana doña María, Juan III y doña Isabel, están casados con sus dos hijos doña Catalina y don Carlos.



—Doña Juana, me han dicho que vuestra hija doña Catalina se ha hecho con el corazón de los portugueses. Hablan de ella como una buena reina —le cuenta doña Ana.

—No podía ser de otra forma —dice orgullosa doña Juana, que pregunta—: ¿Y qué se dice de la emperatriz Isabel?

—Todo cosas buenas. Creo que como gobernadora del reino lo hace muy bien. Y creo que es muy hermosa —apunta doña Ana.

—Pronto lo veremos. Tenéis que ayudarme a elegir trajes para cuando ellos estén aquí. Habrá que retocarlos un poco. No me fio de mis damas para ello. ¿Podríaís hacerlo vos?

—Personalmente no sé hacerlo, pero puedo buscar a alguien que se ocupe de ello —asegura doña Ana.

—Gracias. ¿Ha vuelto a escribir doña María?

—No. Ya sabéis que no se encuentra muy bien de salud. El tiempo es implacable —apunta doña Ana.

—Pero doña María no es muy mayor. Puede que tenga unos cinco años más que yo —dice la reina.

—Desconozco la edad de vuestra majestad, pero doña María ha cumplido los sesenta y cinco.

—Yo no sé los que tengo porque ignoro el año en que vivimos. Pero si ella tiene esa edad, yo rondaré los sesenta —manifiesta la reina.

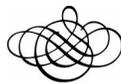
—Pero ¿en qué año nacisteis? —pregunta doña Ana.

—En noviembre de 1479.

—Pues entonces habéis cumplido el mes pasado cincuenta y siete —le informa doña Ana.

—Cincuenta y siete años —dice pensativa doña Juana—. Ya sobrepaso la edad de mi madre, que falleció a los cincuenta y tres. ¿Cuántos años tenéis vos, doña Ana?

—Dentro de unos meses cumpliré los cincuenta.



Ha sido una semana de intenso trabajo, pero ha merecido la pena. Los salones ricamente vestidos aparecen relucientes y acogedores. Todas las habitaciones han sido convenientemente arregladas. La emperatriz y sus hijos ya se han instalado. Esperan la llegada de un momento a otro de don Carlos. Los personajes más importantes de la corte están presentes para rendirle pleitesía al emperador. El ambiente festivo se extiende por todas partes.

Doña Juana permanece en su cámara acompañada de la emperatriz. El emperador ha pedido expresamente que su esposa lo esperara en la cámara de la reina.

Desde donde ellas se encuentran se escucha el galope de los caballos, indicio de que don Carlos se acerca. Se forma un gran tumulto, todos quieren saludar a su majestad, que abriéndose paso entra en palacio, donde en lo alto de la escalera le espera su hijo, don Felipe, que ya tiene nueve años. Acompañan al príncipe los cardenales Juan Pardo de Tavera, arzobispo de Toledo, primado de España, y García de Loaysa y Mendoza, dominico y durante años confesor del emperador. Después de saludarlos, don Carlos se dirige a las dependencias de su madre.

Como hace siempre que acude a ver a la reina, don Carlos dobla su rodilla en señal de respeto e intenta besarle la mano. Doña Juana, como es habitual en ella, se lo impide diciendo: «Levántate, ya sabes que yo no doy la mano». Después de abrazar a la emperatriz juntos departen.

Fueron días especiales en los que doña Juana volvió a sentir la vida cerca de ella. Y aunque se acordaba insistentemente de su hija doña Catalina, la presencia de su familia la reconfortaba.

A su lado permanecieron hasta el 28 de diciembre.

## En la oscuridad

### *Tordesillas, 1543*

Todas las horas, los días, las semanas, los meses, los años son iguales. Siempre en sus aposentos, rodeada de recuerdos de un pasado que ya no existe ni sabe si existió. Siempre encerrada, sin poder salir, envuelta en sombras que a veces le impiden casi respirar. Y allí permanece días, semanas, meses, años... El silencio lo inunda todo. No hay un ahora, un antes o un después. Todo es vacío. Un vacío que se sucede a sí mismo porque el tiempo hace mucho que ha dejado de existir para doña Juana.

Se esfuerza por recordar. Necesita volver a sentir el calor del afecto de aquella persona que la ha ayudado en la vida a cambio de nada. Sí, claro que existió don Hernán Duque. Él siempre le procuró lo mejor. Quiere llenar su mente con recuerdos, pero apenas consigue atraparlos, se desvanecen.

Doña Juana intenta sobreponerse. No sabe cuánto lleva en aquella penumbra en la que es lo mismo tener los ojos abiertos que cerrados. La han vuelto a castigar porque la descubrieron en el corredor de palacio dando gritos y llamando la atención de los que por allí pasaban con el fin de que avisasen a los nobles fieles a la corona para que acudiesen en su ayuda.

No le importa el castigo. Si algún día puede salir de aquella habitación y vuelve a tener la oportunidad de subir al corredor o a la torre, hará exactamente lo mismo.

Tiene la sensación de que hace mucho que doña Ana no acude a verla. Puede que le prohíban la entrada en sus habitaciones. Nadie le ha dicho nada, pero ha escuchado rumores sobre la muerte de la marquesa. No tiene ningún interés en descubrirlo. La dureza con la que la siguen tratando es la misma, con lo cual es fácil que siga viva.

Quien ya no está en este mundo es la emperatriz doña Isabel. Su hijo, don Carlos, había acudido a Tordesillas tras la muerte de su esposa y después de haber pasado unos días retirado en un monasterio. Doña Juana le encontró cambiado, envejecido, muy triste. Cuánto le había agradecido la visita. Comprendía tan bien su dolor. Era su hijo. Su hijo al que amaba a pesar de todo.



La emperatriz Isabel, que solo contaba treinta y seis años, había fallecido en el palacio de Fuensalida, en Toledo. Corría el mes de mayo de 1539. Afortunadamente, el emperador, que pasaba largas temporadas en Europa, se encontraba en aquellos momentos en Castilla, lo que le permitió acompañar a su esposa en los últimos momentos de vida.

Los funerales fueron oficiados en San Juan de los Reyes, emblemático convento mandado construir por Isabel la Católica para conmemorar la batalla de Toro, en la que se habían consolidado sus aspiraciones al trono de Castilla.

El templo aparecía cubierto de paños negros y sobre uno de ellos estaban colocadas las armas reales. En el catafalco, recubierto de tisú de oro, se dispusieron la corona imperial y las armas de la emperatriz. Ochocientos cirios iluminaron la iglesia en aquella ceremonia fúnebre, presidida por el arzobispo de Toledo, cardenal Juan Pardo de Tavera, y a la que asistieron el embajador de Portugal representando al monarca portugués, hermano de la emperatriz, y los más importantes gestores del gobierno.

El príncipe Felipe ostentaba la representación de su padre que, profundamente apenado, se había retirado al monasterio de Santa María de Sisla, donde permaneció quince días.

Fue a la salida del monasterio cuando visitó a su madre.

Puede sorprender el comportamiento hasta cierto punto cariñoso que el emperador mantiene con respecto a doña Juana. A pesar de tenerla sometida a un férreo encierro, no se olvida de ella.

Esta visita a su madre puede tener un doble sentido emocional. Se ha quedado viudo. Lloro la pérdida de la emperatriz a la que quería con todo su corazón. Y dentro de unos días abandonará Castilla para viajar a Gante, donde tendrá que solucionar graves problemas. Es como si don Carlos quisiera mirar a la cara, antes de irse, a la mujer que le trajo al mundo precisamente en esa ciudad a la que él tan unido se sentía.

Doña Juana nunca se enteraría de que su hijo, el 24 de febrero de 1540, el mismo día que cumplía cuarenta años, entraba en Gante con su hermana María, a la que había nombrado gobernadora de los Países Bajos, para poner fin a los disturbios que en los últimos meses se habían apoderado de la ciudad.

Los nuevos impuestos eran la causa de la sublevación general y el emperador estaba dispuesto a aplicar la justicia, y aunque las medidas le resulten dolorosas, no dudará en llevarlas a efecto. Destituye a todos los magistrados y regidores, se prohíben las juntas y cofradías, se anulan los privilegios e inmunidades, se abre proceso contra los rebeldes. Además, se desarma al pueblo, se confiscan las rentas, se ajusticia a los veintiséis rebeldes más destacados y otros muchos son desterrados para mantener el control de la ciudad.

Se cuenta que el emperador, en su enfado, mandó bajar del campanario la más famosa de las campanas de Gante, llamada Roland, que había anunciado su nacimiento. La condenó al silencio como castigo por haber sido utilizada para llamar a la rebelión.



Doña Ana Cifuentes camina despacio. Piensa que dentro de poco tendrá que ayudarse de un bastón. No se ha caído ni se ha dado ningún golpe, pero la pierna derecha le duele; sobre todo se resiente de la rodilla. Hace solo dos días que ha llegado a Tordesillas. El joven marqués y su esposa le habían dado permiso para acudir a Burgos y poder estar con la familia de doña María de Ulloa, recientemente fallecida. No le había dicho nada a doña Juana y probablemente no se lo dirá. Tampoco le había hablado del fallecimiento de la marquesa de Denia, ni del de su gran amigo el almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez.

Doña Ana se percata, en estos momentos, de que ella está siguiendo el mismo comportamiento de casi todos los que rodean a la soberana, que le ocultan lo que sucede. Ella lo ha hecho para evitarle sufrimiento, pero se da cuenta de que la reina tiene derecho a saberlo. Tal vez reúna la fuerza suficiente para contárselo un día.

A punto ha estado doña Ana de no volver a Tordesillas. Las hijas de doña María la animaban a que se quedara con ellas (las había cuidado de niñas), pero al final decidió seguir al lado de doña Juana. Bien es verdad que a veces le parece inútil su presencia porque la soberana no le presta ningún tipo de atención cuando acude a pasar la tarde con ella. Ya no es la misma. No consigue atraer su mirada. Muchos días resulta imposible sacarla de su ensimismamiento.

Después de la muerte de la marquesa de Denia, doña Ana había creído que prescindirían de sus servicios en palacio. Sin embargo, el joven marqués le pidió que continuara con ellos. Ahora, precisamente, va camino de su despacho. La ha mandado llamar.

No sabe si ella sobrevivirá a doña Juana. Es probable que no. La soberana tiene una salud de hierro. Ha cumplido los sesenta y cuatro años y no se resiente de nada.

Al pasar cerca de uno de los patios, doña Ana no puede evitar recordar otros momentos allí vividos. Se han ido tantas personas... No quiere ponerse triste. Ella siempre ha sido persona alegre, pero duelen mucho las ausencias.

—Nos alegramos de que ya os encontréis en palacio, doña Ana. ¿Habéis hecho bien el viaje? —le pregunta don Luis de Rojas y Sandoval, tercer marqués de Denia.

—Sí, muy bien. Gracias —responde doña Ana.

—Os he llamado porque sé que mi madre recurría a vos cuando quería conseguir algo de doña Juana. Últimamente está más tranquila. En este tiempo que vos no habéis estado aquí, hemos tenido los problemas de siempre: en cuanto puede, se escapa al corredor a dar voces. La hemos encerrado, pero lleva varios días en los que la dejamos salir de su habitación sin que se haya registrado ningún contratiempo. De todas formas, ya que vos os encontráis entre nosotros de nuevo, me gustaría pedirlos que tratéis de animarla un poco. Dentro de unos días vendrá su nieto, el príncipe don Felipe, a presentarle a su mujer —le informa el marqués.

—¿No sabía que el príncipe se había casado! —exclama sorprendida doña Ana.

—No se ha casado todavía. Lo hará en unos días. La ceremonia se celebrará en Salamanca, y ese mismo día piensan detenerse aquí para presentar sus respetos a la reina y proseguir viaje a Valladolid —explica el marqués.

—¿Y quién es la futura esposa de don Felipe? —se interesa doña Ana.

—La princesa portuguesa, doña María Manuela.

—¿La hija de doña Catalina? —pregunta emocionada doña Ana.

—Sí. Ella también es nieta de doña Juana.

—No os preocupéis, don Luis. Ahora mismo pasaré a visitar a doña Juana. Os mantendré informado —dice doña Ana.

—Muchas gracias.



—No sabéis cómo agradezco vuestra visita. ¿Cómo me has dicho que es tu nombre? —pregunta doña Juana dirigiéndose a la princesa.

—María Manuela, señora. Mi madre, la reina doña Catalina, me ha pedido que os diga que siempre estaréis en su corazón.

—Ay, mi querida hija. ¿Te habla alguna vez de mí?

—Muchas, señora. Siempre dice que nunca ha visto a nadie bailar mejor que a vos.

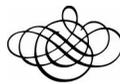
Doña Juana se sonríe halagada y no puede por menos de recordar aquellas imágenes tan lejanas en las que su hija y ella bailaban.

—Seguro que tú bailas muy bien —le dice a su nieta.

Don Felipe, que permanece silencioso, al escuchar a su abuela, sonríe asintiendo, algo que no se le escapa a doña Juana, que les pide:

—¿Por qué no bailáis para mí?

Los príncipes de Asturias se miran y se animan a bailar para su abuela.



—Ah, los jóvenes, doña Ana. Qué alegría pueden transmitir. Dios quiera que todo les salga muy bien.

—La princesa doña María Manuela me ha parecido muy simpática. Me ha recordado mucho a su madre —opina doña Ana.

—Es muy habladora. Todo lo contrario que el príncipe don Felipe, que nunca dice nada si no se le pregunta. La verdad es que tiene que ser muy responsable e inteligente para que su padre le haya encomendado la regencia del reino —dice doña Juana un tanto sorprendida.

—Lo hará muy bien. Tuvo un buen ejemplo en su madre, la emperatriz doña Isabel, que, según dicen —apunta doña Ana—, gobernó con acierto y rectitud.

—Sí, fue una pena que se muriera tan pronto. Ella y mi hijo formaban una buena pareja. Además, Dios los había bendecido con el amor —apunta doña Juana.

—No sé si debo decíroslo, pero lo haré, porque me han asegurado que es verdad y sé que a vuestra majestad os gustará.

—No me hagáis esperar. Si es una buena noticia, quiero saberla de inmediato —dice doña Juana impaciente.

—Vuestro hijo guardó fidelidad a su esposa los trece años de matrimonio. Tuvo más de un hijo ilegítimo antes de casarse, pero una vez unido en matrimonio a doña Isabel, no se le conoció ningún amorío —le cuenta doña Ana.

—Sí que me alegro, y me ratifico en lo que pensé el primer día que le vi: no se parece a su padre, a mi señor don Felipe, que en cuanto veía a una mujer guapa... Aunque ellas también le buscaban. Se lo disputaban como si de un trofeo se tratara. ¿Habéis estado enamorada, doña Ana?

—Sí. Muy enamorada. Mi matrimonio solo duró cinco años. Ya conocéis la historia: mi marido y nuestra hija de un año murieron en un incendio. Me quedé sola en el mundo.

—O sea que no habéis padecido nunca celos...

—No. Puede que si mi matrimonio hubiese durado más años, pero soy persona confiada —asegura doña Ana.

—Yo los viví de niña al lado de mi madre. Y luego los padecí yo. Se sufre mucho, doña Ana, y no quise resignarme. Tal vez otras esposas aceptan con normalidad las infidelidades de sus esposos, mas yo era incapaz y protestaba con todas mis fuerzas, aunque me encerraran —confiesa doña Juana.

—Sí, tiene que resultar muy doloroso ver a la persona que quieres en brazos de otra — comenta doña Ana.

—Insoportable. Pero yo no estoy aquí encerrada por mis ataques de celos. Me mantienen prisionera por ser la reina propietaria de Castilla.

—Señora...

—Sí, doña Ana. Pedí ayuda para gobernar y nadie me la prestó. Cómo han cambiado las cosas. Mi hijo don Carlos puede tener de regente a su propio hijo, y él sigue por Europa. ¿Por qué a mí me encerraron por pretender algo parecido? Pero después de tanto tiempo ya me he resignado. Doña Ana, nunca os he dado las gracias por permanecer aquí a mi lado, en palacio. Por cierto, hacía muchos días que no os veía. ¿Habéis estado enferma?

Doña Ana piensa que este es el momento para contarle la verdad de su ausencia, pero rechaza la idea. No quiere entristecer una tarde en la que doña Juana parece animada.

—Enferma no he estado, pero tengo problemas con una pierna. Me cuesta andar.

—¿Os ha visto el médico? —se interesa doña Juana.

—Sí. No le ha dado importancia. Me ha dicho que son cosas de la edad. Me recomendó ponerle paños secos calientes. Pero, decidme señora, ¿os gustaría que diéramos un corto paseo por el patio? —le pregunta doña Ana.

—Me apetece más un poco de música.

—¿Os animáis a tocar el clavicordio? Si lo hacéis, soy capaz de cantar —dice ilusionada doña Ana.

—De acuerdo. Vamos a celebrar la boda de los príncipes de Asturias y a desearles un futuro prometedor —contesta doña Juana.

## Otros nietos la visitan

### *Tordesillas, 1550*

—Me parece imposible que hayan pasado siete años desde que los príncipes de Asturias estuvieron aquí conmigo —dice doña Juana pensativa—. Cómo agradecen mis cansados huesos este calorcito del sol.

Doña Juana, acompañada de doña Ana, se encuentra sentada en un banco de uno de los patios de palacio. El mismo en el que solía leer don Hernán Duque.

Doña Ana se acuerda de él. De las muchas conversaciones que habían mantenido. No sabe si aún vive. Le gustaría mucho volverlo a ver ahora que sabe que su fin se acerca. Está segura de que no le queda mucho tiempo de vida. El doctor le ha dicho que su corazón se debilita y que en cualquier momento puede apagarse. Se siente tranquila, pero triste, no por dejar esta vida, sino porque no tiene a nadie que le apriete la mano o que llore su ausencia. Doña Ana se anima pensando en que pronto volverá a ver a su queridísima hija y a su marido. Lo poco que tiene se lo dejará a doña Juana, aunque es probable que esta no se entere.

La reina parece resignada a su cautiverio, lo cual facilita sus salidas a los patios y alguna que otra vez al corredor. Se pasa la mayor parte del tiempo sola, aislada de todos. Ya no pregunta por casi nadie, solo alguna vez por su hija doña Catalina.

Se ha sentido muy triste al conocer la desaparición de su nieta doña María Manuela, fallecida al dar a luz a su primer hijo, el infante don Carlos.

—Doña Ana, os encuentro muy pensativa esta mañana. ¿Os encontráis bien? No hemos vuelto a tener noticias de mi hija doña Catalina, ¿verdad?

—No, señora. Pero no debéis preocuparos por ella. Doña Catalina es fuerte. Ha sido acrisolada por muchas penurias y necesidades.

—Pero la muerte de una hija, ya mayor, debe doler mucho a una madre. Yo soy afortunada, todos mis hijos viven —manifiesta doña Juana, que desconoce que su hija Isabel hace años que ha muerto.

—Sois, doña Juana, la más grande de las soberanas. Todas vuestras hijas son reinas: de Suecia, Dinamarca, Portugal y Francia. Y vuestros hijos: don Carlos, rey de Castilla, León, Granada, Aragón, Sicilia, Cerdeña y Nápoles y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, y don Fernando, rey de Hungría y Bohemia, archiduque de Austria.

—Es el hijo de don Fernando quien vendrá a verme con su mujer, doña María. Me han dicho que ellos son ahora los regentes del reino. Hay que ver cómo ha cambiado todo —comenta doña Juana.

—Sí, doña Juana, las responsabilidades se reparten según las disponibilidades. Sois la cabeza de una sólida dinastía —dice doña Ana admirada.

—Sí, puede que tanto sufrimiento haya servido para algo.

Doña Ana mira a la soberana con verdadero afecto. Se alegra de que haya querido acompañarla a tomar un poco el aire. La anunciada visita de sus nietos la ha animado.



En 1548 se había casado en Valladolid Maximiliano, hijo de don Fernando, con doña María, hija de don Carlos. Otra vez dos primos hermanos se habían visto obligados a pedir dispensa papal por el grado de consanguinidad para poder contraer matrimonio. Matrimonios de este tipo eran muy frecuentes en las familias reales de entonces.

El joven príncipe Maximiliano hablaba un correcto castellano, ya que se había formado al lado de su primo Felipe bajo la supervisión del emperador. Poseía una fuerte personalidad, bien dispuesta para relacionarse con los demás, dando muestras de buen criterio e inteligencia. Todo ello le hizo aparecer ante los ojos de don Carlos como la persona ideal a quien encomendarle la regencia del reino mientras su hijo el príncipe don Felipe viajaba por Europa para entrar en contacto, como su heredero, con la realidad de sus reinos. A don Felipe, que ya se había quedado viudo, le vendría bien conocer otros ambientes y planificar su futuro.



—Sí, doña Ana, me da mucha alegría que vengan a verme mis nietos. A doña María la conozco, pero al hijo de don Fernando no. Me agrada que Maximiliano, así se llama mi nieto, hable bien castellano. Claro que, según me han dicho, ha estudiado aquí. Sin duda, todo ello se ha hecho con la aprobación de don Carlos, pero casi me atrevería a asegurar que la idea partió de mi hijo don Fernando. Me sorprende un poco que haya llamado a su primogénito Maximiliano, como su abuelo paterno, y no Fernando, como él o su abuelo materno, pero sin duda sus razones habrá tenido —dice pensativa doña Juana.

—Dicen que vuestro nieto es persona encantadora y que él y la princesa doña María están muy enamorados —comenta doña Ana.

—¿Traerán con ellos a la niña? —pregunta doña Juana.

—Es muy pequeña, solo tiene unos meses, y además hace mucho calor.

—Pues es una pena no poder ver a mi bisnieta. Seguro que además de ella y de don Carlos, tendré alguno más, pero no lo sé. Desconozco casi todo de mi importante familia —se lamenta doña Juana—. Me gustaría cenar con mis nietos. Creo que se van a quedar algunos días.

—Se lo diré al marqués para que tenga todo previsto —dice doña Ana.



Qué distinto resulta enfrentarse con el descanso nocturno cuando en el día has vivido y disfrutado de la compañía de personas agradables. Doña Juana sabe que esa noche va a dormir como un bebé.

No se imaginaba que doña María, su nieta, fuera tan cariñosa. Le ha hablado de la pequeña Ana, su bisnieta. Y le ha prometido que un día la traerá a Tordesillas para que la conozca. Le ha contado cómo es y cómo se comporta su otro bisnieto, el hijo de don Felipe y doña María Manuela, el príncipe don Carlos, que está a punto de cumplir los cinco años. Cuando doña Juana le preguntó sobre la posibilidad de un nuevo matrimonio para don Felipe, María no supo o no quiso pronunciarse. Quien sí lo hizo fue Maximiliano, que, sin duda, sabía hacerse querer.

—Es muy aventurado intentar adivinar los planes de mi tío, el emperador, pero viendo la disponibilidad de las casas reales, casi me atrevería a pensar en Inglaterra —explicó Maximiliano muy sonriente.

—En Inglaterra está mi hermana, doña Catalina —dijo doña Juana—. ¿Pensáis como candidata en alguna de sus hijas?

Maximiliano se da cuenta en ese momento de que su abuela no está al tanto de lo que había sucedido. No quiere contarle que su hermana murió hace años y que antes fue repudiada. Tampoco le dirá que solo ha tenido una hija.

—Sí, señora, al referirme a Inglaterra, he pensado en la princesa María, hija de vuestra hermana y del rey inglés Enrique VIII.

—Entonces, si ella es la elegida, don Felipe se casará con una prima carnal de su padre.

—Sí, pero solo es una hipótesis —dice Maximiliano.

—Querido nieto, ¿sabes que yo tuve la oportunidad de ser reina de Inglaterra?

—No. Decidme —pregunta interesado Maximiliano.

—Al quedarme viuda, el viejo rey Enrique VII me propuso matrimonio.

—Os molesto si os pregunto qué pasó.

—En absoluto. Lo rechacé. No deseaba un nuevo matrimonio y, sobre todo, no quería poner en peligro la herencia de mis hijos.

—Mi padre, que siempre me habla de vos, nunca me había dicho nada —asegura Maximiliano, que añade—: Creo que os habéis portado de forma muy desinteresada al pensar más en los demás que en vos misma.

—Tu padre era muy niño entonces y es fácil que no se haya enterado después. Pero déjame que te diga, querido Maximiliano, que me gustas. Me siento muy feliz de que seas mi nieto.

—Gracias, señora.

Hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba tanto de una cena. Doña Juana quiere aprovechar al máximo la compañía de sus nietos.

Maximiliano le ha pedido reunirse con ella a solas. Lo recibirá encantada. Doña Juana percibe a aquel joven mucho más cercano que sus otros nietos. No recuerda muy bien cómo era su hijo Fernando, pero seguro que se parece a él. Tiene un carácter mucho más castellano.



Doña Juana ha comido sola. Le habría gustado que doña Ana Cifuentes la acompañara. Estaba deseosa de contarle el encuentro con sus nietos, pero no se sentía bien. A la soberana le preocupa el estado de salud de su dama más querida. Hace días que no parece la misma. No cree que le suceda nada grave. Tendrá que hablar con el doctor.

Puntual, a la hora que le había dicho que pasaría a verla, llega su nieto Maximiliano.

Doña Juana lo recibe muy cariñosa. El joven lo primero que le dice es que siente no haber acudido antes a verla. Le cuenta que hace tiempo su padre le pidió que acudiera a Tordesillas siempre que pudiera, ya que él no podía ir a verla en persona por encontrarse tan lejos, pero que siempre se acordaba de ella. Maximiliano, como prueba del cariño de su padre, le hace entrega de una hermosa cruz de oro que le envía para ella.

—Mi señor padre me ha dicho que le recéis a esta cruz por todos vuestros hijos.

Doña Juana, emocionada, la toma en sus manos. Es una preciosa cruz, que no le resulta desconocida. Su nieto le explica que perteneció a su abuelo el emperador Maximiliano y que tiene unos cien años.

La reina le dice a su nieto:

*Por buena verdad que mi hijo me ha hecho muy gran placer en acordarse de mí y enbiar me una pieca tan señalada y tan devota.*

Al final de la charla, doña Juana le pide a su nieto que vuelvan más veces a Tordesillas, que ella los recibirá con los brazos abiertos porque ha sido muy feliz estos días disfrutando de su compañía.



Al quedarse sola, la soberana no sabe muy bien dónde guardar la cruz, ya que teme que se la roben. Han vuelto a desaparecer algunos objetos y ella no puede culpar más que a los criados.

Antes de irse, su nieto le había aconsejado engancharla en una de las colgaduras, pero a doña Juana no le parece un lugar seguro.

## ¿Endemoniada? *Tordesillas, 1552*

Aquella molestia no se le va. A veces se ve obligada a arrastrar la pierna. No quiere tomar lo que el médico le ha recomendado. No se fía de sus damas porque teme que le puedan hacer daño. ¿Qué le habrá pasado a doña Ana? Hace mucho tiempo que no sabe nada de ella. Ha preguntado y nadie le da una respuesta concreta.

El doctor le ha dicho que para conseguir mejorar el dolor de la pierna debe moverse, caminar despacio, pero no quedarse quieta mucho tiempo. A pesar de las recomendaciones, doña Juana se pasa el día sentada con los ojos cerrados o con la mirada perdida sabe Dios dónde.

Si apareciese doña Ana, igual con ella me animaba a salir al patio —piensa doña Juana—, pero con estas brujas no voy a ningún lado. Solo desean hacerme daño y se burlan de mí. Dentro de poco vendrán para intentar arreglarme. Y voy a tratar de impedirselo como siempre. ¿Dónde podrá estar doña Ana? Creo que no la he vuelto a ver desde que mis nietos estuvieron aquí. No sé si ha pasado un mes o un año. El tiempo no cuenta para mí. De todas formas, tiene que haberle sucedido algo.

Unos golpes en la puerta la hacen volver a la realidad. La reina exclama enfadada:

—¡No quiero ver a nadie! ¡Dejadme tranquila!

—Señora —dice una de las tres damas que han entrado con un barreño de agua—, venimos a arreglaros. Tenemos que asearos.

—Vuestra única pretensión es hacerme daño. No quiero que me toquéis. Qué importa mi aspecto si estoy siempre sola.

Doña Juana se defiende tratando de impedir que se acerquen a ella. Al final, entre las tres mujeres consiguen dominarla y de esa forma pueden lavarla.

Una de ellas, más amable que las otras, cuando ya ha pasado todo, le dice a la soberana:

—Señora, debéis permitirnos que os aseemos. Corréis el riesgo de que se formen llagas en vuestro cuerpo. Y eso sería muy doloroso.

Doña Juana, que ya se ha tranquilizado, le dice con resignación:

—Ahora que ya habéis conseguido hacer conmigo lo que queríais, ¿por qué no le mandáis aviso a doña Ana Cifuentes para que venga a verme? Decidle que tengo necesidad de hablar con ella.

Las damas se miran entre sí, y la misma que antes se había dirigido a doña Juana le dice:

—Estad tranquila, así lo haremos.

Cuando ya están a punto de cerrar la puerta tras ellas, una comenta:

—No entiendo por qué no le has dicho que esa tal Ana Cifuentes ha muerto.

—Calla, que te puede oír —dice otra mientras la puerta se cierra.

Doña Juana no da crédito a lo que está oyendo y pregunta:

—¿Quién ha muerto? Venid, explicádmelo. No os vayáis. ¡Volved! Necesito saber qué le ha pasado a doña Ana. ¡¡¡Volved!!!

Todo resulta inútil. Se ha hecho el silencio. Le duele mucho la pierna, pero intentará salir. Necesita saber la verdad.

Camina renqueante..., por fin llega a la puerta. Pero esta ha sido cerrada con llave.

Doña Juana no tiene fuerzas, como antes, para gritar. Impotente, se desliza hacia el suelo llorando. No puede ser verdad que doña Ana haya muerto.



La dama que entra a llevarle la cena se asusta al encontrar a doña Juana tumbada en el suelo. Temiendo lo peor, se acerca a la soberana, que nada más verla le pregunta:

—¿Qué le ha pasado a doña Ana Cifuentes?

—Por favor, dejadme que os ayude a levantaros —pide la dama.

—No me toquéis. No me moveré del suelo hasta que no sepa dónde está doña Ana —dice con fuerza la soberana.

—Yo os juro que no lo sé —dice la dama.

—Las que vinieron esta mañana sí lo saben, llamadlas a ellas. Y avisad al señor marqués que necesito hablarle.

—Está bien, señora, ahora mismo le voy a avisar, pero antes debéis levantaros, permitidme —pide la dama mientras se acerca a la reina.

Doña Juana no opone resistencia y se levanta. La dama la acompaña hasta una butaca y la ayuda a sentarse.

—Os acercaré la mesa con la comida. Las damas que os atendieron no regresan hasta mañana.

—Pero estarán en sus cuartos —apunta doña Juana.

—Señora, muchas de nosotras no vivimos en palacio. Estamos alojadas en el pueblo. Iré a ver al señor marqués, aunque tal vez a esta hora sea difícil localizarlo.

—Que venga inmediatamente.

—Sí, señora.

Doña Juana observa su entorno. Todo le parece feo y sórdido. Su traje es viejo y está muy ajado. Sus hermosas manos son ahora las de una anciana. Qué bien ha hecho al no volver a mirarse en un espejo. De esa forma la imagen que tiene de sí misma es la de cuando era joven y hermosa. Cuando se sentía admirada por las damas y caballeros flamencos. También su señor, don Felipe, la miraba embelesado.

Sí, aunque parezca imposible, he tenido una vida llena de luz, he reído y he sido feliz, aunque ya casi ni me acuerde. Pero sé muy bien que soy Juana I, reina de Castilla, León, Granada, Aragón, Navarra y Sicilia, archiduquesa de Austria, duquesa de Borgoña... Todos esos títulos me pertenecen, y estoy sola, siempre lo he estado. Nadie se ha preocupado por mí, nadie me ha ayudado, vivo olvidada de todos, aunque de vez en cuando se acuerden de que aún existo.

—¡Por favor! —grita doña Juana—. ¡Que alguien me ayude! No puedo soportar esta angustia. ¡Que avisen a mis guardias! ¡Soy la reina!



A la mañana siguiente, don Luis de Rojas y Sandoval acude a ver a doña Juana.

La reina parece dormida. Se encuentra sentada en una butaca y cerca de ella, una mesa con comida intacta.

El marqués se da cuenta de que no se ha acostado. Piensa que mejor es dejarla dormir, pero cuando se va a ir, doña Juana dice:

—No ha sido suficiente con todas las burlas que me habéis hecho. Dejadme tranquila. No me atormentéis más.

—Perdonad, doña Juana, igual tenéis una pesadilla, soy el marqués, sé que deseabais verme.

La reina abre los ojos con cierta dificultad y tarda unos segundos en saber para qué ha pedido la presencia de su guardián. Él sabe muy bien para qué lo ha llamado, pero quiere que ella se lo pregunte. Al cabo de unos minutos, doña Juana dice con voz temblorosa:

—¿Qué le ha pasado a mi dama doña Ana Cifuentes?

—Falleció la misma tarde en que vos estabais reunida con vuestros nietos, don Maximiliano y doña María. Se murió de repente. No sufrió. Ella sabía que podía sucederle en cualquier momento y había hablado conmigo de ello —apunta el marqués—. Me comentó que no había querido decir nada de su enfermedad para no preocuparos. Doña Ana me pidió que cuando os enterarais, os transmitiera el profundo cariño y respeto que siempre había sentido por vuestra majestad y que os hiciera entrega de estos libros de poemas y de este pequeño cofre con objetos personales.

Doña Juana siente una gran pena. No acaba de creerse que no volverá a ver a doña Ana. Se encuentra vacía, no sabe qué responder al marqués, que, observando su estado, se dispone a abandonar los aposentos de la reina.

—Si no mandáis nada más, me retiro —le dice.

—Está bien. Podéis iros —contesta doña Juana con voz apenas audible.

—Perdonad —dice el marqués—, se me olvidaba, creo que mañana o pasado viene a veros una persona que conocéis desde niño. Lo manda vuestro nieto don Felipe.

Viendo que doña Juana no muestra ningún interés y permanece impasible, el marqués continúa:

—Se trata de don Francisco de Borja.

Doña Juana escucha el nombre, pero no quiere pensar. La única persona que la quería desinteresadamente, y a la que se sentía unida por el afecto que ambas compartían por determinadas personas, se ha ido para siempre.

No, no quiere pensar... La soledad la rodea, la ahoga...

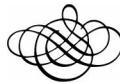


Hasta el príncipe Felipe habían llegado rumores de que su abuela vivía alejada de las prácticas religiosas. No se confesaba nunca y la mayoría de las veces no quería asistir a misa. Y cuando acudía, intencionadamente, se distraía sin prestar ninguna atención. Algunos en palacio decían que estaba endemoniada. Contaban que mandaba tirar las velas que estaban benditas porque, aseguraba, hedían, y que no quería acercarse al agua bendita, ni que rociasen con ella nada de todo su entorno.

A don Felipe le preocupaba mucho el tema y pensó que sería una muy buena idea enviar a Tordesillas a don Francisco de Borja, marqués de Llombay, persona de su máxima confianza, y que además había conocido a su abuela siendo niño. Borja había vivido en el palacio unos cuatro años, era aquel pequeño que tan amigo se había hecho de la infanta doña Catalina.

Don Francisco de Borja había sido ordenado sacerdote en 1551, era miembro de la recién aprobada Compañía de Jesús, en la que había ingresado después de vivir una experiencia traumática y dolorosa.

Se contaba que cuando el emperador le encargó acompañar el cadáver de la emperatriz doña Isabel a Granada, al tener que identificarlo antes de ser sepultado, fue tal la impresión que recibió al comprobar el estado en el que se encontraba el cuerpo (la emperatriz había pedido a su esposo que no la embalsamaran) que se prometió no volver más a servir a señor que se pudiera morir. Y así, cuando se quedó viudo, decidió abandonarlo todo y abrazar el sacerdocio.



Lo ha intentado, pero no ha conseguido dormir en toda la noche. Se siente cansada y muy triste. No tiene ganas de recibir a nadie, pero tendrá que hacerlo. Hace unos minutos que le han avisado de que ha llegado don Francisco de Borja. Trata de recordar su rostro, pero no lo consigue. En realidad, solo lo había visto unas cuantas veces, y de eso hacía mucho... ¿Por qué todas las amas que están a su servicio son tan desagradables? Parece que las buscan con la intención de martirizarla. Son malas. Se mofan de ella. ¿No se cansarán alguna vez de hacerla sufrir?

Solo doña Ana Cifuentes era capaz de infundirle un poco de energía, tan necesaria para vivir.

—Señora —dice una de las damas después de golpear en la puerta—, ¿podemos hacer pasar a don Francisco de Borja?

—Sí —contesta la reina malhumorada.

Doña Juana mira sorprendida a la persona que acaba de entrar en su habitación: es un sacerdote.

—Pero...

—Buenos días, doña Juana, sí, soy yo, Francisco de Borja, dejadme que os explique: al quedarme viudo, he profesado en religión. Soy miembro de una nueva congregación creada por Ignacio de Loyola. He sido ordenado sacerdote hace un año.

—Si es para vuestro bien, me alegro —contesta la soberana.

—Señora, ante todo quiero deciros que hace unos meses he estado con vuestra hija, doña Catalina, reina de Portugal.

—Contadme, ¿cómo está? —pregunta doña Juana.

—Ay, señora, me gusta veros así, con esa expresión de alegría en el rostro. Doña Catalina se encuentra bien. Los portugueses la admiran. Ha sabido hacerse con el cariño de todos. La suya es una corte culta y piadosa.

—Dios mío, gracias. No sabéis, don Francisco, cuánto me alegro. ¿Y el rey?

—Don Juan III es un buen rey, el sobrenombre que le han puesto, el Piadoso, refleja a las claras su personalidad. Ya sabéis, señora, que la oración siempre genera esperanza. A través de doña Catalina, nosotros, la Compañía, estamos consiguiendo implantarnos en Portugal. Los reyes nos han dado facilidades e importantes apoyos para que algunos compañeros salieran desde Lisboa en expediciones evangelizadoras a las Indias y a Brasil. También han permitido nuestra presencia en la Universidad de Coímbra con la creación de varios colegios.

—Pero mi hija ¿cómo está?, ¿se encuentra bien de salud?

—Sí. Muy bien. Ella y otros miembros de la familia nos han elegido a sacerdotes de la Compañía para que les dirijamos espiritualmente.

En ese momento se da cuenta del porqué de la presencia de Francisco de Borja. Y no puede por menos de sonreír al recordar la visita que le hizo a Flandes aquel sacerdote, un padre dominico, fray Tomás de Atienza, que había enviado su madre para que se ocupara de su salud espiritual. Seguro que ahora a su nieto, el príncipe Felipe, le mueve el mismo interés.

—Pero decidme, don Francisco, ¿cuál es la misión para la que os envía mi nieto?

—Voy a ser muy sincero con vos —le dice Francisco de Borja, que enumera una por una todas las quejas sobre la falta de fervor religioso que le han transmitido sobre la soberana.

Doña Juana escucha con mucha atención y muy tranquila le responde:

—Todo son puras invenciones. Cuando estoy rezando, mis damas me interrumpen casi siempre con una y mil historias para distraerme. La mayoría de las veces me enfado y las maldigo con palabras fuertes.

—Doña Juana, ¿os maltratan? —pregunta don Francisco de Borja.

—Sí. De palabra y también de obra. Creo que es el demonio quien las azuza. Decidle a mi nieto que tome medidas para que su abuela, que es la reina, no siga sufriendo de esta forma. Está bien que se ocupe de mi salud espiritual, pero necesito más libertad y alguien que verdaderamente se preocupe por mí.

—Lo haré, doña Juana, pero para tranquilidad vuestra, debo deciros que yo estoy dispuesto y pienso que a vos os vendría bien hacer una confesión general. No os preocupéis, yo os ayudaré.



Durante más de una hora, doña Juana le abre su corazón al sacerdote.

La reina se siente reconfortada y continúa su charla con Francisco de Borja, que le cuenta que una de sus hijas está casada con el hijo del actual marqués de Denia, y es muy posible que dentro de poco pueda pasar a formar parte de las damas que de ella se ocupan. La reina le pide que cuando llegue a palacio se identifique, que tendrá mucho gusto en saludarla. Francisco de Borja se muestra muy cariñoso con ella, algo que doña Juana agradece. El ahora sacerdote le cuenta que es padre de ocho hijos: tres mujeres y cinco varones.

—A mí, aquí encerrada, me mantienen al margen de todo, pero creo que en algún momento escuché que vuestra esposa era portuguesa.

—Sí, doña Leonor de Castro; fue camarera mayor de la emperatriz.

—¿Sabéis?, nunca os hubiera identificado —dice doña Juana.

—Es normal. Hace veintisiete años que me fui de aquí.

—¡Veintisiete años! —exclama la reina—. Entonces, ¿cuántos llevo aquí encerrada?

—Más de cuarenta seguro —dice Francisco de Borja.

—Dios mío, he vivido más de la mitad de mi vida en esta cárcel, porque sí, don Francisco, esta casa es una auténtica prisión para mí.

Después del largo encuentro con la reina, don Francisco de Borja se encuentra satisfecho y animado. Doña Juana ha reaccionado bien y con mucho juicio. Ha reconocido las verdades de la fe y se ha confesado.

Así se lo comunica por carta al príncipe don Felipe, poniendo de manifiesto que considera falsas todas las acusaciones que se han hecho en contra de la soberana. También le cuenta que ha encontrado a doña Juana falta de afecto y que la situación en la que vive y el trato al que la someten no mitigan su estado depresivo, sino todo lo contrario.

Nueva boda real  
*Tordesillas, 1554*

El deterioro físico de doña Juana ha ido en aumento. La mayoría de los días ya no se levanta de la cama. Grandes edemas en las piernas le impiden caminar, y la excesiva quietud en el lecho le provoca dolorosas úlceras. El dolor a veces le resulta insoportable. Su estado anímico también ha empeorado. Muchas veces es víctima de delirios que la atormentan y que ella achaca a los maleficios que con ella hacen aquellas brujas empedernidas que están a su servicio.

Delirios o realidades, lo cierto es que cuando ella le cuenta a Francisco de Borja, en otra de sus visitas, que las amas le quitan el libro de oración, se burlan de ella, escupen las imágenes y hacen cosas desagradables, muy feas, con el agua bendita, el sacerdote, de acuerdo con el príncipe Felipe, decide hacerle creer que han echado a las damas que tanto daño le hacen. Entonces, curiosamente, los delirios cesan y doña Juana se comporta de forma distinta, asistiendo a misa y rezando.

Pero en cuanto descubre que no se han ido, vuelve a sumirse en aquel estado delirante.

Así la ha encontrado su nieto, don Felipe, cuando acude a verla para contarle que se va a Inglaterra a casar con la prima de su padre, María Tudor, reina de los ingleses y once años mayor que él.

Doña Juana apenas le presta atención. La vida fuera de aquellos muros siempre le ha sido ajena y ahora mucho más.

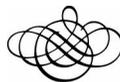
Don Felipe le cuenta que asume las funciones de regente del reino su hermana doña Juana, que se ha quedado viuda. Se había casado —le explica— con su primo don Juan Manuel, heredero del trono de Portugal. Al escuchar Portugal, la reina reacciona.

—¿Ese príncipe, don Juan Manuel, era hijo de mi hija la infanta doña Catalina?

—Sí —responde don Felipe.

—Pobre hija mía, todos sus hijos se mueren. Acércame un poco de agua. Mira que no esté sucia. Mis amas me odian y no desean más que hacerme mal.

Don Felipe le sirve el agua y piensa que tiene que enviar a alguien para que permanentemente esté cerca de su abuela, puede sucederle algo en cualquier momento y su alma debe ser cuidada.



El tema religioso se había convertido en una preocupación constante. Castilla vivía desde hacía unos años una gran inquietud religiosa al haber llegado hasta ella el influjo de las diversas

corrientes: luteranas, erasmistas, calvinistas, todas desgajadas de la oficialidad de la Iglesia católica y que en Europa pedían una reforma.

La Iglesia había respondido con la convocatoria de un concilio, en Trento, que de forma intermitente celebraba sus encuentros, tratando de ponerse de acuerdo en una Contrarreforma.

El emperador Carlos, defensor de la Iglesia católica, había vencido a los protestantes en la batalla de Mühlberg y había nombrado inquisidor general en Castilla a don Fernando de Valdés Salas.

Bajo el mando del sacerdote asturiano, el tribunal de la Inquisición empleaba todo su celo para mantener la pureza y así condenaba a erasmistas, luteranos, calvinistas y a todo aquel que atentara contra la doctrina de la Iglesia católica.

En este ambiente, los miembros de la familia real cuidaban mucho de que las prácticas religiosas de la reina doña Juana fueran impecables y nadie pudiera dudar de ellas.



Transcurridos solo unos días de la visita de don Felipe a su abuela, llega a Tordesillas un nuevo sacerdote, fray Luis de la Cruz, que vivirá en el palacio y se ocupará de la soberana. Él mantendrá informado a don Felipe de la salud espiritual de la reina.

A doña Juana no le entusiasma aquel clérigo que la abrumba con su presencia casi continua. No alcanza a comprender por qué se preocupan tanto por sus convicciones religiosas. Nada ha cambiado en su vida. Además, si ha frecuentado poco la misa ha sido porque se lo impidieron. Y ahora son sus amas las que la someten a brujerías. Es como si el demonio estuviera dentro de ellas, incitándolas para que no la dejen descansar. Eso es lo que le cuenta una y otra vez al sacerdote, que parece no fiarse de ella.

No se equivocaba doña Juana: el fraile no cree ninguna de aquellas historias que le cuenta de las amas.

Fray Luis de la Cruz comunica puntualmente a don Felipe todo lo que observa en doña Juana y se manifiesta contrario a administrarle ningún sacramento.

## El final

### *Tordesillas, 1555*

Solo el insoportable dolor que no la abandona ni un momento le hace ser consciente de que aún está viva. No tiene miedo a la muerte. La otra vida no puede ser peor que esta. Ella cree en Dios y aunque muchas veces ha despotricado contra Él por considerar que la ha abandonado, otras solo el pensar en su existencia le ha dado fuerzas, como ahora que reza fervientemente para que la reciba en sus brazos.

Su salud empeora día a día. Ya no puede moverse. Su cuerpo está cubierto de llagas. En algunas partes, la gangrena la devora poco a poco con enormes dolores. Vómitos y fiebre alta completan el cuadro médico de la reina de Castilla, doña Juana I, que poco a poco se despide de este mundo.

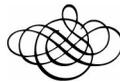
Nadie de su familia se acerca al lado de la soberana. La mayoría se encuentran fuera de Castilla, pero su nieta doña Juana reside frecuentemente en Valladolid y, a pesar de la cercanía, no acude a verla.

La reina vive en un continuo dolor que a veces se vuelve insoportable. A nadie parece importarle. No solo su espíritu merece atención, piensa doña Juana, Dios es misericordioso. Pero ¿qué creen que ha hecho para que se obsesionen con su alma?

Cuando es don Francisco de Borja quien se acerca hasta ella, todavía siente cierto consuelo, pero aquel otro sacerdote no hace más que interrogarla sobre las extrañas visiones que la atormentan y que a ellos tanto les interesan, ya que no dejan de preguntarle por ellas.

Existe cierto temor a que doña Juana esté endemoniada. De nada sirve que ella diga que cree en Dios y en la religión católica o que recite el evangelio de San Juan.

A veces, la reina, de forma consciente, se evade de aquella presión que le parece insoportable. Fija sus ojos en la hermosa cruz que le ha regalado su hijo don Fernando y se olvida de todo...



En los primeros días de abril, el estado de salud de doña Juana se agrava. El marqués de Denia informa a su nieta doña Juana, que se encuentra en Valladolid. Al día siguiente se desplaza a Tordesillas para visitar a su abuela. A continuación, la regente vuelve a enviar a don Francisco de Borja para que atienda a la reina en sus últimos momentos.

La presencia de Borja tranquiliza a la soberana, que, aliviada, ve cómo sus delirios desaparecen. Después de la conversación mantenida con doña Juana, Borja duda de si esta se

encuentra en condiciones de recibir la comunión y decide pedir consejo a don Domingo de Soto, importante teólogo de la Universidad de Salamanca, que viaja a Tordesillas para entrevistarse con la reina.

El dictamen de Domingo de Soto fue inmediato: doña Juana podía recibir la extremaunción, pero no la comunión.



Doña Juana llora en la soledad de sus aposentos, nadie la acompaña para ayudarla a soportar aquellos horribles dolores. Está sola. Como sola ha estado toda su vida. Sí, la soledad ha sido su compañera inseparable durante toda su existencia. Bueno, no es del todo verdad, porque su hija doña Catalina la hizo sentir el auténtico calor humano. ¡Cuánto daría por sentir los brazos de su amada hija rodeando su cuerpo! Con su ya débil voz, llama para que avisen a doña Ana Cifuentes. Quiere que doña María de Ulloa venga. Necesita hablar con ella... Nadie acude a su llamada...

Doña Juana no es consciente de que sus fieles servidoras ya no están en este mundo... Y llora. Lloro por el terrible dolor que recorre todo su cuerpo. Lloro por la soledad que la envuelve en aquellos momentos. Lloro sumida en la más desesperada impotencia.

Piensen que puedo estar endemoniada —se dice—. ¿Qué demonio iba a querer permanecer conmigo soportando esta tortura? Que vivo en pecado, eso es lo único que les preocupa. Si no me encontrara tan mal, me reiría. Cómo se atreven, Dios mío, a dudar de mi fe en Ti. Cómo creen que he podido sobrevivir todo este tiempo si no hubiera contado con tu ayuda.

Amanece un nuevo día. Es el 12 de abril de 1555. El final de su vida se acerca. Doña Juana I de Castilla pronuncia las que serán sus últimas palabras:

*Jesucristo crucificado, sea conmigo.*

Así se lo cuenta don Francisco de Borja en carta escrita al emperador. Aquel año, el 12 de abril, era el día de Viernes Santo.

## Epílogo

Doña Juana I de Castilla fallece al alba del Viernes Santo, 12 de abril de 1555.

Murió sola. Ni uno solo de sus familiares la atendió en sus últimos momentos. Ni un solo miembro de la nobleza acudió a darle el último adiós. Murió en soledad, igual que había vivido.

Doña Juana iba a cumplir los setenta y seis años. Llevaba cuarenta y seis encerrada en Tordesillas.

Tres días después de su fallecimiento, se ofició un funeral por su eterno descanso en la iglesia del monasterio de Santa Clara de Tordesillas. Allí permanecerían sus restos hasta el año 1574, en que su nieto, el ya rey don Felipe II, decide trasladar el cuerpo de doña Juana a la Capilla Real de la catedral de Granada.

Su nieta, doña Juana, regente del reino, ordena celebrar funerales por su abuela en la iglesia de San Benito el Real, en Valladolid. También en distintas ciudades se organizaron misas por la soberana.

Su hijo, don Fernando, preside los solemnes funerales por su madre en la catedral de Augsburgo.

Su hijo, el emperador Carlos, no se entera del fallecimiento hasta veintisiete días después, en que lee la carta enviada por su hija, la regente doña Juana:

*Con los correos passados scrivió a V.Md. el marqués de Denia la indisposición en que quedava la Reyna, mi señora, y como yo vi que estava assy embié a pedir licencia a Su Al. Para yrle a visitar y aunque se escusó dello, todavía (viendo que el mal yua tan adelante) fui allá y la vi. Y porque parecía que recibía pesadumbre con mi estada allá, me volví con su licencia, dejando proveído de los cirujanos y médicos necesarios para su indisposición. Y también embié luego a buscar al duque Francisco para que estuviesse con Su Al. Y se hallase con ella para lo que podía suceder; el qual vino y se truxeron ally también otros buenos religiosos porque no se dexasse de hazer diligencia que convenía a lo que tocaba a su ánima, teniendo por cierto que Nuestro Señor la alumbraría. Y como V. Md. verá por lo que el Marqués y fray Domingo de Soto, que se alló ally, scrivieron a Joan Vázquez, cuya copia yrá con ésta, parece que acabó con muestras de cristiana ayer, Viernes Sancto, que fueron XII del presente, entre las cinco y las seys horas de la mañana. En lo qual Su Al. Hizo más de lo que se pensava, porque he dado muchas gracias a Nuestro Señor de ver que haya acabado por encomendarse a El, y assy spero que estará camino de salvación. Y por esto supplico a V. Md. tome esta cosa con su gran prudencia, como hecha de su mano, y le dé también gracias, porque su fin ha parecido tan bueno; y por estar el tiempo tan adelante pareció que se debía depositar en Sancta Clara de Tordesillas, donde estuvo el rey Phelippe, mi señor, que sea en gloria, hasta que V. Md. adelante mande que se lleve a Granada. Y luego ordené al Condestable que fuesse y se hallasse al enterramiento, y lo mismo al Presidente del Consejo Real, y assy lo han puesto por obra, porque se haga todo con la solemnidad que es razón. Y acá también se queda dando orden en lo de las honras. Nuestro Señor, etc. De Valladolid a XIII de abril 1555.*

Las honras fúnebres a celebrar en Bruselas se aplazan hasta la llegada del príncipe don Felipe, que se encuentra en Inglaterra.

En el mes de septiembre los funerales por doña Juana, reina de Castilla, se celebran en la misma iglesia en la que se oficiaron los de su madre, la reina doña Isabel.

La comitiva fúnebre encabezada por su nieto don Felipe salió del palacio de Coudenberg y recorrió toda la ciudad de Bruselas hasta llegar a Santa Gúdula. Al final del cortejo iba un hermoso caballo con una silla de montar en la que estaba sujeta una corona.

## Qué fue de sus hijos

### **LEONOR (1498-1558)**

Reina de Portugal de 1519 a 1521. Tuvo, dos hijos: Carlos, muerto a los pocos meses, y María, a la que dejó en Portugal cuando regresó al lado de su hermano Carlos para ponerse al servicio de la Casa de Austria.

Para mejorar sus relaciones con Francisco I de Francia, el emperador decidió casarla con el monarca francés.

Leonor se convirtió así en reina de Francia de 1530 a 1547. No tuvo hijos con el rey francés y hubo de soportar vejaciones y humillaciones de su marido, quien exhibía en público a sus amantes.

Al quedarse viuda regresó a Bruselas. Desde allí intentó, ayudada por su hermano, que su única hija, a la que había dejado en Portugal cuando solo contaba seis meses, se fuera a vivir con ella. No fue posible mientras residió en Bruselas.

En 1556 decidió viajar a España con sus hermanos, María y Carlos. Fijó su residencia en Talavera la Real, y por fin consiguió que el rey portugués autorizara a su hija María a abandonar Portugal para que residiera con ella en Castilla. Tristemente, la joven, que ya tenía treinta y cinco años y era duquesa de Viseu, no se adaptó a vivir con su madre, que para ella era una desconocida, y regresó a Portugal, dejando a Leonor sumida en una profunda pena.

Falleció a los pocos meses, el 18 de febrero de 1558.

Sus restos reposan en el Panteón de Reyes del Monasterio de El Escorial.

### **CARLOS (1500-1558)**

Primer hijo varón, nació en Gante en febrero de 1500. Desde 1516, se convirtió en rey de Castilla, León, Granada, Aragón, Sicilia, Cerdeña y Nápoles, reinando de forma representativa junto a su madre. Los documentos iban rubricados con el nombre de los dos. Primero el de la reina y después el del hijo. Solo se invirtió el orden cuando fue reconocido como emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, en 1520, al suceder a su abuelo Maximiliano.

Contrajo matrimonio con su prima Isabel de Portugal, nieta también de los Reyes Católicos. Se casaron en el Real Alcázar de Sevilla. Tuvieron cinco hijos, de los cuales sobrevivieron tres: Felipe, María y Juana.

De los hijos extramatrimoniales de Carlos destacan dos por haberlos reconocido como descendientes suyos: Margarita y Juan.

Fue el monarca más poderoso de su tiempo, considerado por muchos como el César o el emperador. Ganó importantes batallas, perdió otras.

Sus anhelos de conseguir un imperio universal bajo la dinastía de los Habsburgo no se plasmaron en la realidad. Es posible que esta desilusión, junto con el establecimiento de la

doctrina luterana al no haber podido frenar las ideas protestantes, fueran factores que sin duda influyeron en el ánimo de Carlos y lo llevaron a tomar la decisión de abdicar de todo y retirarse en soledad.

Resulta un tanto sorprendente que el mismo año en que murió su madre en Tordesillas, unos meses después él decidiera reunir a la familia en Bruselas para comunicarles su decisión de abandonar la política.

En el palacio de Coudenberg de Bruselas, el emperador abdicó de todos sus cargos. A su hijo don Felipe lo nombró sucesor de sus reinos. A su hermano don Fernando le dejó el Imperio. En la misma ceremonia su hermana doña María renunció también a la regencia de los Países Bajos.

A los pocos meses de celebrarse este acto, Carlos, acompañado de sus hermanas, Leonor y María, emprendió viaje a España. Esta vez la flota sí arribó a Laredo.

Carlos eligió como su lugar de retiro Cuacos de Yuste. Allí vivió en compañía de los monjes jerónimos hasta su fallecimiento el 21 de septiembre de 1558, tres años después de la muerte de su madre. Contaba cincuenta y ocho años.

Sus restos reposan en el Panteón de Reyes de El Escorial.

#### **ISABEL (1501-1526)**

Tercera hija de Juana. Isabel, infanta de Castilla, archiduquesa de Austria, llegó al mundo en Bruselas. Se convirtió en reina de Dinamarca a los catorce años por su matrimonio con Cristián II. La boda se celebró en julio de 1515 en Copenhague. El rey era mucho mayor que ella y estaba enamorado de otra mujer.

A los dos años, falleció la amante del rey y los esposos iniciaron una buena relación. En 1519 fue coronada como reina de Suecia. Más tarde, su marido perdería el trono.

Teniendo en cuenta lo mucho que los daneses querían a Isabel, el nuevo rey danés, Federico I, tío de su marido, la invitó a quedarse con sus seis hijos en Dinamarca, pero Isabel lo rechazó diciendo: «*Ubi Rex meus, ibi regnum deum*» (Donde está mi rey, allí está mi reino).

Murió en 1526 con solo veinticuatro años. Está enterrada en la cripta real de la catedral de San Canuto de Odense en Dinamarca.

#### **FERNANDO (1503-1564)**

El cuarto de los hijos, infante de Castilla y archiduque de Austria, nació en Alcalá de Henares. Fueron sus abuelos maternos quienes se ocuparon de su formación.

Era el preferido del rey Fernando el Católico, que pensó en dejarlo como heredero, pero rectificó a última hora.

Su hermano, el emperador, decidió al poco de su llegada a Castilla enviarlo a Bruselas.

Fernando fue rey de Hungría y Bohemia. Y después de 1558, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico al abdicar su hermano del cargo. Para la buena relación entre los dos hermanos varones fue decisiva la mediación de su hermana María, probablemente la persona más inteligente de toda la familia.

Fernando se casó con Ana Jagellón. Del matrimonio nacieron quince hijos, de los que trece lograron sobrevivir. Ana Jagellón murió después de dar a luz al último de sus vástagos.

Fernando falleció en julio de 1564. Contaba sesenta y un años.  
Su cuerpo reposa en la cripta de la catedral de San Vito en Praga.

### **MARÍA (1505-1558)**

María, infanta de España y archiduquesa de Austria, nació en septiembre de 1505, en el palacio de Coudenberg, Bruselas. Era la quinta hija.

Fue reina de Hungría y Bohemia por su matrimonio con Luis II de Hungría. Al quedarse viuda a los cinco años de haberse casado y no tener descendencia, regresó al lado de su hermano a la corte de Bruselas.

Poseedora de una gran agudeza política y de notable inteligencia, María consiguió que su hermano no volviera a casarla. Ella fue quien, en 1530, sustituyó a su tía Margarita de Austria en el gobierno de los Países Bajos.

Fue una gran mecenas y coleccionista de arte. Por poner solo un ejemplo, si el Museo del Prado cuenta hoy con el *Descendimiento* de Rogier van der Weyden es porque ella lo compró en una iglesia de Lovaina y su sobrino Felipe II lo trajo a Madrid.

Cuando su hermano Carlos decidió abdicar, ella consiguió que la autorizara a dejar su cargo como gobernadora y viajó a España con él y su hermana Leonor.

Como sus dos hermanos, María murió el mismo año de 1558, en Cigales, donde había fijado su residencia. Tenía cincuenta y tres años.

Su cuerpo, como el de su hermana Leonor, fue depositado en el Panteón de Infantes de El Escorial.

### **CATALINA (1507-1578)**

La sexta y última hija de doña Juana nació en Torquemada y vivió encerrada con su madre en Tordesillas hasta los dieciocho años.

Fue reina de Portugal de 1525 a 1557 por su matrimonio con su primo hermano Juan III. Ninguno de sus nueve hijos logró sobrevivir más de los veinte años. Por ello, a la muerte de su esposo, ella asumió la regencia de su nieto, el que sería el mítico rey don Sebastián.

Catalina fue una reina muy querida y valorada por los portugueses y supo corresponderles al mantener la independencia del reino portugués, oponiéndose a los deseos de su hermano, el emperador, que deseaba la unión de la península.

Desempeñó la regencia con acierto hasta que en 1562 decidió cederla a su cuñado el cardenal Enrique.

Doña Catalina murió en Lisboa en febrero de 1578. Tenía setenta y un años. Fue la hija más longeva de doña Juana.

Afortunadamente para ella, la muerte le impidió conocer la triste noticia de la muerte de su nieto, don Sebastián, en la batalla de Alcazarquivir.

Está enterrada en el monasterio de los Jerónimos de Lisboa.

## Qué fue de los nietos que aparecen en el relato

### **FELIPE (1527-1598)**

Primer hijo del emperador Carlos y de la emperatriz Isabel, nació en Valladolid en mayo de 1527.

Fue rey desde 1556. Él consiguió la tan deseada (por su padre) unión dinástica con Portugal. Al morir el heredero al trono portugués don Sebastián sin descendientes, Felipe II reivindicó sus derechos a la sucesión a la corona portuguesa (era tío del desaparecido) e invadió el país. Tras la victoria de Alcántara, fue proclamado rey de Portugal. También fue rey de Inglaterra entre 1554 y 1558 por su matrimonio con María Tudor.

Felipe II se casó cuatro veces. Primero con su prima María Manuela de Portugal, con quien tuvo un hijo, el príncipe Carlos. Después con la prima de su padre, María Tudor, reina de Inglaterra, con la que no tuvo descendencia. Su tercera esposa fue Isabel de Valois, con la que tuvo cinco hijas, pero solo dos lograron sobrevivir. La última de sus esposas fue su sobrina, Ana de Austria, hija de su hermana María y de su primo Maximiliano. De esta unión nacieron cuatro hijos y una hija, pero solo conseguiría llegar a la edad adulta uno de ellos: su sucesor, Felipe III.

Felipe II murió en el mes de septiembre de 1598 en San Lorenzo de El Escorial, el impresionante monasterio que él había mandado construir. Tenía setenta y un años. Allí está enterrado en el Panteón de Reyes.

### **MARÍA (1528-1603)**

Fue la segunda hija del emperador Carlos y la emperatriz Isabel. Nació en Madrid en junio de 1528. Se casó con su primo Maximiliano (hijo de Fernando). Fue reina consorte de Hungría y Bohemia y emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico. Tuvo quince hijos, de los que ocho lograron sobrevivir.

Al quedarse viuda y heredar la corona imperial su hijo Rodolfo, decidió regresar a Madrid con su hija Margarita, que entonces contaba trece años. Allí viviría retirada en el monasterio de las Descalzas Reales que había fundado su hermana Juana. Su hija, al poco de llegar, ingresó como monja en la comunidad que vivía en el monasterio.

No por haberse retirado del mundo permaneció ajena a lo que sucedía. En la historia ha quedado recogida la gran fiesta que organizó para que su nieto y sobrino, Felipe III, no trasladara la corte a Valladolid.

Murió en febrero de 1603. Tenía setenta y cuatro años. Su cuerpo reposa en el Real Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid.

### **JUANA (1535-1573)**

La más pequeña de las hijas del emperador Carlos y de la emperatriz Isabel nació en Madrid en 1535. A los diecisiete años la casaron con su primo hermano el príncipe don Juan Manuel, heredero de Portugal.

Antes de cumplirse los dos años de la boda falleció su esposo. Doña Juana estaba embarazada y meses después nació el que será el mítico rey portugués don Sebastián. En ese tiempo doña Juana fue reclamada por su padre, el emperador, para que se hiciera cargo de la regencia de Castilla mientras su hermano Felipe se casaba en Londres con la reina María Tudor. Doña Juana regresó a Castilla y su hijo se quedó al cuidado de la reina madre de Portugal, su tía doña Catalina. Nunca lo volvería a ver.

Doña Juana fue princesa de Portugal y regente de España durante cinco años. Consiguió que no volvieran a casarla.

Influenciada por su confesor y director espiritual Francisco de Borja, fundó el monasterio de las Descalzas Reales en el mismo palacio en el que había nacido.

Mostró sus deseos de entrar en religión y le pidió a Francisco de Borja ingresar en la recién creada Compañía de Jesús. Después de muchas gestiones, este consiguió que Ignacio de Loyola, a pesar de la mala experiencia sufrida con otras mujeres que habían ingresado, aceptara la pertenencia de doña Juana, pero en el grado más inicial y con el seudónimo de Mateo Sánchez para mantener el secreto.

Murió en San Lorenzo de El Escorial en 1573. Solo contaba treinta y ocho años. Está enterrada en el monasterio de las Descalzas Reales.

### **MAXIMILIANO (1527-1576)**

Hijo de Fernando y Ana de Jagellón de Hungría y Bohemia, Maximiliano nació en Viena en 1527. Fue educado en España junto a su primo Felipe II.

En 1548 se casó en Valladolid con su prima hermana María y fue regente de España tres años, hasta 1551, mientras su primo Felipe viajaba para conocer los países de los que un día sería rey.

Maximiliano, que tuvo quince hijos, fue rey de Hungría y Bohemia. A la muerte de su padre, Fernando, heredó la corona del Sacro Imperio Romano Germánico.

Murió en Ratisbona en 1576. Tenía cuarenta y nueve años. Está enterrado en el mismo lugar que su padre, en la cripta de la catedral de San Vito en Praga.

## Nota de la autora

No en todos mis libros siento la necesidad de plasmar en unas líneas lo que ha supuesto para mí escribir esa nueva novela, pero con la reina Juana me resulta imprescindible.

Conozco al personaje por haberle dedicado uno de los capítulos de la serie *Mujeres en la Historia* que realicé para RTVE.

Confieso mi debilidad por «nadar a contracorriente». Siempre he estado convencida de que las verdades absolutas no existen. Por ello pienso que para tratar de acercarse y conocer un poco más a un personaje es necesario tener en cuenta las circunstancias atenuantes o agravantes que rodearon su existencia: la época en que le tocó vivir, la educación recibida, las relaciones familiares y de amigos, las situaciones a las que hubo de enfrentarse... Todos ellos son vectores, pienso, que modelan el carácter y comportamiento de las personas.

Doña Juana no fue educada para ser reina, porque al ser la tercera en la línea sucesoria, siempre que sus hermanos mayores no tuvieran hijos, resultaba bastante impensable que ella un día pudiera heredar la Corona. Sin embargo, el destino así lo quiso y tuvo que asumir una difícil situación. No solo complicada por su falta de formación sino por sus aspiraciones —ella no ambicionaba el poder— y, sobre todo, por su condición de mujer. ¿Alguien se puede imaginar que si el heredero hubiera sido un varón, la esposa hubiera querido ser ella proclamada reina, en detrimento de su marido y argumentando para ello todo tipo de acusaciones contra él? ¿Alguien se puede creer que los representantes de los distintos estamentos lo hubieran consentido?

Se cuestiona su capacidad para gobernar. Doña Juana quiso asumir la Corona pero necesitaba apoyo para ejercer las tareas de gobierno. Nadie se lo prestó. ¿Tan difícil resultaba ayudarla? Cuando murió su esposo Felipe, ella tomó decisiones de gobierno. Rechazó a Cisneros como regente y no quiso llamar a su padre. ¿Por qué nadie le prestó la colaboración que ella reclamaba?

Se habla insistentemente de su «locura de amor». Sin duda, doña Juana estaba muy enamorada de su marido, y al comprobar que le era infiel protestó y manifestó su desacuerdo, algo que no era habitual en la época. En aquel tiempo, la mayoría de las mujeres aceptaban la infidelidad como algo normal. Doña Juana, no. Y ese comportamiento, según la opinión del momento, no podía tener su origen más que en la locura. Es conocido que a lo largo de la historia, cuando las mujeres siguen un comportamiento que se sale un poco de lo establecido por las reglas del momento, se buscan todo tipo de justificaciones ante lo inexplicable de esas conductas.

Sin embargo, pese a esa «locura de amor» de la que tanto se habla, doña Juana no dudó en tomar partido por su padre en contra de las aspiraciones de su marido.

Un velo entretejido a lo largo de los siglos envuelve su figura. Un velo que a veces distorsiona la realidad de la vida de esta mujer que se vio privada de libertad durante más de cuarenta años.

El hecho de haber escrito parte de este libro en el confinamiento al que nos hemos visto sometidos en España en primavera me ha permitido profundizar más en lo que la reina debió de

sentir al no poder abandonar nunca su encierro, al verse privada del aire y del sol.

Me he pasado días, semanas y meses con doña Juana, intentando comprender su vida. Confieso que al describir determinados momentos de su existencia en el palacio de Tordesillas, he sufrido.

Reconozco que me hubiera gustado darle otro final a la novela, a la existencia de doña Juana, pero la historia es la que es y no se puede cambiar. Su vida me ha impresionado de tal forma que soy consciente de que tardaré un tiempo en alejarla de mi corazón. Tal vez no lo haga nunca.

No puedo terminar estas reflexiones sin manifestar mi opinión sobre el personaje: creo que doña Juana no estaba loca. No, no estaba loca. Existen determinados momentos de su vida, sobre todo en los años de cautiverio, en los que, creo, se pone de manifiesto esta afirmación que ahora hago.

A doña Juana la condenaron a la locura. Primero, lo decidió su marido. Después, su padre. Al final, su hijo. Ninguno se apiadó de ella. Debían mantenerla con vida porque ella era quien les garantizaba el poder, pero la alejaron de todo y de todos. Fue una víctima de la ambición y de la falta de escrúpulos de sus seres queridos.

Claro que estaba enferma, pero no aquejada de la locura sino de la falta de afecto. Porque doña Juana de Castilla se vio absolutamente privada del amor de los suyos, que siempre es la mejor medicina.

## Agradecimientos

Como siempre, mi inalterable agradecimiento a Josefina Barbas, amiga y primera lectora. Y a Ymelda Navajo y Berenice Galaz, amigas y sin embargo editoras, por su ayuda, confianza y cariño.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© María Teresa Álvarez García, 2020

© La Esfera de los Libros, S.L., 2020

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (mobi): octubre de 2020

ISBN: 978-84-9164-921-2 (mobi)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.